

Selecta

Amor y desamor
Suaves pétalos de amor 3



Encarna Magín

Amor y desamor
Suaves pétalos de amor 3

Encarna Magín

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

Era de noche, una noche sin luna. La oscuridad se había convertido en un océano de incertidumbre en el ambiente.

Javier Abelló conducía a un ritmo lento su Audi plateado por una carretera con muchas curvas, parecían olas de asfalto que debía sortear como si fuera un buen marinero. Tenía todos los sentidos puestos en la conducción y agarraba con firmeza el volante, como si aquella muestra de fuerza pudiera darle la seguridad que le faltaba. No era que fuera un mal conductor, al contrario, tampoco había ingerido alcohol, sino que estaba cansado por la falta de sueño, porque había estado enfrascado, durante la última semana, en los preparativos de un viaje a un congreso de Medicina en Estados Unidos. Y eso, sumado a que era casi la una de la madrugada, había hecho mella en su cuerpo alto y delgado. Necesitaba su cama, lanzarse sobre el colchón como en una piscina y dormir durante horas y más horas.

Maldijo en voz baja, ya que se arrepentía de no haber aceptado la invitación de su amigo Iván de quedarse a pasar la noche en su casa. La culpa la había tenido Cristina García, ¡estaba harto de tenerla pegada como a una garrapata! Suerte que la perdería de vista durante una buena temporada, o para siempre, pues no solo aprovecharía para acudir al congreso, sino para encontrar casa y establecerse en alguna ciudad. Pero si algún día regresaba, esperaba encontrársela casada con un chaval de su edad y que este fuera de Valleverde.

De pronto detectó un ligero movimiento en su espalda, como si hubiera alguien detrás de su asiento y lo sacudiera, pero lo adujo a su cansancio. Aun así, no pudo evitar echar una mirada por el retrovisor, más por instinto que por curiosidad, y cuál fue su sorpresa cuando vio el rostro de Cris. ¡La muy inconsciente se había escondido en su auto!

—¡Maldita sea, Cris! —explotó el hombre girando el cuello para mirarla de frente, taladrándola con su mirada gris.

Solo fue un segundo que dejó de prestar atención a la carretera, el suficiente para perder el control del coche.

—¡Cuidado! —exclamó la chica al ver que salían del asfalto.

No pudo controlar su miedo y gritó a pleno pulmón mientras Javi intentaba recuperar el control. Este dio un golpe de volante en sentido contrario al precipicio al cual se acercaban, pero era tarde, ya el vehículo había salido de la carretera asfaltada y los neumáticos derraparon por la

gravilla. Los faros iluminaron el vacío y Javi temió lo peor al tiempo que frenaba. No pudo evitar el desastre y su vehículo se precipitó montaña abajo en una carrera sin control, dando bandazos a derecha e izquierda.

Diez horas antes

Javier Abelló detuvo su Audi Plateado en el arcén de una carretera poco transitada y salió del vehículo. Caminó pendiente arriba y no se detuvo hasta llegar al lugar más alto. Desde allí arriba se percataba de lo grande que era el mundo y de lo pequeño que era él. Observó con sus ojos grises, abiertos como si quisiera comerse el paisaje, los montes de hayas, robles y pinos. Hacía un día espléndido de verano, soplaba un aire agradable y, bajo un cielo de un azul impecable, a los pies de los bosques, brillaba la hierba verde en los prados, que acariciaba las panzas blancas de las vacas. Pastaban tranquilamente mientras los pájaros volaban de árbol en árbol en busca de algún insecto con que llenar su gástrico. Las mariposas aleteaban en el aire sobre las flores de colores y las abejas buscaban el néctar entre los estambres amarillos. La peculiaridad de Valleverde era que sus veranos no eran muy cálidos y daba la sensación de vivir una eterna primavera. Aunque siempre solía darse algún pico de calor, sobre todo en julio, pero duraba poco. En contra, los inviernos solían ser bastante crudos.

Respiró con profundidad varias veces. El aire puro de Valleverde impregnaba de frescura y verdad su espíritu. La paz que encontraba en aquellas montañas lo revitalizaba; quizá sería lo que más echaría de menos cuando se marchara durante varios años.

A pesar de pertenecer a una familia adinerada y de haber nacido con un pan bajo el brazo, había tenido que pelear para hacerse un hueco en la sociedad. Una lucha no exenta de heridas que, si bien no sangraban, habían dejado cicatrices. Su padre había sido un reconocido abogado de Barcelona y, desde pequeño, lo educaron para seguir con la tradición familiar. Siendo un niño, jamás tuvo una oportunidad, no le dejaron escoger su futuro cuando su anhelo más íntimo era estudiar Medicina y no le quedó otra alternativa que la de asentir a cada orden paterna.

Su progenitor siempre fue un hombre severo, de mirada penetrante que enmudecía las bocas al instante y llenaba el ambiente de silencios fríos, como si el aire glacial hubiera entrado por la puerta. Su madre nunca tuvo ni voz ni voto; vivía a la sombra de un marido controlador, al que temía. Nunca se enfrentó a él y murió joven debido a una larga enfermedad. Él apenas tenía unos cuatro años; por aquel entonces no entendía que la muerte era un adiós para siempre. Aún se acordaba cuando esperaba encontrar a su madre al levantarse por las mañanas, pues creía que estaba en el hospital y que la muerte se trataba de una enfermedad. Hasta que un día comprendió que la muerte no tenía curación y que era eterna.

Javi no quiso pensar más en el pasado y se dirigió al auto. Se obligó a no mirar el paisaje, ya que lo distraía de la conducción y en aquellas carreteras abundaban las curvas y los precipicios; toda precaución era poca. Iba a casa de su amigo Iván Mayer, al que quería como al hermano que

nunca tuvo. Ser hijo único había sido otra de las frustraciones con las que había cargado en su vida. Iván y él se conocían de niños, acudían al mismo colegio privado, pero fue en la universidad cuando se reencontraron. Entre libros y travesuras forjaron un fuerte vínculo. Su amistad con Iván había marcado un antes y un después, lo hizo más fuerte, más seguro de sí mismo y le había dado esperanzas en un mundo que siempre había visto gris.

No tardó en llegar a una casa sencilla de aire campestre muy acogedora. Iván vivía allí con su mujer, Lucía Olmos, y el hijo de ambos, Pere, de casi siete años de edad. Javi, a sus casi treinta y cinco primaveras, por fin había tomado la decisión de partir hacia tierras lejanas y no quería irse sin despedirse de sus amigos. Tenía la necesidad de dedicar una parte de su vida a nuevos retos, y empezaría en Estados Unidos en un congreso. Quería establecerse en algún pueblo perdido de la mano de Dios —cuanto más rural y tranquilo mucho mejor— y crear una pequeña consulta. Era algo con lo que siempre había soñado y llevaba varios meses planeándolo. De hecho, quienes le había dado el último empujón habían sido Iván y Norma, una integrante de Los Hijos de la Luz, que curaba utilizando las propiedades de las plantas que recolectaba. Ella le había enseñado un mundo que sus colegas de oficio rechazaban. Sin embargo, él lo veía como un complemento a sus conocimientos y se sentía feliz porque se llevaba lo mejor de los dos mundos. Por un lado, los métodos que había adquirido a través de los libros. Por otro, la sabiduría ancestral que le había transmitido Norma.

Javi encontró a Iván cogiendo los primeros tomates de la temporada del huerto. Lucía se había acercado al hogar de su hermano Abel y se había llevado a Pere. El niño se llevaba muy bien con sus primas pequeñas, a las que cuidaba con cariño, a pesar de su corta edad. Casi podía decirse que actuaba como si fuera el hermano mayor.

—No tardarán en llegar —dijo Iván dejando el cesto con los tomates en el suelo—. Hoy te quedas a cenar, tienes que probar estos tomates. No puedes negarte, estaremos meses, o años, sin vernos. Podrías habernos avisado antes, ¿esto no se hace, Javi!

—Quería evitar entristecernos, es mejor así.

—No es cierto.

—Siempre que pueda os llamaré para saber cómo os va la vida —dijo su amigo. Su cabello peinado desenfadadamente hacia atrás, en un tono rubio oscuro, brillaba bajo el sol de la tarde—. Nos mantendremos en contacto, te lo prometo.

—¡Eso espero, o si no, te iré a buscar! De todos modos, estoy enfadado contigo, no me dijiste que tu padre había muerto, me hubiera gustado apoyarte y estar contigo un momento tan doloroso.

Javi no dijo nada, se limitó a contemplar el huerto. Parecía un hermoso y variado jardín: perejil, tomateras, lechugas, judías, pepinos, berenjenas, pimientos... No le extrañaba que su amigo hubiera cambiado la selva de asfalto por la vida en el campo.

—No lloré su muerte —dijo al fin Javi—. Me siento inhumano por no haber derramado una lágrima. En realidad, no le dije a nadie que falleció, me limité a publicar una esquela en las necrológicas de la prensa. Me consta que hubo gente que se enteró, pero no acudieron al entierro,

apenas vino nadie, y quien lo hizo, fue por compromiso, no porque lo sintiera de verdad. Pero no los juzgaré, yo me sentía igual.

Iván se compadeció de su amigo y le apretó el hombro en un gesto reconfortante. En el fondo lo entendía.

—Tu padre no se hizo querer, es normal que ni sus más allegados quisieran darle el último adiós.

—Apenas éramos cuatro gatos en el funeral. Me di cuenta de lo solo que estaba cuando me trasladé de mi piso de Barcelona a la mansión de la familia para cuidarlo y nadie lo vino a visitar. Fueron tristes y solitarios sus últimos días.

—Estuviste tú con él, no estuvo del todo solo.

—¿Te crees que le importó que estuviera o no? ¡A él no le importaba nada de eso, ni que fuera a visitarlo! No sé por qué no me marché cuando me lo dijo. No me quería a su lado, pero un hijo nunca abandona a su padre, aunque este no lo merezca. La verdad es que nunca me vio como un hijo, era solo un medio para conseguir sus propios objetivos.

—No le des más vueltas, no vale la pena.

—Por más que me esfuerzo no logro recordar ninguna situación con mi padre en la que pueda sonreír. Su mirada era una sentencia de condena, su boca se abría solo para ordenar, y así fue hasta su último aliento.

—Pero lograste plantarle cara.

—Gracias a ti, que me salvaste de mí mismo. Entonces levanté la cabeza y trabajé para alcanzar mis sueños, no los de él.

—Fuiste muy valiente, agrádecele a tu padre haberte obligado a estudiar Derecho, ¡gracias a eso nos reencontramos!

—Cambiemos de tema y hablemos de cosas alegres, ¿qué tal te va todo?

—Muy bien, sigo con mis proyectos de construcciones de casas en lugares que las necesitan. Investigo los recursos que tienen en sus países de origen para que resulten económicas y no tengamos que exportar materiales. Sin Lucía no hubiera podido hacerlo.

—¿Aún es la profesora de la comunidad?

—Sí, es algo con lo que disfruta. Sabes, esperamos otro hijo, ¡soy tan feliz, pero tan feliz que no acabo de creérmelo!

—¡Felicidades, amigo! —exclamó abrazándolo.

—La vida es maravillosa si observas lo blanco y no lo negro.

Javi sonrió, su compañero siempre veía lo positivo en todo y era reconfortante pensar de aquella manera. Reconocía que a él le costaba, aun así, se esforzaría por cambiar, pues la actitud que se mantenía frente a la vida separaba la frustración de la felicidad.

Iván y Javi se sentaron en un banco de piedra que había bajo una higuera repleta de higos, todavía por madurar. Javi era un hombre alto, ligeramente corpulento y atractivo, de semblante serio, mostraba una rectitud muy típica en los abogados. En realidad, era lo único que conservaba

de aquella etapa que no le gustaba recordar, pues, por aquel entonces, cometió el error de acallar su frustración con las drogas. Su suerte había sido Iván, que lo ayudó a salir de aquella pesadilla y lo animó, junto a Lucía, a que cursara la carrera de Medicina.

En cambio, Iván era alto y robusto, poseía unas facciones duras y su pelo negro alborotado aún resaltaba más ese rasgo. Sin embargo, sus ojos azules, que brillaban paz como el cielo de encima de sus cabezas, suavizaban un rostro feroz. No siempre había sido así, pues Iván, en el pasado, antes de conocer a su esposa, era un ser sin escrúpulos de mirada perturbadora y fría. Solo el amor de Lucía, un ángel que se cruzó en su camino, pudo cambiar a un hombre que tenía un pasaje directo al Infierno.

—Te echaré de menos —dijo Iván en un tono triste—. Ahora me arrepiento de haberte animado a cumplir tu sueño.

El sonido de un coche fue en aumento a medida que se acercaba al hogar. Los hombres dieron por hecho de que se trataba de Abel, que traía de vuelta a Lucía y al pequeño Pere. Ambos fueron a la parte delantera de la casa, pues el huerto estaba en la trasera. Pero no solo llegaban los que esperaban, sino que entre ellos estaba Cristina García, la cuñada de Abel. Se sorprendieron, pues no contaban con ella, una casualidad incómoda para Javi, que no pudo evitar que un gruñido de frustración saliera de su boca. Iván disimuló no haberlo escuchado, mejor así que provocar una situación incómoda. Era sabido el amor que la chica sentía por Javi, un sentimiento no recíproco y que agobiaba al hombre. Él nunca sintió atracción por ella; consideraba que los casi quince años de diferencia eran una barrera insuperable. Además, la veía como a una niña y no como a una mujer.

Por su parte, Cris no disimulaba su atracción por Javi. Siempre que lo tenía cerca su rostro resplandecía de felicidad, que no era muy a menudo, pues Javi solo se acercaba a Valleverde para visitar a sus amigos o para ayudar a Norma o a Iván. De modo que, cuando la muchacha lo veía, aprovechaba para hacerle saber sus sentimientos, sabiendo que se marcharía de nuevo durante días o semanas.

Cris no hacía caso a sus allegados que le sugerían que lo dejara tranquilo, que el amor no se imponía, que debía esperar a que naciera libremente. Pero la muchacha, demasiado ansiosa por cumplir su sueño, se limitaba a contestarles que Javi algún día se casaría con ella, porque así estaba predestinado desde que nacieron. Siempre explicaba que un día tuvo un sueño premonitorio donde salía un hombre desconocido que le decía que eran almas gemelas. Cuál fue su sorpresa cuando, a los pocos días, ese hombre apareció en la boda de su hermana Eli. Casi se desmayó de dicha, pues nada más verlo quedó atrapada en una sensación agradable que acariciaba su interior como si fueran pétalos de rosa. De eso hacía aproximadamente dos años.

Cris pertenecía a Los Hijos de la Luz, una comunidad religiosa afincada en Valleverde desde hacía siglos. Ellos tenían una visión diferente sobre el mundo divino. Para sus integrantes, el catolicismo empujaba a sus feligreses a buscar a Cristo en el exterior. No por ir cada domingo a misa cualquiera se ganaba el Cielo. De nada servía recitar los mandamientos si boca adentro no se

cumplía ninguno.

Los Hijos de la Luz consideraban que todo ser humano llevaba un ejército de energías divinas en el interior, atrapadas por otras oscuras a las que nombraban egos, que había que eliminar para que las luces puras pudieran expresarse. Su objetivo era crecer espiritualmente por dentro, solo así se conseguía llegar al Cielo. La comunidad se guiaba por las enseñanzas que Jesús había dejado antes de que fuera crucificado. Su sacrificio en la cruz no había sido en vano y había dejado lecciones escondidas en símbolos y leyendas.

Por ello no era de extrañar que Cris creyera, de verdad, que Javi era su alma gemela, su destino, su futuro, su complemento para crecer por dentro. Pero debido a su inexperiencia con los varones, no sabía canalizar su sentimiento y, en vez de acercarlo a ella, lo separaba cada día más. Si Javi perteneciera a Los Hijos de la Luz, sin duda estarían casados debido a que ambos creerían en los lazos del destino. Sin embargo, no era ese el caso, pues él no pertenecía a la comunidad, aunque tenía muchos amigos como Abel, Eli, Norma y otros tantos que sí formaban parte. Si bien respetaba sus creencias, no las entendía porque nunca las había experimentado, de modo que no le daba importancia al sueño de Cris. Consideraba que la chica se dejaba arrastrar por un romanticismo mágico en el que él no creía.

Lucía se fundió en un abrazo afectuoso con Javi nada más salir del coche, Pere imitó a su madre y se alegró de ver al que nombraba tío Javi.

—¡Hola, Javi, me alegro de verte por aquí! —saludó también Abel palmeándole los hombros.

—¿Qué tal tu mujer e hijas?

—Eli, cada día más hermosa; mi hija María ha heredado la belleza de su madre, y las gemelas son tan traviesas... —se llevó la mano a su cabello dorado— que me ha salido alguna cana. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Vengo a despedirme, me voy a Estados Unidos, puede ser que no regrese, todo depende de cómo me vaya por allí.

Javi se tomó unos largos segundos para hacerle un resumen de sus futuros planes. Abel sonreía, se sentía muy contento por su amigo, pues sabía lo importante que era cumplir aquel sueño y no tardó en felicitarlo.

Cris escuchaba atenta y estaba muy lejos de alegrarse.

—¿Así que te vas? —explotó indignada, situándose entre Javi y Abel y mirando al primero con ojos de desconcierto—. ¡No puedes marcharte y desafiar nuestro destino! Yo me iré contigo —soltó con los brazos en jarras—. Te seguiré al fin del mundo, si hace falta.

Iván y Lucía se miraron. Era difícil, para todos en Valleverde, mostrarse ecuanímenes ante una situación que perturbaba por igual a Javi y a Cris; ella, por estar enamorada, y él, por todo lo contrario. Su compañero nunca había tenido novia o pareja, protegía su soledad porque era ahí donde se sentía a salvo. Muchas veces le había comentado su intención de no casarse nunca ni tener hijos. Los problemas que había tenido con su padre le habían dejado una herida profunda y no creía en el matrimonio, y mucho menos en la familia. Iván pensó que el viaje resultaría

balsámico para él por muchos motivos, y también para Cris, desde luego. Quizá era la solución. O si no, el destino intervendría, de eso no dudaba.

Javi encarnó las cejas como si maldijera en su interior. Tuvo que controlarse para no enfadarse con Cris y apretó los labios a fin de que no se le escapara ninguna palabra. Al fin y al cabo, en un par de días, la perdería de vista; no valía la pena dejarla en evidencia. Además, tampoco quería lastimarla, su conciencia lo censuraría. De modo que echó mano a la diplomacia.

—No creo que tu padre te dejara, Cris.

A la indignación de la muchacha le siguió su puesta en escena: un rictus triste, unos puños pegados al cuerpo, una mirada de decepción... No obstante, incluso contrariada por el poco interés que él siempre le mostraba, lucía hermosa, su luz no se apagaba. Quien tuviera ojos no podría dejar de admirar la belleza de su rostro. Sus labios gruesos eran una tentación jugosa. Sus ojos, más grandes de lo normal, acogían unas córneas grises rebosantes de vida. Sobre ellos, unas cejas perfiladas rubias profundizaban su mirada.

Al pertenecer a Los Hijos de la Luz vestía una falda negra larga y una camisa blanca de talle sencillo, aunque también podría haberse vestido con un vestido oscuro, que eran las únicas prendas que se les permitía a las mujeres de Los Hijos de la Luz. Su melena rubia rizada la llevaba escondida bajo una capelina clara. Pero, a pesar del atuendo, Cris era una preciosa flor, fresca y primaveral, en plena explosión. No obstante, su constitución pequeña, heredada de su difunta madre, y su carácter inocente provocaban que Javi la viera como a una cría y no como a la mujer de curvas sensuales que quedaban escondidas bajo unas ropas holgadas y oscuras.

—¿Te quedarás a cenar, Javi? —preguntó Lucía intentando desviar la conversación, sin embargo, le salió mal.

—¿Me puedo quedar a cenar con vosotros? —preguntó Cris mirando a Lucía—. Os prepararé limonada, a todos en Valleverde les gusta, me sale muy rica.

—No creo que sea una buena idea —intervino su cuñado—. Tu padre y hermanos se preocuparán.

Cris se dio la vuelta y le rogó con la mirada.

—Por favor, pásate por mi casa y diles que me quedaré a cenar aquí.

—Cris, no insistas...

Abel quiso rebatirle y la miró con sus ojos ambarinos rogándole que lo entendiera, pero ella volvió a hablar.

—Por favor... Javi se va, no lo volveré a ver más, solo quiero pasar un rato con él antes de despedirme. No pido tanto...

Abel suspiró y miró de reojo a su hermana, esta asintió con la cabeza. Después, se centró en su amigo Javi, tenía los labios apretados y había achicado los ojos. Bien sabía que no deseaba tener a Cris cerca, aun así, este tenía la última palabra. Pero, para sorpresa de todos, se resignó y asintió de muy mala gana. Meditó que solo tendría que aguantarla durante la cena; era un sacrificio menor, teniendo en cuenta el alivio que supondría no verla más.

—Está bien —claudicó Abel—, pero después de la cena vendré a buscarte para llevarte a tu casa.

—Puede quedarse a dormir, mañana a primera hora la llevaré yo —sugirió Iván—. Bastante tienes con tus hijas, ya me ocupo yo de Cris.

Al fin todos se dieron por satisfechos y Abel se marchó.

Capítulo 2

Cris preparó su famosa limonada y ayudó a Lucía a freír flores de calabaza rebozadas y berenjenas a la plancha que acompañaron con una ensalada de tomates, y de postre tomarían sandía y melón. Sin duda, los tomates del huerto de Iván fueron las estrellas de la velada. Su sabor dulzón, con un toque ácido, y la jugosidad de su pulpa por haber madurado en la planta, habían hecho de un sencillo fruto un manjar delicioso.

Llegó la hora de despedirse, Cris no soportó la tristeza y huyó a refugiarse en el que sería su cuarto durante esa noche. No podía resignarse, las lágrimas mojaban sus mejillas, temblaba de pánico, pues no concebía la vida sin Javi. Se llevó la mano a su corazón, bajo la palma sentía su latir y cada latido era un grito de desesperación. No quiso darle más vueltas y tomó una decisión.

El coche dio varias vueltas de campana, arrastrando matorrales y piedras, solo el tronco de un roble detuvo el descenso mortal.

Fueron los segundos más largos de la vida de Cris y de Javi. Debido al impacto quedaron aturdidos, pero la peor parte se la llevó Cris, pues a diferencia de Javi, que llevaba el cinturón de seguridad puesto, ella quedó a merced de la fuerza de gravedad y fue dándose golpes aquí y allá. Terminó quedándose atrapada entre el asiento del acompañante, que había salido de su lugar, y el de atrás.

El olor a gasolina espabiló a Javi. Agradeció que su cuerpo estuviera en condiciones; por suerte no tenía nada roto. Se desabrochó el cinturón de seguridad, los faros del coche seguían iluminando el exterior y pudo apreciar la llama amarilla que empezaba a prender en el capó, ¡había que salir de allí de inmediato! Miró atrás pero no veía a Cris y temió lo peor.

—¡Cris, Cris!

Escuchó un gemido, a tientas buscó el interruptor de la luz del techo, que encendió. A pesar de que parpadeaba, registró como un loco la parte de atrás. Nada estaba en su sitio, aun así, apreció el pequeño cuerpo de la chica atrapado entre los asientos. Se desplazó reptando y se estiró todo lo que su cuerpo le permitió hasta alcanzar el lugar donde estaba ella. Pudo apartar el asiento del acompañante, se asustó al ver los ojos de la muchacha cerrados.

—¿Estás bien, Cris?

Las palabras se filtraron en su mente y por un momento ella creyó que se trataba de una pesadilla. Le llevó un par de segundos darse cuenta de la situación.

—Más o menos... —dijo Cris entre gemidos, abrió los párpados con lentitud.

—¡Hay que salir rápido, el coche puede explotar en cualquier momento!

Cris no necesitó más aliciente y se movió. Al principio lo hizo con cuidado, sentía su cuerpo pesado y dolorido y le costó incorporarse un poco. Rompió a llorar de impotencia, pues sus extremidades no respondían todo lo deprisa que necesitaba en aquel instante.

—No puedo moverme... —explicó entre hipidos.

—¡Estúpida niña, por tu culpa estamos así!

—Lo siento, lo siento, de verdad que lo siento...

Javi tenía prisa por salir del auto, no había tiempo de discutir, aunque ganas no le faltaban, de modo que apretó los dientes reprimiendo su intención de insultarla hasta quedarse ronco. Sin perder un segundo más, la agarró de la cintura y su rabia, convertida en adrenalina, le dio el empuje y la fuerza necesaria para arrastrarla con él al exterior. Una vez fuera, la soltó, pero al darse cuenta de que sus pies no la sostenían, volvió a sujetarla de la cintura. De soslayo, comprobó que las llamas prendían con vigorosidad por sobre el capó. Era cuestión de segundos que el coche estallara en mil pedazos.

Agarró a Cris en brazos, al ser pequeña y delgada le permitió echar a correr sin esfuerzo. Al cabo de tan solo dos segundos, a su espalda explotó el automóvil. La onda expansiva empujó a Javi hacia delante, hizo un gesto para proteger a Cris, abrazándola con fuerza, olvidándose de él mismo, con tan mala fortuna que su cabeza fue a chocar con una roca. Pero consiguió su objetivo y la mujer no sufrió ningún rasguño al verse envuelta en los brazos de él.

El coche era una bola anaranjada que brillaba en medio de la noche. El humo oscuro ascendía y se fundía con el mate negro del cielo. El hedor de pintura quemada, neumáticos y gasolina entró por las fosas nasales de Cris y le provocó más de una arcada. Se sentó en el suelo apoyándose por las palmas y dio un par de bocanadas de aire a fin de recuperarse, agradeciendo al Cielo estar viva. Después, se llevó la mano a la frente en un gesto instintivo, pues seguía mareada y la peste no ayudaba a sentirse mejor.

Pronto se dio cuenta que Javi estaba inerte en el suelo. Se arrodilló a su lado y, al darle la vuelta, vio sangre manar por entre su cabello rubio oscuro. El pánico la arrasó por completo hasta dejarla sin aire en los pulmones y el frío la cubrió de arriba abajo, a pesar de ser una noche tibia. Estaba paralizada. El miedo de perder al amor de su vida la hizo reaccionar, lo agarró por los hombros y lo sacudió mientras gritaba:

—¡Javi, Javi, por favor, abre los ojos, dime algo! ¡Por favor, no te marches, quédate conmigo! ¡Javiii!

Pero Javi no abrió los ojos y la oscuridad de la noche se instaló en el corazón de la muchacha.

Eran las cinco de la madrugada. Cris pensaba que el mundo se había quedado pequeño y que tras las paredes de aquel hospital no existía la vida. Siempre había creído que cuando dos personas estaban unidas por el cordón del destino, sus corazones se convertían en uno en el mismo instante que se cruzaban por primera vez. Eso le había sucedido cuando conoció a Javi el día de la boda de su hermana Eli con Abel. Su corazón se había enlazado al de él y una sensación de plenitud la había embargado hasta ese instante.

Pero todo había cambiado cuando lo había visto tumbado en el suelo, inconsciente y con los cabellos chorreando sangre. La sombra de la muerte pesaba sobre sus hombros y notaba dentro de su pecho un vacío demasiado grande, como si le hubieran arrancado una parte de ella. Su lugar lo ocupaba un enorme agujero negro, y tal sensación no la dejaba respirar, pues temía lo peor.

Cris sacudió la cabeza forzando a sus pensamientos que cesaran su tortura. Nada podía ser peor que la incertidumbre de no saber nada, de ver pasar los segundos en el enorme reloj, que estaba ubicado en la pared de enfrente de la sala de espera. Esa fina aguja daba pequeños saltos y ella se centró en contarlos a fin de mantener su mente ocupada.

La joven estaba sentada en una silla de plástico blanca. Tenía su espalda recta, pues solo esa postura aliviaba el dolor en su columna, consecuencia del fuerte golpe que había recibido en el accidente. Con ambas manos, se agarraba a los bordes de su asiento, ya que le permitía mantener la posición sin mucho esfuerzo. Le habían inyectado un calmante, pero no le estaba haciendo mucho efecto y suponía que la culpa la tenían sus nervios, que estaban a flor de piel.

Lucía estaba sentada a su lado, llevaba unos vaqueros y una camiseta rosa claro holgada, apenas se le notaba su embarazo. Su melena color avellana la llevaba recogida en una cola alta. Su rostro angelical la serenaba, ella siempre había sido una mujer dulce y comprensiva. De todos modos, no se atrevía a mirarla por miedo a que le recriminara algo. Escuchó cómo carraspeaba antes de hablarle.

—¿Estás bien?

—Sí, solo tengo golpes aquí y allá. Me han hecho un reconocimiento y radiografías. Tengo leves contusiones, nada que deba preocuparme y que no cure un par de días de reposo.

—Sí, lo sé, el médico me ha informado. ¡Qué suerte has tenido!

—Sí...

No podía hablar, además detectaba que Lucía pretendía animarla y hacerle ver que la vida le daba otra oportunidad. Pero ella solo podía pensar en Javier. No dejaba de verlo en su cabeza inconsciente en el suelo.

De reojo vio una silueta, giró el rostro y comprobó que se trataba de Iván, que regresaba de dejar a Pere en casa de sus tíos Abel y Eli.

A medida que se acercaba, ella se fijó en el frío azul de sus ojos, la culpaba, y tenía razón: su decisión alocada había causado una tragedia. No pudo sostenerle la mirada y la desvió a un vaso

que agarraba en la mano derecha. Pudo apreciar que se trataba de chocolate caliente. Nada más llegó a su altura, se lo ofreció, ella negó con la cabeza.

—Gracias, pero no me apetece...

—Lo he traído para ti, necesitas algo caliente, la impresión te está provocando temblores, así que tómatelo.

Era cierto, estaba temblando y Cris ni si quiera se había dado cuenta. Además, la frialdad de la voz de Iván incrementaba tal sensación.

Lucía se percató, conocía a su marido y se estaba controlando, lo percibía en la tensión de su mandíbula. Mejor así, en aquel instante las recriminaciones no ayudarían, por lo que intervino antes de que su esposo estallara.

—Anda, bébetelo. —Le dedicó una sonrisa tierna e instó a Cris a que agarrara el vaso, que no rechazó en cuanto notó su tibieza aliviar sus dedos agarrotados—. Algo caliente te sentará bien y te calmará. Después, si te apetece, iremos a tomar un poco el aire.

A diferencia de su esposo, la voz de ella sonaba cálida y reconfortante. Aun así, Cris sabía que se merecía el enfado de Iván. Solo ella era la culpable de lo que había ocurrido; cualquier castigo sería poco para lo que había provocado.

—Lo siento... —musitó la muchacha, levantándose de su asiento y mirando al hombre—. Sé que he obrado mal, no quería que sucediera nada de esto, me dejé llevar por mis sentimientos...

Iván la interrumpió y explotó.

—¿En qué estabas pensando cuando te escondiste en el coche de Javi? ¡Ya no eres una cría y has actuado como si lo fueras! ¡Tus tonterías, que ya vienen siendo muchas, han terminado muy mal!

Se expresaba a voz de grito y Cris se asustó, nada acostumbrada a verlo en aquel estado. El chocolate resbaló por sus dedos y cayó al suelo. Pese a todo, se recuperó del impacto y quiso explicarse.

—Me equivoqué...

Pero Iván estaba como una locomotora sin frenos y cuesta abajo. La volvió a interrumpir.

—¡Claro que te equivocaste, y aún suerte que nos dimos cuenta de que no estabas en la habitación y salimos detrás de vosotros! ¡Imagina qué hubiera sucedido si no hubiéramos visto el coche arder a lo lejos! Aún estaríais en esa pendiente, y tal vez Javi a estas horas estaría muerto.

—¡No digas eso! —gritó tapándose los oídos con las manos.

—¡Ya va siendo hora de que tomes conciencia de tus actos!

Lucía se interpuso entre los dos, de cara a su marido.

—¡Ya basta, Iván! Lo importante en estos momentos es Javi y su estado, todavía los médicos están con él.

Su marido reaccionó, pues su mujer tenía razón. Los gritos no llevaban a ninguna parte, solo provocaba que el dolor creciera. Tomar conciencia de ello hizo que gran parte de su enfado se diluyera.

—Me cambiaría por Javi ahora mismo —reveló la joven.

Lucía se dio la vuelta y se colocó junto a su marido, ambos la miraban, sobre todo Iván, sus ojos duros se fueron suavizando, pues si una lección había aprendido de la vida, desde que había conocido a Lucía, era a comprender e intentar ayudar a los que, por circunstancias diferentes, o empujados por una verdad errónea, se equivocaban. Sabía de cierto que Cris también estaba aprendiendo una lección. Su cuerpo tembloroso, sus ojos acuosos y rojos debido a un incesante llanto, mostraban a una joven desamparada, desolada y triste. En vez de recriminarla, debía comprenderla y ayudarla.

Acortó los tres pasos que la separaban de ella y la abrazó, intentando con aquel gesto darle un apoyo que necesitaba para seguir adelante.

—Lo siento, Cris, sé que estás sufriendo —rectificó él.

Cris estalló en un llanto desgarrador, el hombre sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció. Ella se secó las lágrimas, sus dedos y labios temblaban, su interior era una madeja maltrecha de dolor, entonces dijo:

—No te preocupes. —Hizo una pausa—. En el fondo tienes razón. Ojalá pudiera volver atrás y cambiar mi decisión.

—No vale la pena pensar en eso. Lo hecho, hecho está. Solo te queda aprender de los errores, mirar adelante y seguir.

Cris pensó en lo que le estaba diciendo. Nunca comprendió que no había lugar para ella en la vida de Javi. Siempre dio por hecho que él entendía el amor que le profesaba sin tapujos. Creyó, o, mejor dicho, quiso creer que huía de ella por miedo, cuando en realidad lo único que buscaba era que lo dejara en paz. Por mucho que valorara los mensajes que le enviaba el Cielo a través de los sueños y por mucho que para ella fuera normal, debía aceptar que Javi no había crecido en Valleverde y no había sido alcanzado por la sabiduría que se escondía en el seno de la comunidad. Sea como fuere, ella era una pieza de puzle que no encajaba en el complejo mundo en el que había crecido Javi. La realidad siempre acababa imponiéndose; esa vez lo había hecho dolorosamente y le estaba dando una bofetada para que despertara y aprendiera de su equivocación. Tal vez había comprendido mal el destino y, antes de que fuera demasiado tarde, tenía que rectificar.

—No puedo cambiar el pasado, pero no permitiré que mis malas decisiones perjudiquen otra vez a Javi. En cuanto sepa que está bien, me iré a mi casa y lo dejaré en paz para siempre.

Iván y Lucía se miraron. Ninguno de los dos quería verla sufrir, sin embargo, era bueno que hubiera entendido que el amor no se imponía. Por otra parte, no había habido maldad en la decisión de esconderse en el coche de Javi; al fin y al cabo, no se le podía exigir nada. Ella era una chispa enviada por el Cielo llena de bondad e inocencia. Se había dedicado en cuerpo y alma a hacer la vida más fácil a los demás. Se encargó de atender a su madre desde el primer día en el que cayó enferma, asumiendo el papel de hermana mayor cuando Eli se marchó a Barcelona. Estuvo al cuidado de sus hermanos menores porque su madre no podía debido a la debilidad de su corazón enfermo, y continuó haciéndolo después de su fallecimiento. Fue el puntal de su padre en

ausencia de su hermana. Cierto: nadie podía recriminarle nada, si acaso lo contrario.

Lucía presentía que la decisión que había tomado Cris la rompería por dentro en mil pedazos. A diferencia de Javi, ella sí que estaba enamorada, además no se trataba de un enamoramiento superficial, sino de esos que se instalaban en el corazón para siempre. Cris tenía una personalidad profunda, por lo que sus sentimientos eran intensos y difíciles de esconder a los demás. Por el contrario, Javi era introvertido debido a una infancia marcada por un padre demasiado controlador y a una madre ausente mientras estuvo viva, más preocupada por no molestar al marido que por desempeñar su papel de madre, que trasladó a las niñeras, lo que había provocado que Javi no creyera en el amor, y menos en el matrimonio.

—¿Qué va a pasar con su viaje? —preguntó Cris—. Creo que en dos días se iba.

—Conozco a Javi desde hace años, el futuro que se estaba planeando era un sueño largamente esperado. No creo que nada lo detenga, si tiene que partir escayolado de arriba abajo, lo hará. Nada lo va a parar...

Iván guardó silencio, pues un médico caminaba hacia ellos; su esposa y Cris también se percataron. La segunda empezó a temblar de nuevo y Lucía la atrajo a su cuerpo agarrándola por los hombros.

—Tranquila, todo irá bien, ya lo verás —dijo Lucía.

Cris apretó los labios y asintió. De verdad deseaba que trajera buenas noticias y que todo hubiera quedado en un susto tremendo. No se perdonaría jamás que Javi estuviera gravemente lastimado por su culpa. No quería pensar en ello, pero su cabeza daba vueltas a lo mismo.

Nada más llegó el médico a la altura de ellos, se presentó.

—Buenas noches, soy el doctor Torres, he atendido a Javier Abelló. —Alargó la mano y los saludó, uno por uno, con cortesía—. ¿Ustedes son sus familiares?

—No tiene ningún pariente vivo, nosotros somos como su familia —aclaró Iván.

—De acuerdo, vengo a informarles de su estado —dijo el facultativo.

—¿Está bien? —preguntó Cris, que no soportaba más la incertidumbre.

—Físicamente, sí, no tiene nada roto.

Cris casi da un grito de euforia, pero se controló y sonrió de oreja a oreja, se había quitado un gran peso de encima. Tenía el cuerpo tan tenso debido a los nervios que se relajó en el acto, provocando que sus rodillas apenas la aguantaran. Tuvo que agarrarse de la cintura de Lucía para no caer al suelo. En cambio, Iván no se tranquilizó, pues sospechaba que el médico aún no había terminado, lo presentía y no dudó en preguntar.

—Doctor Torres, ha dicho que físicamente está bien, ¿acaso hay algo más que debemos saber?

—Me preocupa el golpe de la cabeza.

—¿Es muy grave?

—No, no, nada de eso, es un golpe muy superficial, no ha necesitado puntos. —Hizo una pausa—. Pero no ha recuperado la consciencia y ya lo tendría que haber hecho.

Cris pasó de la euforia al desconsuelo, casi se desmayó e Iván tuvo que cogerla en brazos. La

sentó en un asiento, el doctor le tomó la tensión.

—No se preocupen —informó el facultativo mirando alternativamente a Iván y Lucía—, tiene la tensión un poco alta, pero dadas las circunstancias es normal. Demasiadas emociones, y el cuerpo tiene un límite.

—¿Javi despertará? —preguntó Cris sin importarle su estado de salud.

El doctor Torres eludió la pregunta, la verdad era que no podía darle una respuesta. Decidió hablar de las pruebas que le habían hecho, algunas tenían unos nombres tan raros que era como si hablara en otro idioma. Cris, Iván y su esposa tuvieron que prestar atención para entender que Javi estaba sano y que el médico no tenía explicación para la inconsciencia de su paciente.

—En resumen, las pruebas no han mostrado nada anormal —explicaba el doctor Torres—, es más, todo está correcto y hay actividad, sus funciones cerebrales están intactas, pero el cerebro es imprevisible. No sabemos por qué no se despierta. Nunca nos hemos encontrado con un caso como este.

—Y entonces, ¿qué van a hacer? —preguntó Iván, que no entendía que la medicina no tuviera cura para su amigo.

—Estar pendiente de su evolución. Evidentemente le haremos más pruebas, aunque reconozco que las próximas horas serán decisivas.

Cris se levantó de su asiento y agarró la manga de la bata del doctor con desesperación, temía que se fuera cuando ella tenía tantas preguntas.

—¿Está diciendo que si no despierta en las próximas horas no lo hará nunca? —Cris estaba a un suspiro de morir en vida.

—No lo sabemos.

—¿Dónde lo tienen? —preguntó la joven.

—Está en una habitación en observación, vigilado en todo momento.

—¿Podemos verlo?

—Sí, claro, si me acompañan...

Cris, Lucía e Iván siguieron al médico. La joven casi arrastraba los pies, su conciencia pesaba, pues no podía dejar de pensar que si Javi no despertaba sería por su culpa. En cambio, los pasos del doctor Torres eran ágiles y largos, Cris quedó a remolque, casi no podía seguirlos. Suerte que Lucía se había dado cuenta, por lo que la agarró del brazo y tiraba de ella a fin de que no se quedara atrás. Había una parte de ella muy asustada y eso la petrificaba, porque no sabía en qué condiciones estaría Javier.

No tardaron en llegar a una zona restringida donde se ingresaba a los enfermos más graves. Caminaron por un pasillo, el doctor giró a la derecha, al final había una puerta que abrió y cruzó. Se apartó a un lado para dejar pasar a los demás.

Los tres se quedaron sin habla. Javi estaba postrado en una cama, monitorizado para controlar sus constantes vitales. En la muñeca tenía una aguja por donde se inyectaba, directamente a la sangre, el suero. De cintura para abajo estaba cubierto por una sábana de un blanco immaculado,

su torso estaba desnudo y en algunas zonas estaba afeitado y tenía unos parches.

Cris no podía dejar de mirarlo y le resultaba doloroso aceptar que fuera el mismo hombre que la rechazaba tan educadamente. Se acercó a él, el suero fluía gota a gota, las máquinas zumbaban, se trataba de un sonido irritante y se preguntó si a él le molestaría.

—¿Puede escuchar? —quiso saber ella.

—No lo sabemos con certeza —contestó el facultativo—. Aunque algunos estudios revelan que las voces de gente querida puede hacerlos reaccionar. De todos modos, estoy en contacto con un médico experto en este tipo de traumas y estamos evaluando trasladarlo a algún hospital de Barcelona con más recursos. En las próximas horas tomaremos una decisión.

Si Cris no hubiera estado tan triste y aturdida por el dolor que le estaba causando saber la verdad del estado de Javier, hubiera reído. Ella no era nadie querido para él, si acaso lo contrario, por lo tanto, dudaba mucho de que su voz le provocara alguna reacción que no fuera la de cólera. Incluso se imaginó que se despertaba y la echaba de allí a patadas, literalmente. De hecho, se hubiera sentido feliz de que tal deseo se cumpliera, pues eso significaría que Javi había despertado. Era lo único que le importaba en ese instante.

La joven miró a Lucía, a Iván y al doctor Torres, por ese orden. Después centró toda su atención en el enfermo, le agarró la mano, una mano que notó caliente y que le certificaba que estaba vivo y luchaba. Su corazón empezó a latir deprisa, percibía una especie de conexión profunda con él. Un sentimiento de gratitud nació en sus entrañas, casi pensó que estallaría de alivio. Saber que su espíritu no había abandonado su cuerpo, que lo único que él estaba haciendo era buscar la luz, la llenó de esperanza. Miró sus párpados cerrados; tenía tantas ganas de verlos abiertos...

—No me moveré de aquí hasta que despierte —expuso Cris sin levantar la mirada.

—Creo que no es buena idea —repuso Lucía, se acercó a la joven y le apretó el hombro desde atrás—. Tú también estás en shock, necesitas descansar y aclarar la mente.

—No pienso marcharme hasta que Javi vuelva a ser el mismo de antes. Solo entonces cumpliré mi promesa de apartarme de él para siempre.

—Los médicos y enfermeras ya cuidan de él —intervino Iván.

Tanto él como su esposa temían que Cris cayera enferma.

—Creo que no es tan mala idea —soltó de pronto el doctor—. Quizá note la presencia de un conocido, y si le cuenta anécdotas de su vida, tal vez su conciencia reaccione.

Iván arrugó el entrecejo, no pudo evitar sentirse contrariado.

—Pero usted mismo ha dicho que no entiende el porqué está en coma y que no saben si despertará.

—Como he comentado antes, las próximas horas serán vitales. ¿No creen que no se pierde nada por intentarlo?

Lucía e Iván reconocieron que el doctor Torres quizá tuviera razón. Cualquiera cosa que ayudara en la mejora de su amigo, bienvenida fuera. Aun así, no querían que Cris cayera enferma.

—Me quedaré yo con Javi, Cris —comentó Iván—. Pediré un taxi que os lleve a casa, es mejor

que tú te vayas con Lucía a descansar.

Sin embargo, Cris no estaba dispuesta a que la apartaran de Javi hasta que se recuperara. Y así se lo hizo saber.

—No insistas, no pienso macharme, si tengo que atarme a la cama lo haré. Por mi culpa Javier está en este estado. Mi deber es ayudarlo y no pienso que nadie haga eso por mí.

El tono imperativo con el que hablaba Cris sorprendió al matrimonio. Sabían que no cambiaría de opinión, y mucho menos lo haría cuando la resolución brillaba con tanta fuerza en sus enormes ojos grises. De modo que Iván y Lucía se despidieron del médico y de Cris y se marcharon a descansar. Regresarían a primera hora de la mañana; para entonces Cris estaría cansada y necesitaría que alguien la relevara.

Capítulo 3

Amanecía. Cris se había quedado a solas con Javi. Apenas la habitación empezaba a iluminarse en un tono anaranjado. Con la luz natural, Cris reconocía que la inconsciencia que cubría el cuerpo de Javier era más real que con la luz artificial de la lámpara. Dejaba de tener esa áurea soñadora que acompañaba siempre la nocturnidad. El nuevo día traía consigo el despertar, menos para Javier.

Arrastró la silla hasta casi tocar la cama y se sentó. Cruzó las piernas bajo su falda negra y la alisó con la palma de la mano. Lo hacía casi sin pensar, como si fuera un robot programado. En su mente se sucedían las imágenes del accidente, que no podía olvidar y que dudaba mucho que algún día pudiera hacerlo.

Contempló fijamente a Javier, tumbado en aquella cama de sábanas blancas. Le resultaba extraño verlo tan inmóvil, temía que se hubiera ido para siempre sin que nadie lo hubiera notado, pero meditó que, si su corazón dejaba de latir en algún momento, las máquinas que tenía conectadas avisarían a los médicos y enfermeras. Con todo, no pudo evitar acariciar su brazo y el calor que desprendía su piel la hizo respirar con tranquilidad.

—Javi, ¿me oyes?

¿La estaría escuchando? ¿Notaría su presencia? En realidad, le resultaba extraño hablarle a alguien que no le podía responder. Sin embargo, ella creía en las conexiones entre las energías que emanaban las personas y estaba segura de que su corazón seguía conectado al de él. De algún modo recibiría sus palabras, aunque estuviera inconsciente. Pensó que sería bueno tranquilizarlo.

—Javi, hemos tenido un accidente, gracias a ti estoy viva, aunque sé muy bien que no me lo merezco, porque no tendría que haberme escondido en tu coche. ¡Lo siento!

A Cris se le escapó un sollozo, tragó saliva y continuó.

—Pero no te has roto nada, solo algunos rasguños y un golpe en la cabeza que no ha precisado de puntos. Los médicos no saben por qué no sales de la inconsciencia en la que estás, pero yo sé que saldrás adelante. Me lo dice mi corazón, y el corazón nunca falla...

Cris sonrió, sin embargo, no era una sonrisa de felicidad, sino de su resignación por sus sueños rotos.

—Si sales adelante... —hizo una breve pausa, que aprovechó para respirar profundamente—... y te despiertas, prometo dejarte en paz para siempre. Podrás cumplir tu sueño de viajar lejos y

perderme de vista. Sí, perderme de vista es uno de tus grandes anhelos, antes no me daba cuenta, pero ahora lo veo tan claro...

Se detuvo, las lágrimas caían por su rostro, intentaba no llorar, pero no podía evitarlo, porque tenía una bola de dolor constriñendo su interior. Al menos, vaciarse por los ojos le ofrecía algo de calma. Se sentía rota, no obstante, lo que más le afectaba era saber que también había roto la vida de Javi.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, se cargó de valentía y continuó.

—Me he portado mal. Que yo te ame no significa que tú tengas que amarme. Construí una relación que no era real. No lo he comprendido hasta hoy...

Cris se dejó arrastrar por lo que sentía, le agarró la mano y se la llevó al corazón. Le explicó que se había dejado influenciar por su deseo de casarse con él, construir un hogar, tener hijos y educarlos para que amaran y no odiaran, compartir alegrías y tristezas... Había creído que su misión en esta vida era la de estar juntos y crecer como ser humano, unidos en todos los sentidos.

Fue en ese instante cuando Cris percibió que la respiración de Javi estaba cambiando: su pecho subía y bajaba a un ritmo mucho más ágil. No le dio importancia y siguió hablándole, ajena a la oscuridad que envolvía a Javi.

Javi estaba inmerso en un silencio ensordecedor. No sabía dónde estaba, pero se sentía solo y tenía frío. No había ningún camino que seguir, notaba un vacío negro que se desplegaba a su alrededor, y si daba un paso caería al abismo. Se atrevió a mirar hacia abajo y no logró ver nada, salvo oscuridad. Toneladas de oscuridad. Una oscuridad tenebrosa, de esas que se pegaban en el corazón y enfermaban la mente de locura. ¿Acaso era la entrada del infierno?

Sacudió la cabeza, ese simple gesto lo llenó de dolor; tenía la impresión de que le clavaban clavos en la frente. No era el momento de darse por vencido y, a duras penas, logró recomponerse. Cerró los ojos, tras los párpados la negrura no era tan densa y podía soportarla. Al instante, un rayo estalló en su cabeza, por un segundo se hizo la luz para regresar de nuevo la oscuridad. Le seguía doliendo la cabeza, tanto como para provocar que gritara sin parar, pero la voz no salía de su garganta, no podía, era como si no tuviera cuerdas vocales. Su desesperación se convirtió en una bola de nieve cuesta abajo al tiempo que tomaba conciencia de su situación. Cuál fue su suerte cuando oyó el eco de una voz, eso le dio esperanza. Prestó atención, al principio llegaba con muy poca fuerza, pero fue creciendo en claridad. Aquel sonido parecía salir de unos labios de terciopelo, pues se trataba de una voz sedosa, calmada y ligera. No pudo hacer otra cosa que sonreír de alivio. ¡No estaba solo! ¡Un ángel venía a rescatarlo!

De nuevo llegó el silencio cabalgando entre miedos y desesperanza. Era tan denso que parecía aplastarlo y respirar le requería esfuerzo. No deseaba de ningún modo morir, no cuando tenía mucho por vivir. No sabía qué hacía en aquel lugar, solo era consciente de que quería salir de allí,

pero no tenía ni idea de cómo. Tal vez, si regresaba de nuevo aquella voz, lo guiaría hasta la luz...

Cris guardó silencio, pues escuchó unos pasos tras la puerta; no tardó en abrirse dando paso a una enfermera. La miró esperando que le pidiera que saliera unos minutos, sin embargo, no le dijo nada. Con todo, se levantó y dio dos pasos atrás para facilitarle el trabajo. La facultativa revisó las constantes vitales del enfermo; miró de reojo a Cris para inmediatamente después posar los ojos en los monitores. Tomó notas mientras arrugaba el entrecejo, dando como resultado una expresión preocupada.

—¿Todo está bien? —preguntó Cris con el corazón en un puño.

—Eso parece, los latidos de su corazón son más fuertes que antes y la respiración mucho más profunda, es como si tomara conciencia de su presencia y quisiera reaccionar. De todos modos, se lo diré al médico, ¡creo que se va a sorprender tanto como yo!

Cris alzó las cejas, atónita por lo que acababa de confesarle la enfermera. Desvió los ojos para mirar a Javier, que seguía inmóvil.

—Yo solo le he estado hablando todo el rato.

—Pues siga haciéndolo, porque parece que oye su voz y le gusta.

Cris no sabía cómo tomarse lo que acababa de decir aquella mujer. Se guardó para sí que en el caso de que de verdad notara su presencia y le provocara el despertar, sin duda sería para echarla a patadas de la habitación.

—Si sufre algún cambio, nos avisa —dijo la enfermera señalando el interruptor rojo que estaba cerca de la cama.

La facultativa se marchó dejando de nuevo el silencio como dueño del espacio, solo quebrado por el zumbido de las máquinas. Cris se sentó una vez más y posó su mano sobre el brazo de Javier. Ese ligero contacto le provocaba la cercanía que no tenía debido a la falta de palabras. Se sentía confundida, porque si de verdad Javier la escuchaba, tal vez se haría un milagro. Fuera como fuese suponía un paso adelante en su recuperación y se alegró. Fe. No había que perder nunca la fe. En Valleverde todos sabían muy bien que la fe movía montañas, abría océanos y hacía relucir el sol en un día gris. Así se lo habían enseñado en la comunidad, algo que ella había visto con sus propios ojos.

Carraspeó, ya que notaba su garganta seca de tanto hablar y empezaba a dolerle esa parte del cuerpo. Aun así, continuaría, tal como le había sugerido la atenta enfermera. Y más cuando tenía tantas cosas que explicarle. Empezaría por hacerle una promesa. Suspiró y empezó a hablar.

—Prometo que te dejaré en paz en cuanto sepa que estás bien. Espero que, con el tiempo, me perdones y podamos ser amigos. Solo deseo que abras los ojos, aunque me echas entre insultos y recriminaciones. Pero ¿sabes?, si hicieras eso, me sentiría feliz porque significaría que habrías salido de la inconsciencia en la que te encuentras.

Las lágrimas nacían de tan hondo que se atascaban en su garganta. Era una promesa que cumpliría así se le rompiera el corazón. Estaba siendo toda una lección de vida que la había hecho madurar de golpe y comprender, al mismo tiempo, que lo que tenían Iván y Lucía, y Eli y Abel, y Norma y Cobra, era un amor que les había enviado el cielo como regalo. Quizá ella no mereciera recibir un obsequio como ese...

Cris negó con la cabeza. Comprendía que los pensamientos negativos eran veneno para el alma. No podía dejar que ahuyentaran la esperanza, que ella cuidaba en su corazón, porque quien no tenía esperanza, se condenaba a morir por dentro. Debía centrarse en el presente y en todo lo bueno que le había ofrecido la vida, como una familia que la amaba. Además, también estaba Valleverde, un lugar maravilloso, habitado por buenas personas y sabias, que siempre tenían el consejo correcto a sus dudas. Levantarse por las mañanas y verse rodeada de montañas verdes y de un cielo azul era el alimento para su alma. No se imaginaba viviendo en otro lugar.

Se emocionó al recordar el lugar donde pensaba pasar el resto de su vida. Después agarró la mano de Javi y se dispuso a explicarle lo que significaba para ella vivir en la comunidad.

Aquella voz, suave como la seda, ligera como el algodón y dulce como la miel había regresado. Fue penetrando por todas las capas del cuerpo de Javier hasta alojarse en su corazón. Quería saber quién era la dueña de aquella maravillosa voz. Se sentía flotar y una cálida brisa lo acarició. No supo muy bien cómo lo logró, pero su cuerpo ingrátido se desplazó por sí solo, sin ayuda, y tuvo la impresión de volar. No dejó pasar esa oportunidad y voló, voló y no paró de volar hasta que vio estrellas iluminar la oscuridad.

En ese instante, Cris le explicaba alguna de las travesuras de sus hermanos, cuando se hicieron los muertos en el río y ella se tiró al agua desesperada. Se llevó la mano de Javi a la boca y la besó.

—Espero no aburrirte con...

Se detuvo al notar que él apretaba sus dedos.

—Javi... —susurró con el corazón en la garganta.

Se levantó y advirtió que él movía los labios, al principio lo hacía torpemente, incluso emitía algún sonido. El sopor todavía no quería abandonarlo y él luchó para salir de la inconsciencia. Por suerte, no tardó en hablar con claridad.

—Por favor, no me sueltes nunca. No quiero volver a la oscuridad —dijo él apretándole con fuerza la mano.

—¡Javi, abre los ojos!

Sin embargo, Javi no podía obedecerla, porque los párpados ofrecían resistencia, era como si los tuviera pegados. Le llevó un buen rato, pero el esfuerzo dio sus frutos. Ante él se hallaba el rostro de un ángel en cuya mirada brillaban estrellas plateadas.

—Eres un ángel, ¿estoy en el cielo?

Cris luchó con su necesidad de abrazarlo. Desesperada y con dedos temblorosos, tocó el timbre y la enfermera no tardó más de cinco segundos en aparecer.

—¡Se ha despertado! —dijo Cris en un tono jubiloso.

La sanitaria fue en busca del médico, la rapidez con la que aparecieron sorprendió a Cris. La hicieron salir mientras le practicaban un reconocimiento.

La joven se negó a irse a la sala de espera y se quedó en el pasillo frente a la puerta. Apoyó la espalda en la pared, que notó fría, pero no le importó. Empezó a respirar deprisa, se sentía conmocionada, pues no entendía qué sucedía. Por un lado, estaban las palabras de Javier en cuanto la había visto. Su reacción había sido la contraria a la que había esperado y ¡no la había echado! Increíble. No daba crédito y su temor a que la insultara y la culpara se había reducido a nada.

Por otro lado, le preocupaba que el golpe en la cabeza le hubiera dejado secuelas, porque era la única explicación que encontraba a la respuesta de Javier al verla. Casi hubiera dicho que había visto amor por ella en sus ojos grises. Cris sacudió la cabeza, como si buscara expulsarse tal suposición que daba por imposible. En tal caso hubiera preferido que la hubiera echado de su lado para siempre, por muy doloroso que le hubiera resultado.

Por el pasillo vio aparecer a Lucía.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Iván dándole un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Javi se ha despertado —dijo en un tono enronquecido debido a las horas que había pasado hablando sin parar—. El médico y la enfermera están ahora con él, estoy esperando a que salgan.

Lucía se llevó la mano a la boca en un gesto de sorpresa. No se esperaba tan buena noticia y su rostro mostró una felicidad más que elocuente, que terminó por desbordarse en sus ojos a través de lágrimas.

—¡Dios, gracias! —exclamó un eufórico Iván—. ¿Y qué te ha dicho?

Iván y Lucía miraron a la muchacha intrigados, pues uno de sus temores era la reacción que tendría Javi con Cris.

—Me ha dicho que soy un ángel y me ha preguntado si estaba en el cielo.

El matrimonio se quedó mudo. Y Cris, en aquel momento, al pronunciar las palabras dichas por Javi que adquirirían un significado surrealista, casi imposible viniendo de un hombre como él y sabiendo lo que sentía por ella. Rememoró el instante por si había escuchado mal. Pero no, era exactamente lo que había dicho él. Eso provocó que aún se pusiera más nerviosa y la preocupación por que el golpe en la cabeza le hubiera afectado de alguna manera creció en su interior y se instaló de manera dolorosa en su estómago. Además, su intuición le advertía de que no todo serían lágrimas de felicidad por el despertar de Javi. Esa conexión que sentía con él parecía tensarse y atraparla en una sensación extraña a la que no le podía dar nombre. ¡Si hasta cada célula de su cuerpo temblaba! Algo que cambiaría su vida se acercaba, lo notaba.

—Vayamos a la sala de espera —sugirió Iván mirando a su mujer, estaba embarazada y se

encontraría mejor sentada—, estaremos más cómodos.

—No quiero ir a la sala de espera —murmuró su esposa—, ahora mismo no podría estar sentada en una silla y estarme quieta. Estoy demasiado nerviosa.

Cris acarició el brazo de Cris, era evidente que ella se desvivía por sus amigos, pero debía pensar en el bebé que llevaba en sus entrañas.

—Gracias, Lucía, pero Iván tiene razón. Anda, ve a sentarte, estás embarazada y debes preocuparte por el bebé.

—Tranquila, estoy bien, ¡si estuviera de nueve meses, te haría caso! —soltó con humor en un intento de suavizar el tenso ambiente—. ¿Quieres un té caliente con miel? Estás un poco afónica, te relajará y suavizará la garganta.

—No, gracias, no creo que me sentara bien ahora mismo, los nervios se me han acumulado en el estómago, y me duele.

Era cierto, notaba cómo su barriga se contraía dolorosamente. Si no fuera porque la tenía vacía, sin duda hubiera vomitado.

—No te preocupes, todo saldrá bien —aclaró Iván—. Conozco a Javi y es fuerte.

—¿Bastará la fe para que todo salga bien?

—¿Dudas de ella?

Cris hundió los hombros, abatida en lo más hondo de su ser. Las últimas horas habían sido duras, además, el cansancio empezaba a hacer mella en su pequeño cuerpo. Las ojeras eran una buena muestra de ello.

—Nunca perdí la fe —explicó la muchacha—, ni cuando mi madre cayó enferma. De hecho, fue lo único que me dio fuerzas.

—¡Pues ahora, más que nunca no debes perderla! —dijo Lucía, abrazándola fuerte—. Ya sabes que siempre hay que caerse para levantarse con más fuerza.

Las mujeres se separaron, Cris asintió, ya que su amiga llevaba razón. Estaba tan absorta en su tristeza que era incapaz de ver más allá. Bien que las semillas crecían en la oscuridad de la tierra, y cuando salían de ella era para convertirse en hermosas flores. No debía olvidarlo nunca.

—Gracias a los dos por apoyarme —musitó Cris, mirando alternativamente a la pareja.

—No nos des las gracias —contó Lucía—, somos una gran familia y la familia siempre está en los malos y buenos momentos.

En ese instante la puerta se abrió, el médico salió y Cris se abalanzó sobre él.

—¿Está bien, doctor?

El médico fue directo al grano.

—Sí, de salud está perfecto, pero tiene amnesia.

Un jarro de agua fría cayó sobre los tres. Necesitaron unos segundos para hacerse a la idea, pero resultaba tan increíble que Iván tuvo que cerciorarse.

—¿Está seguro?

—Sí, muy seguro —confirmó el doctor.

—Pero recordará cosas, ¿no? —quiso saber Lucía.

—Le hemos estado haciendo preguntas de todo tipo y no recuerda nada. No sabe ni cómo se llama y le he tenido que decir cuál es su nombre. Siento informarles que tiene amnesia total.

—¿Quiere decir que su mente está en blanco? —intervino Cris, incapaz de creerse la mala noticia.

—Sí.

Fue tan clara y tajante la respuesta, que parecía extraño que una palabra tuviera la fuerza de golpearlos como si se tratara de un martillo, de una manera tan brutal que los había dejado fuera de lugar. Iván, que tenía el temple fuerte como una montaña, fue el primero en hablar.

—¿Se curará?

—Es difícil hacer un pronóstico, tal vez recordará poco a poco, o algún día se levante por la mañana con su memoria intacta. No lo sabemos. La verdad es que lo más normal son las amnesias parciales, esas que bloquean un acto traumático como medida de protección. Si les soy sincero, es la primera vez que me encuentro con una amnesia total.

Cris se llevó la mano al pecho, buscando en ese gesto que el nudo que se había formado en su interior se deshiciera y la dejara respirar con libertad. Tenía unas ganas tremendas de entrar en la habitación y abrazarlo fuerte, decirle que todo iría bien y que ella lo ayudaría a recuperar la memoria. Miró a Iván, y le dijo:

—Nosotros podemos ayudarle a recordar. Tú sabes mucho del pasado de Javi, puedes explicárselo...

—No es tan fácil, señorita —la cortó el médico—. No es bueno saturarlo, podría bloquearse y hacerle la recuperación más larga. Lo ideal sería que fuera recordando por él mismo, pueden empezar por explicarle pequeñas cosas para que tenga un hilo por donde empezar a tirar.

Cris no le llevaría la contraria, ganas no le faltaban, pero tenía razón y zanjó el asunto.

—Sí, tiene razón, doctor.

—Por cierto, quiere verle, señorita, no ha querido que siga con el reconocimiento hasta hablar con la chica de las estrellas en los ojos. He accedido a sus deseos, así que vendré más tarde a terminar de comprobar que todo esté en orden.

Cris se quedó boquiabierta.

—¿Está seguro de que es a mí a quien quiere ver?

—Sí, solo preguntaba por la muchacha que estaba con él cuando ha despertado, nadie más le importa.

—Está bien, entraré.

Iván y Lucía no sabían muy bien qué decir. A ellos también les sorprendía tal exigencia, que la atribuyeron a la amnesia.

—Déjenla un par de minutos y después entren ustedes. Sobre todo, no lo inunden con información, solo pequeñas cosas que pueda ir asimilando. Su mente se encargará de rellenar los huecos vacíos y, poco a poco, recuperará la memoria. Pediré que le traigan algo de comer,

empezaremos por líquidos.

—¿Cuántos días más tendrá que pasar ingresado? —quiso saber Iván.

—Como la medicina en estos casos no puede hacer más, le daremos el alta en un par de días, más o menos, evidentemente siempre que no empeore. En un ambiente conocido se recuperará más rápido que aquí.

—Gracias, doctor —comentó Lucía.

Capítulo 4

Para Cris, entrar en la habitación sabiendo lo que sabía del estado de Javi, suponía pasar por una prueba emocional que dudaba si superaría. Se quedó pegada a la puerta, incapaz de dar un paso más. Pero, en cuanto posó sus ojos en los de él, percibió un punto de unión que iba mucho más allá de lo racional. Era la misma conexión que había notado el primer día que lo vio, aunque, esta vez, la que experimentaba era mucho más intensa, tan intensa que la había dejado sin habla y anclada en el lugar.

Lo miró, en un segundo decidió que no dejaría que pasara por aquella experiencia traumática él solo. Se puso en su lugar y concluyó que debía estar aterrado al verse despojado de su pasado y presente.

A la muchacha le temblaban las rodillas al verse observada con tanto cariño. Jamás él le había brindado ni un poquito de afecto en algún gesto o palabra. Además, sus ojos color plomo siempre habían mostrado indiferencia a su cercanía. A ella le resultaba demasiado perturbador ese Javi; más que nada porque no sabía cómo comportarse ante aquella mirada adolorada, que conquistaba cada célula de su cuerpo. Tal vez le estaba dando demasiada importancia, y quizá eran imaginaciones suyas y él estuviera reaccionando de aquella manera a fin de protegerse del trauma por el que pasaba. Sí, debía ser eso. Seguro.

Una vez salió de su conmoción, lo atribuyó todo a su imaginación. Se acercó a él, le sorprendía la tranquilidad que mostraba: sus facciones varoniles estaban tranquilas, como si en realidad no pasara nada y estuviera en un hotel pasando unas vacaciones relajantes. Muy diferente a su estado de ánimo, pues tenía una bola de nervios alojada en su estómago.

Alargó la mano en un gesto inconsciente para coger la de él, tal como había hecho antes de despertarse. Sin embargo, se dio cuenta enseguida de su error y la retiró a la velocidad de la luz. Se censuró mentalmente, aquel no era el momento para perder los nervios.

—Soy Cris... —carraspeó—. ¿Estás bien? —preguntó con voz queda ella.

Se sentía incapaz de empezar una conversación por miedo a meter la pata. Sin embargo, Javi no quería hablar de su estado de salud, porque se sentía de maravilla, incluso el dolor de cabeza había desaparecido. Le preocupaba más lo que le rondaba por su mente, ya que, aunque pareciera curioso, si bien no recordaba nada, daba por hecho algunas cosas.

—¿Estamos casados? —preguntó él de golpe—. Supongo que sí, lo noto muy dentro de mí.

Decía la verdad, no podía dejar de mirarla como si fuera un gran tesoro, notaba una cercanía profunda que aliviaba la oscuridad de su mente. La blancura de su capelina le otorgaba al rostro el aire dulce y compasivo de un ángel. Porque ella era su ángel. Nadie le haría cambiar de parecer.

Cris no daba crédito a lo que él le preguntaba y boqueaba como pez fuera del agua. En realidad, estaba al borde del colapso mental.

—¿Tú y yo casados? —preguntó con voz temblorosa, todavía digiriendo la pregunta.

Tantas veces había soñado que se unía en matrimonio con Javi que le resultaba una broma que le preguntara aquello.

Pero Javier tenía prisa por saber una verdad que él daba por hecha. La necesidad de abrazar a la que creía su mujer se estaba haciendo poderosa dentro de él.

—Dame un beso, necesito sentir tus labios.

Dicho esto, la agarró por la muñeca y la atrajo a él. A Cris no le dio tiempo a reaccionar y cayó encima del hombre. Él la abrazó fuerte por la cintura y atrapó sus labios. Cris, impactada, no ofreció resistencia y se quedó paralizada. Javi se abrió camino con su lengua, hervía por dentro, y no tuvo piedad en devorar la boca de Cris como águila que se zampa a la paloma. Su cordura se había precipitado por el vacío y su cuerpo reclamó el de ella. La apretó contra él, su dureza bajo la sábana era fiel testimonio de lo que quería de Cris.

No obstante, se topó con la inocencia de una joven que no sabía de besos, y mucho menos de caricias, por lo que recibió tal muestra de pasión con miedo. Quiso huir, sin embargo, Javi la agarraba con fuerza por la cintura. No le quedó alternativa que aporrear con sus puños el torso masculino con desespero, al tiempo que se despegaba de su boca y tomaba aire con frenesí. Incluso un mechón rubio salió de su capelina.

—¡Suéltame! —logró gritar ella.

En aquel instante entraron Iván y Lucía, fue él el que se apresuró a separar Cris de Javi.

—¿Te has vuelto loco? —le increpó Iván enfadado, incapaz de creerse que su amigo actuara tan impulsivamente cuando siempre había hecho lo contrario.

La pasión de Javi se desvaneció y tomó conciencia de la situación: Cris lloraba desconsoladamente y no entendía el motivo, pues solo había besado a la que consideraba su mujer y no había nada de malo en ello.

—¡Es mi esposa! —exclamó con ímpetu.

Quiso saltar de la cama e ir tras ella, pero Iván lo mantuvo quieto en el lugar.

—Está asustada, déjala en paz —le recriminó.

Javi miró al hombre que tenía delante y no sabía ponerle nombre, además, su voz le era ajena. Aun así, había algo en ese desconocido que le resultaba familiar. Arrugó el ceño y obligó a su mente a que recordara. Sin embargo, todo esfuerzo resultó inútil y se sintió decepcionado. Iván se dio cuenta y su furia disminuyó, le preguntó:

—No me reconoces... —bufó abrumado.

—¡Claro que no! —contestó colérico.

Algo no iba bien, Iván lo detectó de inmediato. Apostaría su cuello a que el Javi de antes había desaparecido para ser sustituido por una versión completamente diferente. Se avecinaban problemas. Miró a Cris, seguía conmocionada y se apiadó de ella.

—Llévate a Cris al hotel —le dijo a su esposa—, que desayune y descanse, lleva toda la noche sin dormir y desde ayer no prueba bocado. He prometido a Eli y a su padre que cuidaríamos de ella. Yo me encargaré de Javi.

Lucía asintió, su marido tenía razón, pues Javi parecía desbocado. Pasó la mano por los hombros de Cris, que no resistió y se dejó llevar hasta la habitación del hotel, que el matrimonio había reservado no muy lejos del hospital, previniendo que la necesitarían si el enfermo estaba muchos días ingresado.

Ya solos, Iván se dispuso a hablar con Javi.

—¿Quién es Eli? —preguntó Javi.

—La hermana de Cristina, o Cris como la llamamos todos.

—Ah, vale, entonces es mi cuñada.

Iván alzó las cejas. Desde luego que era imperioso que su amigo recordara antes de que cometiera una locura. Sin embargo, debía ir con precaución y seguir las indicaciones del médico. Empezaría por lo más básico.

—No, no es tu cuñada. Ya te hablaré de ella, empecemos por lo más básico, ¿te suena el nombre de Iván Mayer?

Javi cerró los ojos, tal vez así se acordaría de ese hombre. Pero todo esfuerzo fue en vano y abrió los párpados.

—Lo siento, no te recuerdo.

—Yo soy tu amigo, somos como hermanos. La mujer que ha entrado conmigo es Lucía Olmos, mi esposa. Tenemos un hijo que se llama Pere y estamos esperando otro, que espero que sea una niña.

—Y qué quieres, ¿que te felicite? Me importa un pimiento tu vida, ¿entiendes lo que quiero decirte?

Definitivamente ese Javi no era el de antes. ¿De dónde sacaba ese sarcasmo y chulería? Jamás había sido así y un sentimiento de tristeza profundo lo inundó de arriba abajo. Temía no recuperar a su compañero, al que quería como el hermano que nunca tuvo. Aun así, no lo abandonaría y lucharía para que todo volviera a la normalidad, quisiera o no quisiera él.

—Tú nunca has sido así, Javi.

—¡Márchate, solo quiero hablar con Cris! —gritó, y le dio la espalda, finalizando la conversación.

La verdad era que se sentía frustrado. Su ángel se había marchado y notaba una sensación de soledad demasiado perturbadora, como si lo hubiera abandonado para siempre.

—No me voy a marchar —sentenció Iván, se sentó en la silla.

—Quiero estar solo.

—No es bueno que estés solo, hablemos de lo que te apetezca.

—Quiero marcharme de aquí, e irme a casa junto a mi esposa.

Iván tomó aire, no sabía cómo hacerle entender que ellos no estaban casados. No comprendía cómo era posible que él sí lo creyera, cuando en realidad nunca quiso tenerla cerca, más bien lo sacaba de quicio.

—Cris y tú no estáis casados.

Javi no dijo nada, se limitó a sentarse en la cama. Seguía dándole la espalda, pero su cuerpo tenso evidenciaba que no le había gustado saber esa verdad. Como estaba desnudo, se enrolló la sábana a la cintura y se acercó a la ventana. Hacía un día espléndido, a través del cristal podía oír el ir y venir de los coches por una carretera bastante transitada a esa hora de la mañana. Oyó a su espalda cómo Iván se levantaba y se acercaba.

—Te traeré ropa, ¿vale?

—Gracias.

Iván suspiró aliviado, percibía que Javi se estaba tranquilizando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—¿Tú también me vas a preguntar lo mismo que todos? Ahora mismo me vuelve a doler la cabeza, pero el médico me ha dicho que me sucedería, tengo un golpe, ¿sabes? Y no recuerdo nada, aunque no me importa.

—¡Caray, me dejas atónito! ¿En serio que no te importa tu pasado?

Javi se dio la vuelta.

—Parece extraño, ¿verdad? Me asaltan las prisas por vivir el presente y el futuro con Cris. Ella me ha salvado de la oscuridad.

Qué difícil era aquella situación para Iván, pues no sabía cómo encarrilar la conversación para no lastimarlo.

—No puedes tener un presente y un futuro sin pasado.

Javi lo miró a los ojos, algo en ese hombre empezaba a resultarle familiar y una parte de él lo reconocía, pero tenía la mente bloqueada y no lograba recordar nada. Tal vez, de verdad, eran buenos amigos; en el fondo le agradecería que así fuera. Reflexionó sobre lo que él le decía y enseguida tuvo una respuesta.

—No tengo necesidad de tener un pasado cuando siento que lo tengo todo. Mi corazón reconoce a Cris y sé que ella siente algo por mí. Lo noté en cuanto vi las estrellas en sus ojos y su cara de ángel.

—Ya te he dicho que no estáis casados.

—¿Somos novios?

—Tampoco.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo hubieras contado, de hecho, nos lo contamos todo. —Iván decidió cambiar de tema, pues debía alejar a Cris de los pensamientos de su amigo—. ¿Te acuerdas del accidente que

tuviste?

—No, pero ya te he dicho que no me importa. Sabes, tengo hambre. Ahora que lo pienso... no sé cuáles son mis platos favoritos. ¡Vaya!

—Te gusta casi todo, los tomates de mi huerto te chiflan —bromeó.

Javi soltó una sonora carcajada. Iván lo miró complacido, porque nunca había reído a mandíbula batiente y con tanta libertad. Siempre había sido un hombre serio al que le costaba carcajearse y no solía ser muy dado a las bromas.

—¿Y dónde están esos tomates? —preguntó Javi.

Esta vez fue Iván el que se rio.

—Siguen en el huerto. Pero el médico me ha dicho que en un rato te van a traer el desayuno. No esperes un banquete; creo que, dado tu estado, será poca cosa. Debes tener paciencia.

—¿Te han dicho cuando saldré de aquí?

—En un par de días, según evoluciones.

Fue en ese instante cuando Javi se dio cuenta que no se acordaba del lugar donde estaba su hogar.

—¿Dónde vivo?

—En Barcelona, eres propietario de un lujoso ático y de una mansión heredada de tus padres, situada a las afueras de la ciudad.

Un lujoso ático, una mansión... El enfermo sacó conclusiones en segundos.

—¿Acaso soy rico?

—Bastante, tus padres te dejaron una muy buena herencia, además, tú también ganabas dinero con tu esfuerzo. Nunca pasaste penurias.

A Iván le gustaba que le hiciera preguntas a las que podía contestar. Era bueno que tuviera curiosidad, siempre sería más fácil su recuperación.

—Deduzco que mis padres están muertos.

—Sí, tu madre murió cuando eras un crío, tu padre falleció hace unas semanas; aunque vives en el ático, te trasladaste a la mansión familiar para cuidarlo.

La tristeza inundó los ojos de su amigo, incluso detecto lágrimas sin derramar. Era evidente que le entristecía la noticia. Estaba siendo otra sorpresa para Iván, pues nunca le había visto derramar lágrimas por sus padres. De hecho, estuvieron hablando de ello antes del maldito accidente; de su falta de tristeza por el fallecimiento de su padre y de su profunda culpabilidad por no llorarle.

—Me hubiera gustado que estuvieran vivos. Ahora entiendo por qué no están aquí. ¿Tengo hermanos?

—No.

—Así que lo más parecido a un hermano que tengo eres tú.

—Más o menos.

Javi se tumbó en la cama; con el botón alzó el cabecero a fin de quedarse incorporado, de este modo se situó al mismo nivel que su compañero. Echó la cabeza atrás y miró al techo y se restregó

los ojos. Suspiró, un suspiro largo de resignación y dolor.

Iván seguía al lado de la ventana y lo observaba. No le gustaba verlo sufrir. Aunque no era el mismo Javi de antaño, veía el dolor salirle por los poros de su piel y no era una estampa agradable. Se sintió impotente y se regañó por no saber cómo ayudarlo.

—¿Qué es lo que te duele, Javi? —dijo en un tono sereno, acercándose a la cama y sentándose en la silla de al lado.

El aludido volteó la cabeza y lo miró. No pudo hacer otra cosa que aceptar que ese hombre era como un hermano capaz de percibir su pésimo estado de ánimo.

—Me duele el corazón.

Iván no entendía.

—¿Qué quieres decir?

—No me acuerdo de mis padres, un hijo debería acordarse de las personas que le dieron la vida.

—Javi, no te tortures, no vale la pena.

Para Iván era extraño que Javi diera tanta importancia a no acordarse de sus padres. Él siempre había evitado hablar de ellos como una manera de protegerse frente a la realidad de no sentirse amado por sus progenitores. Vista la reacción, y tomando conciencia de la situación y meditando a fondo sobre ello, casi podía asegurar que su compañero se había librado del rencor que sentía por sus progenitores al no conservar recuerdos de ellos. Aquel vacío lo estaba rellenando instintivamente con las ansias del hijo de dar amor a sus padres. No sabía si tal cosa sería buena, porque la decepción que podría causarle cuando su pasado regresara a su mente le harían más mal que bien. Él deseaba contarle más cosas, ¡claro que sí!, pero tal como se encontraba no asimilaría que su padre y él no tenían buena relación debido a que su progenitor siempre fue un hombre orgulloso, que no quiso aceptar que su vástago decidiera su futuro. Todavía era pronto para hablarle de ello más profundamente. Solo esperaba que recordara con el tiempo, cuando su mente pudiera aceptar la verdad.

—Están muertos y no me acuerdo ni siquiera de sus rostros. ¡Maldita sea! —dijo Javi golpeándose la frente con el puño, como si ese violento gesto pudiera traerle las imágenes de sus padres.

Iván le agarró la muñeca e impidió que se siguiera lastimando.

—No seas idiota, romperte la cabeza no hará que los recuerdos regresen.

El enfermo no hizo ningún esfuerzo en zafarse y asintió con la cabeza.

—Lo siento, he perdido la cordura durante un instante. —Lo miró con intensidad y dijo lo que pensaba—: Sabes... me caes bien.

—¡Es un alivio! O, pensándolo bien... más bien me parece una desgracia. Si te cayera mal, me echarías a patadas y eso sería bueno para mí. Así no tendría que aguantarte.

Javi rio con humor. Iván lo miraba abstraído, pues incluso, en eso, también había cambiado. Su sonrisa era de oreja a oreja, nada forzada, sus comisuras estaban flexibles, libres de cualquier

emoción negativa que él escondiera en su interior. Que hubiera perdido la memoria le había supuesto salir de una prisión. Iván no sabía hasta qué punto aquello era bueno o malo. Desde luego que el tiempo lo diría.

—¿Entonces éramos buenos amigos? —preguntó el enfermo.

—Sí, y espero que lo sigamos siendo.

—¡Me huelo que hemos sido unos auténticos golfos, unos conquistadores natos!

Era inevitable no reírse con el nuevo Javi. Iván no pudo hacer otra cosa que carcajearse.

—Tú nunca lo fuiste, no eras como yo: un desalmado sin escrúpulos. Hasta que no conocí a Lucía, no supe lo que me perdía siendo diferente.

El recuerdo en la época en la que era un despiadado empresario afloró en su interior. Por un segundo lo sacudió un escalofrío, que viajó por su espina dorsal poniéndole la piel de gallina. Suerte que todo aquello había quedado atrás en el tiempo. Y en su corazón.

—Amas a Lucía.

El rostro de Iván se iluminó.

—Ella lo es todo para mí. Es mi ángel de la guarda, la que me salvó de mí mismo.

Una luz intensa golpeó el interior de Javi, parpadeó varias veces. Por un instante, le pareció que entraba el sol del amanecer en la habitación y que brillaba con fuerza, conquistando incluso las sombras. Unas alas blancas aletearon entre la luz intensa y logró ver los ojos de Cris. En poco más de un par de segundos todo volvió a la normalidad. Contempló a su amigo y percibió que él no se había dado cuenta de aquella visión. Después de lo vivido cuando estaba inconsciente, consideró que aquello era un mensaje. Sin embargo, se sintió apenado porque él y ella no tenían ningún vínculo afectivo.

—Cris es mi ángel de la guarda —soltó con tristeza Javi; había dado por hecho que estaban casados y saber que no era cierto lo estaba frustrando sobremanera—. La amo.

Iván tomó la determinación de explicarle ciertos aspectos sobre la vida de Cris.

—Cristina García pertenece a Los Hijos de la Luz, son una comunidad religiosa que vive en Valleverde desde hace siglos. ¿Te acuerdas de todo lo que te estoy explicando?

—Valleverde... Los hijos de la Luz... —Javi miró hacia la ventana, sus ojos se perdieron más allá del cristal al tiempo que decía—: Valleverde está en el Valle de Arán. Es el lugar más espectacular que he visto nunca y Los Hijos de la Luz son las personas más excepcionales que he tenido el placer de conocer. Por eso Cris es tan especial, ahora lo entiendo... ella es mi ángel, mi luz, mi oxígeno.

Iván entrecerró los ojos, no sabía si había entendido bien.

—¿Te acuerdas de Valleverde y de Los Hijos de la Luz?

Javi dejó de mirar la ventana y se centró en su amigo. Le dio la respuesta.

—Sí... —confirmó, arrugando el entrecejo, rebuscando en su mente todo lo que tenía que ver con el pueblo y sus gentes—. Me acuerdo de las montañas, de las vacas comiendo hierba en el valle, me acuerdo del líder la comunidad entregar una cruz en lo que parece ser una boda... —Se

pasó la mano por la cara, meditando, rebuscando en su cabeza—. Sí, era una boda, pero no éramos Cris y yo los que se casaban...

Iván sabía muy bien de qué boda hablaba, pues era en la única en la que había estado su amigo en Valleverde.

—Estás hablando de la boda de Abel y Eli, es donde conociste a Cris, donde la viste por primera vez.

El hombre no daba crédito. Era curioso el funcionamiento de la mente. Javi no recordaba nada de su vida, no obstante, había sabido situar Valleverde en el mapa. O, si lo pensaba fríamente, tal vez era el Cielo que le enviaba un mensaje. Si una cosa había cambiado desde que estaba con Lucía había sido a creer en los imposibles, en las señales del más allá, en que nada pasaba por casualidad, sino que todo lo que sucedía en la vida tenía un propósito.

—¿En serio? —Javi sonrió, era como si hubiera encontrado una respuesta y se sentía aliviado—. ¿Entiendes ahora por qué ella es mi ángel?

Hizo amago de levantarse, su compañero se lo impidió, pues adivinaba sus intenciones.

—Deja a Cris en paz, ahora no es el momento.

Javi forcejeó, pero sus limitadas fuerzas, debido al accidente, no fueron suficientes y tuvo las de perder.

—Necesito hablar con ella, no me lo impidas. ¿Dónde está el hotel?

—Te repito que ahora no es el momento.

Javi se dio por vencido y se dejó caer sobre la almohada.

—¿Por qué? —Quiso saber él—. ¡Maldita sea!

—Porque ella lo está pasando mal, estaba en el coche contigo cuando tuviste el accidente. Pensó lo peor, necesita asimilar todo lo sucedido.

—¿Estaba conmigo? ¿Adónde íbamos?

Iván decidió cambiar de tema.

—Acabas de salir de un trauma, descansa un poco. En cuanto te den el alta vendrás a vivir a mi casa el tiempo que haga falta, ¿de acuerdo?

Javi entrecerró los ojos. Trajo ciertas cosas relacionadas con su compañero al presente, pero las veía tan lejanas... Además, no tenía fuerzas para presionar sus recuerdos; estos acababan rompiéndose, se desparramaban y se mezclaban entre sí creando un relato sin pies ni cabeza.

—Recuerdo tu casa... —expuso Javi; lo que sí recordaba era el sabor de los tomates en su paladar, que trajo la remembranza de unos instantes en los cuales disfrutó—. ¡Mmm! Me viene a la boca el sabor de tomates, ¡oh, esos tomates! ¡Qué ricos!

—Fue lo que comiste en mi casa antes de marcharte; bueno, antes de tener el accidente. ¡Me alegro de que te acuerdes!

Javi se restregó los ojos, estaba mareado. Su lejana vida pesaba en sus hombros y no entendía el porqué. Cada vez tenía más claro que era mejor no rebuscar en su cabeza un pasado que provocaba en él un rechazo que no comprendía.

—También recuerdo que vives en Valleverde, pero nada más. Bufff, tengo en la cabeza un popurrí de imágenes. Además, ya te he dicho que no me importa mi vida anterior. Dejémoslo estar, por favor. —Iván asintió y la pose de Javi se relajó. Después preguntó—: ¿La casa de Cris se encuentra cerca de donde vives tú?

—Se puede ir andando, aunque es un paseo más bien largo.

—Entonces iré a tu casa, Cris está cerca y es todo lo que deseo. ¿Sabes si tengo novia?

—No, no tienes novia. ¿No has dicho que lo dejemos estar?, pues no seas tozudo, descansa un poco.

Su amigo lo ignoró.

—Ya he descansado. —Necesitaba tener esa información, a decir verdad, era la única que quería saber. No acababa de entender ese sentimiento interior suyo, que le obligaba a recordar una parte de su pasado y, en cambio, a dejar la otra en la más absoluta oscuridad—. ¿Alguna vez he tenido novia? Insistiré hasta que contestes.

Iván resopló, no lo dejaría estar, en eso no había cambiado, continuaba siendo el mismo terco de siempre. Meditó qué le contestaría, en el fondo no se trataba de una pregunta comprometida, solo deseaba saber para hacerse una idea de cómo era antes de tener el accidente. De acuerdo que el médico les había sugerido que fueran cuidadosos, que era mejor contarle las cosas con sencillez y dejarle a él que fuera recordando poco a poco. Y eso haría. En verdad que lo entendía, ya que él, en su situación, estaría removiendo cielo y tierra a fin de recordar su pasado.

—No, nunca tuviste novia, solo amigas con derecho a roce.

Era bien cierto. Javi nunca había creído en el amor debido al matrimonio poco feliz de sus padres. Si bien su madre murió cuando él era un niño, Javi le había confesado en la época que estudiaban en la universidad que le había quedado muy marcado el recuerdo de verla vivir asustada ante la presencia de su padre. Tampoco nunca vio a sus padres cogidos de la mano, ni tampoco cruzaban palabras cariñosas o gestos cómplices de una pareja enamorada. En su hogar el amor brillaba por su ausencia. Una vez falleció su madre, su progenitor mandó quitar todas las fotos de su esposa y relegó sus recuerdos a un baúl en el desván de la mansión. Siempre había visto a Javi pelearse con las sombras de su pasado a fin de que siguieran escondidas en lo más profundo de su mente. Jamás se permitió tener nada con ninguna mujer por temor a avivar una infancia, sin amor en todos los sentidos, de la que no quería saber nada. Y en aquel momento la amnesia le estaba brindado su deseo de deshacerse de una parte de su vida. Sin embargo, no creía que fuera la solución y temía el desastre si continuaba bloqueando los recuerdos.

—No me acuerdo de ninguna amiga —dijo Javi después de unos segundos en los que había intentado recordar—. Sinceramente, tampoco eso me importa. Cris es con la única mujer con la que quiero estar. ¿Crees que, si hubiera habido alguna amiga especial, mi mente la hubiera olvidado?

—A Cris no la has reconocido.

—Te equivocas, la vi en la oscuridad. Bueno, vi las estrellas de sus ojos y su voz me guio por

la oscuridad.

—Ella ha estado toda la noche aquí, hablándote.

Javi alzó las cejas.

—¿En serio? Es más maravillosa de lo que creía, es un ángel, mi ángel —afirmó él con rotundidad—. Y estoy unido a ella de una manera que no sé cómo explicar. Cuando me mira es como si viviera dentro de mí. —Sonrió—. Conseguiré que se case conmigo.

Sus palabras no dejaron indiferente a Iván, aun así, este no dijo nada, pues estaba atónito. El Javi de antes parecía haberse esfumado por completo, ya que jamás hubiera dicho tales cosas. Era demasiado terrenal, racional, solo creía en los que sus ojos veían. Era propenso a encontrar una explicación científica a todo, que le valía para no hacerse preguntas. Además, no creía en las señales de la vida, o en las experiencias inexplicables, o en el destino. De hecho, el Javi de antes lo hubiera achacado a una pesadilla que se esforzaría en olvidar. Y el Javi de antes tampoco hubiera amado nunca a una mujer. Sí, cierto como el aire que respiraba: el Javi de antes había desaparecido. No tener pasado lo había liberado, pero él no debía perder de vista que el futuro no se construye con cimientos vacíos.

Capítulo 5

Las fuerzas de Cris habían renacido después de desayunar. También se había duchado y cambiado de ropa. Con el estómago lleno y un buen baño, la claridad de mente había regresado y se sentía más calmada.

Estaba sentada en una silla situada en frente de la cama y Lucía se había situado detrás de ella para peinarle su melena.

—Tienes un pelo precioso, Cris —dijo paseando el cepillo de arriba abajo, admirando aquella melena rubia rizada—. Es como la de tu hermana Eli, ambas os parecéis mucho.

—¡Yo soy mucho más bajita! —afirmó con humor.

—Es lo de menos, ambas habéis heredado la belleza de vuestra madre.

Pero Cris ya no la escuchaba, pues estaba absorta en el beso que le había dado Javi, ¡su primer beso! Su eco aún resonaba en su interior, provocándole unas cosquillas graciosas que iban de la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies. Suspiró con romanticismo y se llevó la mano a los labios, como queriendo acariciar aquel beso que ella guardaría en su corazón.

Lucía vio el gesto de Cris: se acariciaba el labio inferior y supo el motivo de su ausencia, era evidente que sus pensamientos estaban en otro lugar y con otra persona. Sonrió.

—¿Nadie te ha besado antes, Cris? —le preguntó dándole un toque ligero en la espalda a fin de que saliera de su ensimismamiento.

La aludida dio un respingo, no por el toque de atención, sino por la pregunta. Hablar de tales temas la ponían nerviosa y la ruborizaban.

—No... —contestó con timidez.

—¿Te ha gustado?

A Cris le daba vergüenza reconocer que, a pesar de haber rechazado el beso de Javi en un principio por la sorpresa y el miedo, le había gustado demasiado y deseaba que se repitiera. Pensó que Lucía la entendería y, en aquel instante, necesitaba a una amiga que la pudiera aconsejar.

—Sí, reconozco que Javi me cogió desprevenida y no supe cómo reaccionar. Pero nunca creí que fuera tan maravilloso, creo que no podré olvidarlo mientras viva.

—El primer beso nunca se olvida.

—Iván seguro que no fue tan impulsivo como Javi.

Lucía se tomó unos segundos mientras peinaba la melena de su amiga y recordó su primer beso con Iván. Más bien se lo robó y ella lo abofeteó.

—No te equivoques, Cris, el Iván que ves ahora no tiene nada que ver con el de antes. ¡El primer beso fue de todo menos romántico!

—¿En serio?

—Por aquel entonces lo odiaba por todo el daño que quería hacerle a Valleverde. Lo abofeteé por atreverse a besarme.

—Oh, vaya, pero los besos que vinieron después ¿te gustaron?

Lucía sonrió.

—Sí, muuucho. Iván fue cambiando, hasta convertirse en el maravilloso hombre que es ahora. —Dejó el cepillo en la mesita pegada a la cama y apretó los hombros de Cris—. Ya tienes el cabello peinado y desenredado. Ahora toca secarlo, en el baño hay un secador.

Su interlocutora, todavía sentada, se giró. Quería saber más.

—¿Qué hizo que Iván cambiara?

Lucía se sentó en el borde de la cama, se inclinó hacia atrás y se reclinó por los codos. Quedando medio incorporada, miró a su amiga.

—Valleverde y sus gentes —contestó—. Conoció otra vida, se ganó mi perdón y el de la comunidad, es una historia que ya conoces.

—Sí, algo sé, por aquella época estaba muy ocupada con mis hermanos y madre. Tampoco entendía mucho, pues era una cría a punto de entrar en la adolescencia. De lo único que me acuerdo es de que, para estar con él, tuviste que dejar de pertenecer a la comunidad. ¿Te arrepientes?

—No creas, a veces pienso en ello, Iván se hubiera integrado a la comunidad si así se lo hubiera pedido, porque me ama y se hubiera sacrificado, sin embargo, no se lo exigí porque sabía que su corazón no lo sentía. Encontramos un punto medio que nos hiciera felices a ambos.

—A veces no se trata de escoger o blanco o negro, sino de buscar un equilibrio, y vosotros supisteis hacerlo. Iván ama Valleverde y a sus gentes. Eso es lo que importa. De hecho, formáis parte de la comunidad de otra manera. Tú eres la profesora de los niños. Iván se encarga de recoger fondos para ayudar a la gente sin hogar y organiza viajes para construir casas. Formáis un maravilloso equipo.

Lucía se sorprendía de la madurez de Cris, entendía más de lo que cabría esperar para su edad. Además, lo estaba demostrando, pues estaba sobrellevando su pesar por todo lo que estaba sucediendo, con una entereza digna de una mente fuerte y cabal.

—Tuvimos que superar muchas pruebas para llegar a donde estamos, Cris.

—Valió la pena. Ojalá Javi me amara como te ama a ti Iván. Y que todo esto solo sea una prueba a fin de llegar donde estáis vosotros. Sois tan felices... —A la muchacha se le atascaron las palabras y no pudo continuar.

—Debes ser fuerte, Cris, no sé qué pasará a partir de ahora, pero no te hagas ilusiones.

No quiso entrar en detalles, pues significaría tener que recalcarle que Javi no recordaba nada y que su beso no se lo podía tomar en serio; al menos, de momento. Lo más seguro era que, en cuanto recuperara el pasado, todo volviera a ser como antes y la rechazara como siempre había hecho. No, no podía dejar que ella se hiciera ilusiones. Saldría lastimada más de lo que estaba en aquel instante.

Sin embargo, Cris había adivinado los pensamientos de su interlocutora y era consciente de que debía anticiparse a la realidad para que el dolor no la alcanzara. De hecho, era una cualidad que había desarrollado en los últimos años. Se había cubierto con una especie de escudo adquirido ante las adversidades que le había traído la vida. Cuando su hermana se marchó a estudiar a Barcelona, ella tomó el relevo de hermana mayor. Su madre, ya enferma de siempre, empeoró y ella se hizo cargo de la familia. Así que no le vendría de nuevo ser fuerte otra vez, al saber de antemano que se avecinaba el desastre.

—No, de ningún modo me voy a hacer ilusiones. No espero nada; además, prometí alejarme de él para siempre y pienso cumplir mi palabra. —Suspiró resignada, dando por finalizada la conversación—. Voy al baño a secarme el pelo, después me gustaría regresar al hospital.

—Tienes ojeras de no dormir, ¿no quieres descansar un poco?

—No podría, han pasado demasiadas cosas en estas últimas horas para que pueda cerrar los ojos sin más.

—Si te soy sincera, yo tampoco he pegado ojo esta noche.

Con la ayuda de Lucía, Cris se secó el cabello. Después, se dirigieron al hospital; por suerte estaba ubicado a medio kilómetro. Les vino bien ese pequeño paseo, el aire de la mañana renovó sus espíritus, incluso sus mejillas se tiñeron de un carmesí fresco de vitalidad.

Cuando entraron en el cuarto, se encontraron a Iván y a Javi, que llevaba puesto un pijama azul, los típico de hospital; aun así, ese celeste, le favorecía. Se reía a carcajadas, pues su compañero le estaba contando alguna travesura cometida por los dos en la época universitaria. Cabe decir que, por aquel entonces, Iván siempre arrastraba a su formal amigo en sus bromas.

Para Javi supuso un cambio enorme reencontrarse con Iván en su etapa universitaria, cuando cursaba la carrera de Derecho. Fue a partir de aquella época que tomó conciencia de lo poco que le gustaba su vida, pues siempre, ya de niño, se había dedicado en cuerpo y alma a complacer a un padre autoritario que lo empujó al mundo de las drogas. Gracias al apoyo de su compañero logró salir del infierno. Pero Iván estaba omitiendo esos detalles, consciente de que era su mente la que debía recordar hasta la más mínima anécdota.

Cris miró a Javi. Jamás lo había visto reír de aquella manera tan natural y espontánea. Siempre se cubría de una coraza cuando ella estaba cerca y nunca dejó que viera lo que había debajo.

La muchacha se quedó embobada. El rostro de él se había transformado del todo debido a la incesante risa: su boca abierta mostraba unos dientes blancos perfectos; las arrugas, que se formaban en las comisuras de la boca, en la frente y alrededor de los ojos, le daban un aire seductor. Su corazón dio un vuelco y deseó que ese hombre la amara de verdad. Se entristeció al

pensar que pedía un imposible.

Javi no tardó en darse cuenta de la llegada de las mujeres. Sin embargo, solo tenía ojos para Cris; los demás eran como si fueran invisibles.

—Hola, qué bien que ya estés aquí —dijo Javi—. Te echaba de menos, ¿no vas a darme un beso?

Cris no se acostumbraba al desparpajo de Javi. Se le detuvo el pulso y tardó un buen rato en recuperarlo. Notaba su rostro caliente y supo que lo tendría de un rojo intenso debido a la vergüenza. Por su parte, Lucía estaba boquiabierta, no reconocía a ese Javi y salió en ayuda de su amiga. Su intención era que dejara de mirarla y hablarle tan descaradamente.

—Veo que ya has desayunado, eso es buena señal —comentó, señalando con un gesto de cabeza la bandeja de la mesita auxiliar con ruedas, en la que se hallaba un vaso transparente vacío.

—Un zumo... —dijo hastiado—. Le he dicho que no tenía bastante, que me trajeran un filete con patatas panaderas, ¡pero no me han hecho ni caso! Me quieren matar de hambre.

—¡Deja de compadecerte! —soltó su amigo—. Menuda bronca le has metido a la pobre enfermera, ya te han dicho que, de momento, solo te dejan ingerir líquidos.

—¡Ya me gustaría verte a ti con hambre y que Lucía te trajera un triste zumo!

Iván resopló, apenas hacía unas pocas horas que su compañero había salido de la oscuridad más absoluta que ya mostraba una personalidad fuerte, incluso ante los médicos y enfermeras. Y le sorprendía, no solo porque nunca había sido así, sino porque incluso su cuerpo emanaba una fuerza y una seguridad que jamás había visto en él. Era como si hubiera vuelto a nacer.

—Dentro de un momento vienen para subirlo a planta —añadió Iván mirando a las chicas—, y posiblemente le den el alta pasado mañana.

—¡Cuánto me alegro, es muy buena noticia! —exclamó Lucía.

Javi seguía mirando a Cris, sus ojos se negaban a apartarse de su rostro. En cambio, para su desesperación, ella miraba a todas partes menos a él. Lo adujo a su inocencia, una inocencia que se palpaba en cada movimiento, en cada mueca, en cada mirada. Por mucha amnesia que tuviera, instintivamente conocía el sexo femenino y se estaba dando cuenta de que no había perdido su facultad para seducir a una mujer con sus caricias. Eso le aliviaba, pues si quería conquistar a Cris necesitaba darlo todo. En aquel momento le asaltaron varias ideas para hacer temblar a su ángel entre sus brazos. El problema era que no estaban solos.

—Y tú, Cris, ¿te alegras también de que me den el alta? —preguntó Javi.

A ella aún le temblaban las rodillas, pero se cargó de valentía y posó su mirada en la de él. Carraspeó y contestó.

—Claro que me alegro, es una fantástica noticia.

—Viviré una temporada en casa de Iván y Lucía. Estaré cerca de ti, espero que vengas a verme muy a menudo.

Cris abrió los ojos de sorpresa, Javi se lo estaba poniendo muy difícil y ella ya había tomado una decisión. Debía mentalizarse de que ese Javi no era el de siempre; se obligaría a no olvidarlo

y lo repetiría mentalmente hasta la saciedad, como si de un mantra se tratara. Sería la única manera de mantenerlo alejado de ella. O si no, no sabría cómo sobrellevaría una situación que la estaba desbordando.

—Le he dicho que se venga a vivir con nosotros —intervino Iván mirando a su mujer—. Supongo que no te importa.

—¡Claro que no! Me parece muy buena idea, así podremos ayudarlo en la recuperación.

—¡Me portaré bien, lo prometo! —exclamó divertido Javi, y desvió los ojos del matrimonio a la muchacha.

A Iván y a Lucía no les pasó inadvertida la mirada profunda que Javi le estaba dedicando a Cris. Literalmente la desnudaba con los ojos y ambos se sorprendieron de la desvergüenza del hombre. Mantenerlo apartado de Cris iba a suponer todo un reto. Era imperioso que recuperara la memoria y decidiera sobre su futuro en consecuencia. Si antes les parecía que Cris se equivocaba con su insistencia en conquistar a Javi cada vez que lo veía, esta vez era él quien no estaba obrando bien.

—Espero que pronto recuperes tus recuerdos —dijo Cris.

Ella se sentía aturdida, sus ojos plomo la acariciaban por todas partes y la intimidaban. Le vinieron ganas de esconderse detrás de Lucía y salir del influjo de aquellas pupilas abiertas que la hacían gemir por dentro. Nunca en ella se había despertado tal anhelo, todo eran sensaciones nuevas y desconcertantes.

—No necesito recuperar la memoria —manifestó Javi—, todo lo que quiero lo estoy contemplando, vives en mi mirada y en mis pensamientos.

Fue demasiado para Cris: se puso nerviosa y notó que la respiración se atascaba en su pecho. No sabía qué decir, qué hacer, y optó por salir corriendo de la habitación. De ningún modo lloraría delante de Javi, no quería que la viera en aquel estado. Estaba luchando contra ella misma y no pretendía dar un espectáculo. Había tomado la decisión de alejarse de él, pero se lo estaba poniendo difícil. Su falta de memoria había dejado a la vista un Javi completamente diferente, que le resultaba fácil amar con locura. Se estaba dando de cuenta que no era fuerte; y aún lo era menos cuando la miraba con adoración, ¡incluso la había besado! Y el hecho de que Javi mostrara con tanta naturalidad lo que sentía por ella, como si formara parte de él, la rompía por dentro. En verdad, siempre había aspirado a conseguir su amor. Pero no de aquella manera, no con él sin su pasado.

Iván también salió de la habitación y localizó a Cris en la sala de espera. Miraba por el gran ventanal, sus hombros se agitaban y no tuvo duda alguna de que lloraba. Se acercó a ella por detrás y le acarició la espalda a fin de que se diera cuenta de su presencia.

—Te llevaré a casa —le dijo el hombre.

Ella se dio la vuelta, se limpió las lágrimas.

—Pero...

—No te preocupes por Javi, Lucía se queda con él y se encargará de cuidarlo.

—¿Qué crees que sucederá cuando recupere la memoria?

—No lo sé, de hecho, no quiere recordar, es como si se hubiera librado de un peso, y ese peso es su pasado. Su padre no fue un buen padre, no lo quiso como cabría esperar, y no sentirse amado lo ha atormentado siempre.

—¿Es por eso por lo que era tan serio y no dejaba que me acercara a él?

—Javi nunca creyó en el amor, sus padres no se querían y eso también lo marcó. A pesar de haber nacido dentro del seno de una familia adinerada, su vida no fue fácil. La falta de afecto guiaba sus pasos y cometió muchos errores.

—Ahora parece pasarle lo contrario.

—Está en el otro extremo, y tampoco es bueno; necesita recuperar su pasado para equilibrarse y tomar decisiones adecuadas.

Cris sabía muy bien a lo que se refería.

—No puedo sucumbir a su hechizo, porque, tal vez, él acabe arrepintiéndose de sus palabras cuando recupere la memoria.

Iván suspiró aliviado al ver que ella entendía lo que quería explicarle.

—No tengas en cuenta todo lo que te diga, entiende que no es un Javi completo, sino una parte de sí mismo que debe convivir con sus otras partes más oscuras cuando recuerde.

—Sí, lo sé.

—Yo le ayudaré a recordar, después no sé qué pasará. En fin... vámonos, estarás mejor en tu casa ahora que lo peor ha pasado. Prometo mantenerte informada de los cambios.

—Gracias.

En el fondo, Cris quería quedarse, porque se sentía responsable de todo lo que estaba sucediendo. Sin embargo, su serenidad y su equilibrio mental pendían de un delgado hilo y debía poner distancia. Sería bueno para los dos: ella se recompondría por dentro y Javier tendría la oportunidad de recuperar su pasado a través de Iván.

Después..., Dios dirá.

Había pasado una semana desde que dieran el alta a Javier. Se había instalado en casa de su amigo, una casa de paredes blancas y rincones entrañables creados con amor por Lucía. Le gustaba el ambiente feliz que allí se respiraba, un hogar con alma que provocaba que su mente se desbocara. Fantaseaba con la idea de hacer a Cris su mujer, de los hijos que tendrían y de lo felices que serían. A veces, se sorprendía riendo como un idiota, como si fuera un adolescente con granos en la cara pensando en su chica.

En aquel momento estaba doblando y guardando su ropa limpia en los cajones de la cómoda y en el armario. Se había pasado la tarde jugando con Pere, pues Lucía e Iván estaban ultimando los detalles de su último proyecto. Disfrutaba entreteniendo al niño, le permitía ver la vida a través de

sus ojos y se preguntó si su infancia habría sido igual de feliz. Cuando pensaba en ello se ponía nervioso, no entendía el motivo y no escudriñó en su mente en busca de una respuesta. Fue entonces cuando concluyó que había enterrado su pasado.

Su recuperación estaba siendo lenta, aunque sí tenía que hacer honor a la verdad, reconocía que no estaba poniendo mucho de su parte. Se sentía un hombre nuevo por dentro y por fuera, no quería que tal sensación desapareciera, pues, por alguna razón, empezaba a comprender que si no deseaba recordar era porque no le gustaría lo que descubriría de su pasado. Solo deseaba crear un futuro junto a la mujer que amaba y ser un buen marido para Cris. Debía tener paciencia, porque todo acabaría por llegar.

Por suerte, su buen amigo lo mantenía distraído en el huerto. Además, lo había llevado a conocer a los habitantes de Valleverde. Era gente maravillosa que miraba la vida a través del amor, y sus palabras calaron hondo en su persona, pues la sinceridad abundaba en aquel valle. No le extrañaba que el lugar fuera un paraíso terrenal y tenía intención de establecerse para siempre entre aquellas montañas. Incluso montaría su pequeña clínica y entre Norma y él ayudarían a la gente con sus dolencias... Javi puso el freno. ¿De dónde había sacado esa idea? ¿Una clínica? ¿Quién era Norma? ¿Acaso él era médico?

Se sentó en la cama y se dejó caer en ella. Cerró los ojos y forzó su mente. Como siempre le sucedía cuando presionaba los recuerdos, empezó a latirle la cabeza. El dolor no era tan intenso como otras veces, aun así, le molestaba. Se restregó las sienes a fin de masajear la zona de alguna manera y que se le aliviara, pero no fue el caso. En la frente notaba unas punzadas y, entre punzada y punzada, le sobrevenían imágenes de su vida anterior. Vio a una mujer vestida como Cris, de enormes ojos azules que expresaban la bondad que habitaba en su interior. De su capelina escapaban mechones negros, incluso recordó su tono de voz suave y tranquilo.

Saltó de la cama y salió de la habitación, bajó rápido los escalones. Buscaba a Iván y se lo encontró en el coche a punto de marchar, lo detuvo en el último momento, cuando el motor empezó a rugir.

—¡Eh, Iván, espera!

Suerte que tenía la ventanilla abierta y pudo escucharlo. Javi llegó al coche, abrió la puerta del acompañante y se sentó.

—¿A dónde vas? —preguntó Javi.

—Al pueblo más cercano, a la biblioteca, tengo que enviar el proyecto.

—Es verdad, no me acordaba de que en Valleverde no hay internet ni antenas para móviles. ¿Puedo acompañarte?

—Claro que sí.

Iván emprendió la marcha y Javi abrió su ventanilla, le gustaba respirar el aire de Valleverde, tan fresco y puro que lo revitalizaba.

—¿Era médico, Iván?

El aludido detuvo el coche, miró a su compañero.

—¿Te acuerdas?

Hacia una buena tarde, espléndida, ni una nube manchaba una bóveda celeste que irradiaba en toda su magnitud. El sol entraba en el vehículo e iluminaba el rostro de Javi, tenía los ojos clavados en la carretera que se abría ante él. Estaba concentrado y tardó unos segundos en contestar.

—Sí, me acuerdo de cuando estudié Medicina. Me saqué la carrera rápidamente. Lo mío era vocación de verdad, ¿eh?

—¿También te acuerdas de cuando ejercías de médico?

—¡Pues claro! —Se encogió de hombros—. ¿Sabes?, me siento bien, he salvado a mucha gente. ¿Quién es Norma? Sé que vive aquí, la tengo en la cabeza vistiendo de la manera que viste Cris

—Vive en Valleverde, está casada con Cobra, que es amigo tuyo, mío y de Abel, un hombre con un pasado conflictivo, pero tuvo la gran suerte de que Norma se cruzara en su camino. Fueron papás el año pasado de un hermoso niño, se llama Josep.

Javi lo miró de reojo.

—¿Norma es médica? Tengo imágenes de ella conmigo curando a gente de aquí, del pueblo.

—Ella es la curandera de Valleverde; tú le enseñaste nuevos conocimientos y ella te enseñó otros.

Javi se sintió complacido al saberlo. Se apoderó de él una especie de energía que sentía vibrar de arriba abajo. En aquel instante entendió lo de la clínica y por qué había pensado en la curandera para llevarla juntos. Era eso, sí, se trataba de su sueño, un sueño que había tenido y que deseaba cumplir.

Por su parte, Iván miraba a su compañero con interés, deseaba de corazón que hubiera recordado más cosas, sobre todo las relacionadas con Cris.

—Por suerte mis conocimientos médicos están intactos —añadió Javi—. Puedo volver a ejercer de médico cuando quiera.

—También eres abogado. —Su amigo achicó los ojos, como si no se creyera lo que le decía—. En serio, ¿no te estoy mintiendo!

—Entonces, ¿por qué no me acuerdo?

—No lo sé...

Iván se sintió frustrado, había supuesto que dándole esa información volverían a él algunas situaciones vividas cuando ejercía de letrado. Pero no había sido así.

—Quizá es porque no lo necesito para mi futuro —aseguró Javi, convencido del todo.

Iván pensó que había cierta lógica en lo que decía. De todos modos, le daba miedo que se diera por satisfecho recordando solo lo justo. La vida de una persona era la suma de su pasado, ¿por qué no quería entenderlo?

—¿Qué te parece si monto una pequeña clínica en Valleverde?

Iván volteó el cuerpo para mirarlo cara a cara. Si bien la postura era incómoda, no lo tuvo en cuenta debido a la sorpresa de la pregunta. Quizá, Javi recordaba más de lo que decía.

—¿Y eso a qué viene? ¿Tal vez te acuerdas de algo más?

—No, pero es una idea que me ha venido de pronto, cuando he recordado que era médico. Me parece que es una buena idea, sí, ¡y muy buena!

Iván no le llevó la contraria, no cuando veía la mano del Cielo en ello. Los caminos del destino eran maravillosamente impredecibles, solo se trataba de entender las señales que enviaban. Empezó de nuevo la marcha, acababa de tener una conversación con su compañero que lo había dejado atónito. No negaba que, lejos de sentirse contrariado, le gustaba que recordara. Era el principio de todo. Sí, de todo, cada día tenía más claro que aquel accidente supondría un antes y un después en su querido amigo. Esperaba no equivocarse y, cuando Javi volviera a ser el mismo, recordara todos esos momentos vividos sin su pasado a cuestas.

Capítulo 6

Esa mañana Javi había ayudado a Lucía a preparar el desayuno. Se dio cuenta de que la cocina no era su fuerte: se le quemaron las tostadas y tuvieron que abrir la ventana para ventilar la cocina debido a la concentración de peste y humo. Al final, se limitó a poner la mesa, una tarea nada arriesgada.

Después de cargar de energía el cuerpo, Javi ayudó a Lucía a colocar los cacharros del desayuno en el lavavajillas.

—¿Sabes algo de Cris? —preguntó Javi.

—No, hace días que no la veo.

—Todavía no ha venido a visitarme.

—Estará atareada, en verano es cuando hay más trabajo en los campos y huertos.

—Ya, pero es raro, ¿no crees? Sé que me ama, he perdido la memoria, pero hay sentimientos muy vivos dentro de mí.

—Déjale espacio, para ella no es fácil esta situación.

Lucía cerró el lavavajillas, Javi se apoyó en la encima y cruzó los brazos. Desde que se había despertado en la cama de un hospital tuvo claro que no le importaba su pasado. En cambio, le interesaba todo lo relacionado con Cris de su vida anterior, el ángel que vino a buscarlo en la oscuridad y lo sacó de un infierno solitario. Observó a Lucía, que barría las migas de pan del desayuno, y le dijo:

—Iván me ha comentado que conocí a Cris en la boda de su hermana Eli, pero por más que me esfuerzo, no lo recuerdo.

—Seguramente los recuerdos llegarán a ti tarde o temprano —expresó sin dejar de barrer.

—Necesito saber qué tipo de relación teníamos Cris y yo antes del accidente.

Lucía ya había terminado la tarea, tiró las migas del recogedor al cubo de los residuos orgánicos. Caminó a la nevera y la abrió.

—Erais amigos, nada más —farfulló la mujer, carraspeó y cambió rápido el curso de la conversación mirando el contenido del refrigerador—. ¿Qué te apetece comer al mediodía?

—¿Tú también cambias de tema como hace Iván? Solo me queda preguntárselo a Cris.

Lucía tomó la determinación de hablarle con claridad antes de que Cris o Javi salieran perjudicados. Algo que no sería justo para ninguno de los dos y algo que tampoco deseaba

presenciar; ambos eran sus amigos y los quería. Se acercó a su compañero y le habló mirándolo a los ojos.

—Será mejor que te mantengas al margen de la vida de Cris hasta que recuerdes todo y puedas tomar decisiones. Ahora mismo no estás en condiciones de tener una conversación con Cris, podrías cometer un error que más tarde lamentarías.

El hombre se tensó.

—Si supiera la verdad, estaría en condiciones de tener una conversación con ella. ¿Por qué tú e Iván me explicáis cosas de mi pasado que no me interesan, y cuando pregunto por Cris no me contáis nada?

—Porque la vida no es coger lo que no te gusta y tirarlo a la basura sin más. Lo necesitas todo para comprender el presente y construir el futuro que desees. Además, ella y tú no teníais ningún tipo de relación.

—Eso no es cierto, yo la siento en mi corazón, como si viviera dentro de mí. ¡No puede ser que no nos quisiéramos!

El hombre se estaba enfadando y salió de la cocina. Se fue al dormitorio, pues no quería descargar su frustración con Lucía. Después de lo que estaba haciendo por él, no lo merecía, al contrario: tenía mucho que agradecerle. Iván era como un hermano y Lucía como una hermana.

Se sentó en la cama y apoyó los codos en las rodillas. Se restregó las sienes, forzando con ese gesto el retorno de los recuerdos que tenía con Cris, los únicos que le interesaban. Pero nada acudió a su mente. Todo era un pozo vacío, una infinita oscuridad que se enredaba en su ser como una pegajosa telaraña.

Lucía le acababa de contar que Cris y él no tenían ninguna relación. Sin embargo, no le cabía en la cabeza que fuera verdad. No estaba diciendo que Lucía le mintiera, ella jamás lo haría y se sentía mezquino de solo pensarlo, sino que, tal vez, Cris y él estaban manteniendo una relación secreta antes de tener el accidente.

Javi se tensó, claro... ¡lo acababa de entender: por eso ella iba en el coche la fatídica noche! Todo encajaba, o encajaba tal como anhelaba él. En realidad, se estaba volviendo loco, reconocía que estaba nervioso, pues necesitaba ver a Cris y no podía esperar más. En un segundo decidió hacerle una visita. Su corazón tenía muchas cosas que decirle, solo esperaba que su boca supiera pronunciarlas.

Estaba bajando por los escalones, sobrecogido por la emoción, cuando tomó conciencia de que no sabía el lugar exacto donde vivían Cris y su familia. Incluso de eso se había olvidado.

—¡Mierda! —exclamó exasperado.

Le cabreaba no recordar las cosas más básicas, y más le cabreaba aún forzar su mente para que el resultado fuera el silencio. Siempre terminaba con un dolor insoportable de cabeza.

Decidió que se tomaría un analgésico y tanteó la idea de preguntar a Iván o a Lucía el camino que debía tomar para llegar a casa de Cris. Sin embargo, daba por hecho que sus amigos le harían cambiar de parecer y ya había tomado una decisión. En Valleverde había senderos aquí y allá, los

cuales llevaban a los hogares de sus habitantes. No podía aventurarse a escoger uno cualquiera; sería como echarlo a suertes, y su suerte, últimamente, brillaba por su ausencia.

Mientras la pastilla analgésica burbujeaba en un vaso medio lleno en la cocina, escuchó a alguien que abría y cerraba la puerta principal de la casa.

—Hola, tío —dijo el niño entrando en la cocina.

—¿Y tus padres?

—En el huerto, yo los estoy ayudando, pero tengo calor y me han dicho que puedo coger un helado.

Abrió la puerta del congelador y sacó un polo de fresa. Javi se tomó el medicamento, lo hizo de golpe, pues estaba amargo e hizo una mueca de asco que arrancó una carcajada al niño.

—¿No tendrías que estar haciendo los deberes del cuaderno de vacaciones de tu madre? —preguntó el hombre—. Si necesitas ayuda, me lo dices.

—Los hice ayer por la tarde, mamá todavía no me los ha corregido.

Sacó el polo de su envoltorio y le dio un lametón. Javi disfrutaba contemplando la satisfacción del crío. Físicamente era igual que su padre: pelo oscuro alborotado, ojos azules, facciones marcadas. De mayor, sin duda, sería todo un seductor. De pronto tuvo una idea.

—Oye, ¿tú sabes dónde vive Cris?

—Sí —contestó asintiendo con la cabeza al mismo tiempo—, muchas veces voy caminando con mamá y papá. —Alargó su mano ofreciéndole su helado—. ¿Quieres un poco?

—Gracias, no me apetece. Dime dónde vive Cris, necesito ir a su casa.

—¡Claro!

Pere lo cogió de la mano y lo arrastró hacia fuera. Ya en el exterior, el niño le dio instrucciones: debía dirigirse al este, coger el primer sendero y andar a través del bosque hasta salir de él, donde el camino se ensancharía y seguiría hasta la casa de Cris. Javi se sintió satisfecho; por suerte, Iván y Lucía estaban entretenidos en el huerto, que estaba en la parte de atrás, y no se enterarían de nada.

Javi le dio un beso al niño en la mejilla y se lo agradeció. Después, Pere se fue corriendo al lugar donde estaban sus padres con el polo de fresa a medio terminar y él emprendió el camino.

Apenas llevaba una cuarta parte del trayecto, no pudo evitar maravillarse de la belleza de la naturaleza, y más en verano. El cielo estaba de un azul intenso, provocaba que el contraste del verde de los árboles y de las coloridas flores fuera más vivo. Se entretuvo a admirar el aleteo de unas mariposas, que parecían jugar entre vuelos y persecuciones. Después captó su atención una ardilla que saltaba de árbol en árbol. Bendecía y agradecía aquellos ratos en que los pensamientos se perdían, dejaban de ser una maraña incongruente de relatos que no llevaban a ninguna parte, y su lugar lo ocupaba la satisfacción por ver la vida adherida en sus retinas. Era como estar en un oasis dentro de la oscuridad de su mente.

Ya cuando estaba a punto de salir del bosque, se encontró una charca en cuyas aguas nadaban decenas de renacuajos. Era gracioso la velocidad con la que circulaban de un lado a otro dentro

del agua sin chocar entre ellos. Y, teniendo en cuenta que había una cantidad enorme, resultaba admirable la capacidad de aquellos pequeños seres.

Todo en Valleverde transmitía paz, una paz que equilibraba mente y cuerpo. La naturaleza tenía muchas virtudes, no solo proporcionaba nutrientes a todas las especies, sino que alimentaba el interior de las personas con dosis de tranquilidad. Se preguntó si el Javi de antes ya admiraba los paisajes que en aquel momento contemplaba. Quiso pensar que sí, no solo porque lo intuía, sino porque Cris y sus amigos vivían en aquellas tierras maravillosas. Aun así, no pudo evitar entristecerse cuando se percató que no recordaba aquellos parajes. Era como si los viera por primera vez, y una punzada de dolor lo atravesó al sentirse culpable por no acordarse.

Sin embargo, en la profundidad de su corazón, de alguna manera parecía que le resultara familiar todo a su alrededor, pues no podía evitar que latiera con fuerza; incluso le dolían las costillas. Pareciera que esa parte suya saludara al lugar donde pertenecía. Se detuvo, giró la cabeza de lado a lado, sus pupilas se abrieron de par en par para acoger lo que admiró sin reservas, porque lo sentía como su hogar. En aquel instante su corazón era el canto del pájaro, el cielo sobre su cabeza, el aire que respiraba...

Javi retomó la marcha y, cuando salió del bosque, subió una cuesta y siguió por otro sendero. A la derecha, un grupo de vacas pastaba tranquilamente; a la izquierda lo hacía un rebaño de ovejas, algunas de ellas tenían a sus crías mamando. No tardó en atisbar el hogar de Cris y solo necesitó diez minutos para llegar frente a la fachada. Un perro pastor lo recibió con efusividad, parecía ya mayor y caminaba con cierta dificultad debido a la edad. Javi se agachó para quedar a su altura y le acarició el hocico con cariño; el animal lo recompensó lamiendo su nariz. Después, se metió en el porche, el can lo siguió, y observó cómo se tumbaba en su cama, cerca de la puerta.

El ambiente trajo consigo aromas maravillosos. Reconoció hierbabuena, albahaca, romero, tomillo y poleo. Se acercó a las macetas, que se hallaban pegadas a la pared, una al lado de la otra. Se alegró de identificarlas todas y para qué dolencias servían. Supo que Norma le había enseñado, pues esos conocimientos no estaban en los libros suyos de medicina, y con los que se había sacado la carrera, y tampoco lo enseñaban en la universidad.

Se percató de la mecedora del rincón, en el que había dos cojines de *patchwork*, muy parecidos a los que había visto confeccionar a Lucía. Cris también debía de ser una artista en esa técnica, porque eran preciosos. Se acercó al asiento, detectó que los reposabrazos estaban desgastados, al igual que los carriles de los balancines. Estaba seguro de que esa silla había sido un fiel testimonio de la historia familiar de Cris. La acarició, como queriendo con ese gesto que la madera le hablara de ella: de cuando nació, de cuando su madre se sentaba a mecerla para que se durmiera, y de cuando fue lo suficientemente mayor para subir al asiendo y balancearse traviesamente...

Afuera no había nadie, miró a un lado y a otro para asegurarse, después llamó a la puerta, pero nadie contestó. Decidió ir a la parte de atrás y, nada más girar la esquina de la casa, vio a Cris que caminaba en dirección contraria a él. La contempló con sus ojos destilando admiración. Le

sorprendía su constitución menuda y frágil; si no fuera por sus movimientos sensuales al caminar, y porque debajo del vestido se insinuaba una delicada figura de mujer, se la hubiera podido confundir con una cría.

A pesar de que su vestimenta lóbrega y la capelina le otorgaban un aire demasiado serio, no pudo evitar sentirse atraído por ella. Iba caminando como ausente, realzando la belleza cándida de su rostro, que la transformaba en un ángel de carne y hueso. Era bonita de verdad y notaba una conexión con Cris demasiado intensa; casi su mirada traspasaba los ropajes. Su cuerpo de hombre clamaba por tocarla y se desesperó al no poder hacerlo. Aun no recordando su pasado, sabía con certeza que tal sensación era nueva para él. Pero por más que Iván y Lucía insistieran en que antes del accidente no los unía ningún tipo de relación, salvo la formalidad de una amistad superficial, él creía lo contrario porque sentía a esa mujer vivir en su corazón.

Cris notó un calor adueñarse de su cuerpo, no era una tibieza normal, sino que nacía en sus entrañas y subía por la espina dorsal provocándole una sensación placentera, que jamás había experimentado. Incluso un gemido sorpresivo escapó de su garganta. En un primer momento se asustó, pero luego se vio sorprendida por algo más fuerte, como si a su espalda tiraran de ella. Se dio la vuelta y se encontró, cara a cara, con Javi. Se sobresaltó y se le escapó el cesto que llevaba agarrado en la mano.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpó él, se agachó, cogió el cesto y se lo devolvió—. He llamado a la puerta y nadie me ha contestado.

A Cris no le salían las palabras, se había quedado paralizada. Alzó la vista, pues él era muy alto en comparación con ella. No podía dejar de contemplar a un Javi que había cambiado. En sus ojos grises brillaban unas motas doradas, como si fueran estrellas, y le otorgaba al rostro un brillo mágico. Además, las facciones de su rostro se habían suavizado, no eran tan duras como antes cuando la miraba y la rechazaba con sus muecas.

Javi se dio cuenta de que ella no dejaba de mirarlo, estaba como ida.

—Cris, ¿estás bien?

La aludida dio un respingo y aterrizó en el presente.

—Sí...

Era un sí suave, carecía de fortaleza, y Javi creyó que era por él.

—¿No te alegras de verme?

—No, no ese eso... es que...

Carraspeó; pese a que siempre había sido impulsiva, pues decía lo que pensaba sin meditar consecuencias, decidió callarse. Si dejaba en libertad ese rasgo de su personalidad le diría a gritos, mientras se lanzaba a sus brazos, que era feliz de verlo y que le encantaba tenerlo cerca. Pero, dadas las circunstancias, no era lo más inteligente.

—No me has hecho ninguna visita desde que estoy en casa de Iván.

La mujer se encogió de hombros y agachó el rostro mostrando una culpabilidad que no podía esconder.

—Lo siento, he estado muy ocupada.

Javi llevó su mano a la barbilla de ella y con el índice le levantó el rostro. Aprovechó el gesto para acariciar su piel suave. Cris se puso nerviosa, pues despertaba en ella una cascada de emociones que la invitaba a abrazarlo fuerte. Reconocía que no sabía luchar contra sí misma; toda ella temblaba al obligarse a permanecer quieta en el lugar. No sabía cuánto más tiempo podría controlarse sin confesarle que lo amaba con locura, antes y después del accidente; que sus sentimientos nunca habían cambiado desde que lo vio en la boda de su hermana; que, si acaso, se habían hecho más profundos, como la semilla que se agarraba a la tierra madre para que le diera la vida que necesitaba para crecer hasta el cielo. Así era su amor por él: grande, único, verdadero, al que le estaban saliendo alas para que volara hasta el infinito. El amor era eso: la chispa de la vida, el puñal de la muerte que mataba lo malo que había en ella. Con él se sentía renacer, un renacer eterno con el que había soñado desde que había aparecido en su existencia.

—Cris, dime que te alegras verme —murmuró él, al tiempo que se atrevía a acariciar el labio de la chica.

A ella se le cortó la respiración ante aquel contando tan sensual. Podría haber reaccionado de mil maneras, pero, para su desesperación, escogió la que menos le convenía: quedarse quieta, sin mover ni un músculo, deseando en lo más hondo de su persona que él siguiera acariciándola.

Tuvo que pasar un buen rato y que Javier se acercara peligrosamente a ella, con intención de besarla, para que ella tomara conciencia de que estaba perdiendo las riendas de la situación. Sin decir una palabra, se dio la vuelta mientras decía:

—Lo siento, tengo trabajo, voy a recoger los huevos.

Javi no se daba por vencido, no era un ingenuo, además, intuía que nunca lo había sido y detectaba que Cris le estaba escondiendo la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Se apresuró a andar y se situó a su costado, quitándole el cesto de la mano.

—Te ayudaré, luego puedes invitarme a un vaso de tu rica limonada. ¿Qué te parece?

Cris se detuvo en el acto y se concentró en lo que había dicho: ¿limonada?

—¿Cómo sabes que me gusta preparar limonada?

Javi pensó en lo que ella le decía. Se sorprendió por lo que significaba.

—Lo he dicho sin pensar, relaciono contigo la limonada. —Sonrió, porque le hacía feliz creer que ella vivía en su corazón—. Es extraño, siento que hay cosas grabadas a fuego en mi interior porque son importantes.

—¿Te acuerdas de algo más?

El hombre puso cara de estar cavilando. Era bueno que esas cosas acudieran a su cabeza por instinto y no porque forzara a su mente a recordarlas.

—No, ¿no te das cuenta de que todos los recuerdos que me viene a la cabeza están relacionados contigo? Eso significa algo; de hecho, lo dice todo, absolutamente todo, ¿no crees?

Esta vez fue ella quien puso cara de estar meditando.

—Bueno, no sé si lo que estoy pensando es lo que tú estás pensando, o lo que tú piensas que yo

debo estar pensando...

Cris se puso roja por el sinsentido. La cercanía de ese hombre le estaba fundiendo las neuronas. Él se dio cuenta.

—Te estoy poniendo nerviosa, pero no tienes motivo —dijo con humor.

Cris intentó quitarle el cesto dando inicio a un tira y afloja.

—Será mejor que te marches, no necesito ayuda, hago esto cada día sola.

—No me iré y lo sabes, te gusta tenerme cerca, aunque te ponga nerviosa, ¿ves? Es otra cosa que sé de ti, ¿te conozco más de lo que crees!

Cris puso los ojos en blanco, se dio por vencida y dejó de luchar por hacerse con el cesto. Se lo veía tan seguro de sí mismo... Además, su tono tenía un deje de arrogancia que nunca le había visto. Y le gustaba ese Javi travieso.

Sin más, se dirigieron al lugar donde las gallinas ponían los huevos. Se trataba de una casita de madera con varios departamentos, no había puerta y las aves entraban y salían cuando querían. Javi se extrañó.

—¿Por qué no tenéis gallinero?

—Mantener las aves encerradas en jaulas, sean grandes o pequeñas, es un gran pecado, ningún ser vivo debería vivir prisionero. Además, en libertad son felices y producen más huevos.

Cris seguía nerviosa, no había manera de controlar el tembleque de sus rodillas por la cercanía de ese hombre que cada día le gustaba más. Reconocía que había una parte de ella que disfrutaba del momento, y mucho, tanto que no deseaba que los minutos pasaran. Pronto se recordó que solo la estaba ayudando a recoger los huevos y que no había nada de malo en ello, por mucho que ella estuviera rememorando el beso que le dio en el hospital y que tanto deseaba repetir.

Pero debía controlar esa necesidad que nacía en su interior de una manera poderosa. Jamás de los jamases tenía que olvidarse de que ese Javi no era el que conoció en la boda de su hermana y que, cuando volviera a recuperar la memoria, no dudaría en rechazarla de nuevo. Así que controlaría su corazón, que parecía más pendiente de Javi que de ella misma.

—Ya hemos terminado, ya no queda ningún huevo —dijo la muchacha lanzando un gran suspiro.

—¿Qué vas a hacer con tantos huevos? —preguntó Javi contemplando la cesta llena.

—Se pueden hacer muchas cosas, desde dulces a quesos, sin olvidar tortillas para todos los gustos. ¿Qué plato cocinarías tú?

Javier no sabía cocinar, lo había comprobado en casa de Lucía. Las tostadas quemadas aún estaban en su recuerdo.

—No sé cocinar —confesó él.

—¡Caramba, otra cosa que recuerdas!

—Más o menos, soy un desastre ayudando a Lucía e Iván en la cocina. A estas alturas puedo asegurarte que odio cocinar. Así que tendrás que invitarme a comer —soltó con desparpajo guiñándole un ojo.

Ella sonrió, ¡qué guapo estaba cuando su rostro se volvía pícaro! ¿Por qué Javi nunca sacó esa

parte de él que deslumbraba como el sol en el firmamento?

—¡Oh! ¡Tú eres muy listo!

—De eso se trata: si no quieres invitarme a comer, me enseñas a cocinar.

Esa vez Cris rio a carcajadas.

—No te cansarás nunca de insistir.

—No, haré cualquier cosa para estar cerca de ti.

—¿Incluso aprender a cocinar?

—Lo que sea con tal de que te enamores de mí para siempre.

Javi no escondía sus intenciones, era agua cristalina que dejaba ver el fondo. Así era él: directo, sin mentiras, sin miedo, utilizando la palabra para dar voz a su corazón. Quería a Cris, no lo escondía y dejaba tal sentimiento libre para que volara alrededor de Cris como bellas mariposas.

Al momento, el quiquiriquí de un gallo captó la atención de la pareja. El ave estaba a unos diez metros de ellos, sobre una roca, y erguía su cuello al cielo. Sus plumas verdosas, negras y rojizas brillaban bajo un sol radiante. Mostraba el portento de un líder, pues sabía que era el amo y cantaba para que todos lo supieran.

Javi contemplaba a Cris admirar el gallo como si él no estuviera allí junto a ella. Pero no se quejó, de hecho, le gustaba observarla sin que se diera cuenta. Por fuera parecía una mujer delicada, como si al menor golpe pudiera romperse. Sin embargo, su mirada tenía la fortaleza que le daba la vida que latía en su interior. Era tanta la pasión que ponía mirando aquel espléndido animal que, de repente, vio estrellas en sus corneas grises. Se trataban de las mismas estrellas que había contemplado en la oscuridad de su amnesia en el hospital. Tuvo el impulso de agarrarla de la cintura, atraerla a su cuerpo y besarla hasta que sus labios se enrojecieran. Era duro reprimirse, pero se obligaba hacerlo cuando se acordaba de que ella merecía lo mejor de él.

—Tiene buena voz —dijo Javi.

Cris estaba tan abstraída mirando el pájaro que dio un respingo.

—Me despierta todas las mañanas, pero nunca me canso de escucharlo. —Javi la miraba muy fijamente como si tuviera suciedad pegada en el rostro—. ¿Acaso tengo la cara sucia? —preguntó ella.

—No.

—Entonces, ¿por qué me miras tanto?

—Miro lo bonita que eres.

Cris abrió los ojos de par en par.

—¿Bonita?

—Sí, y mucho.

La chica se sonrojó hasta los huesos. Nunca nadie le había dicho nada parecido. En el fondo, le gustaba tanto que él la viera hermosa que su espontaneidad salió a flote.

—Entonces no dejes de mirarme nunca.

—Día y noche, siempre.

Dejó la cesta de huevos en el suelo, alargó la mano y acunó la mejilla de Cris en su palma. Ella ladeó un poco la cabeza para acomodarse en aquella piel suave y tibia. Cerró los ojos y pensó que todo aquello era un sueño, un sueño maravilloso. Ese Javi tan considerado, tan tierno, lo era todo para ella. No quiso seguir con su fantasía porque le hacía daño y rompió con la magia del momento cuando salió corriendo dirección a su hogar. Javi la siguió, en dos zancadas le dio alcance y la obligó a darse la vuelta.

—Perdóname, Cris, no pretendía ahuyentarte.

—No, no lo has hecho... —comentó en un tono quedo, con la mirada fija en el suelo.

—¿Y por qué has huido?

Cris alzó el rostro y lo miró a los ojos. No sabía qué decirle. Podía recurrir a una mentira, pero nunca, hasta el momento, había dicho falsedad alguna y no empezaría a hacerlo en aquel momento. Su conciencia no lo soportaría.

—Ven a cenar mañana —pidió ella—. Con los huevos que hemos recogido te haré una tortilla, y mi hermano te preparará una tarta de queso deliciosa, le salen fenomenal, es todo un cocinillas.

Javi sonrió de oreja a oreja, le parecía una idea magnífica.

—¡Me encantaría! —exclamó el hombre.

A su espalda oyó un tractor, ambos miraron en dirección al sonido.

—Es mi padre, se llama Miquel —comunicó la chica creyendo que no se acordaría de él debido a la amnesia.

—Vaya, lo recuerdo vagamente, tengo imágenes en la cabeza, pero están desordenadas...

—Regresa de arar el campo.

Era cierto, Javi apenas lo reconocía, pero le era imposible montar una historia a través de las imágenes desordenadas que acudían a su mente. Así que lo dejó estar. Más adelante ya descubriría más o, incluso durante la cena, él mismo le preguntaría cosas.

Su cabeza tupida de cabello blanco, su piel cuarteada y su delgadez mostraban a un anciano. Su pérdida de energía aumentó cuando su esposa María falleció y terminó por tener problemas de salud, aunque por el momento no eran serios. Aun así, tener hijos, unos hijos que lo amaban con locura, había hecho que el trance de verse sin el amor de su vida fuera más fácil de soportar. De todos modos, no había día que pasara que no recordara a su esposa, y más cuando contemplaba a sus dos hijas, Cris y Eli, que habían heredado la belleza de su madre. Era, entonces, cuando sus ojos negros se empañaban de cariño y él se apresuraba a apartar la tristeza a un lado, recordándose que la mejor herencia que le había dejado su querida mujer eran sus hijos Eli, Cris, Pere, Carles y Ferran.

Cuando Miquel vio a Javi detuvo su vehículo y descendió, se acercó al muchacho y le palmeó la espalda con efusividad.

—¡Me alegro, muchacho, de verte tan bien! —dijo el anciano—. Cuando me enteré del accidente rezamos mucho en Valleverde. Veo que el Cielo nos escuchó.

—Yo también me alegro de verle, Miquel, ahora me tengo que ir, pero nos veremos mañana. Cris me ha invitado a cenar.

—¡Perfecto! Podremos hablar de muchas cosas —indicó el anciano.

No sabía el motivo, pero Miquel detectó que el hombre que tenía delante había cambiado. Le parecía más cercano y feliz. Su rostro estaba iluminado y no paraba de sonreír. Era una sonrisa nacida de su interior que se materializaba en su boca. Incluso sus ojos albergaban el brillo de la felicidad. Había vivido mucho y conocía a la gente con solo echarle un vistazo, y Javi lo estaba sorprendiendo. Ya no quedaba nada de aquel hombre serio, algo tenso, al que le costaba sonreír y caminar porque parecía cargar con un gran peso.

Después, miró a Cris, estaba al tanto de que su hija amaba a ese hombre; de hecho, era algo que no había pasado desapercibido para nadie. Su hija jamás escondió sus sentimientos. No obstante, Javi había perdido la memoria y no sabía hasta qué punto un amor podría florecer en aquellas circunstancias. Un árbol no nacía y crecía de la nada. Porque el amor tenía aire, tenía agua, tenía sol, lo tenía todo, porque el amor era vida. Un árbol lo necesitaba todo, no solo una parte, o si no, estaba condenado al fracaso. Y Javi necesitaba su pasado para que su presente tuviera sentido.

Capítulo 7

Javi se despidió de Cris y del padre. Anduvo por el mismo camino que antes, pero a la inversa. Al cabo de un buen rato llegó a casa de Iván, este estaba en su despacho trabajando en un proyecto para Senegal, donde se construiría una escuela para niños con el dinero que recogieron en una subasta benéfica. A su espalda había una ventana con las cortinas corridas, los últimos rayos de sol entraban y daban a la estancia un aire cándido que flotaba en el ambiente. Afuera, en los picos de la montaña se reflejaban el añil, el rojizo y el anaranjado. Iván vio a su amigo de soslayo.

—¿No te da vergüenza utilizar a mi hijo para que te dijera dónde vive Cris? —espetó sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador—. ¿Tanto te costaba preguntármelo a mí?

En su tono Javi detectó su enfado. Y, sinceramente, él en su lugar también estaría colérico. Se sintió culpable, porque no había actuado bien; no se extrañaría de que lo echara de su casa.

—Lo siento, perdóname, quise pedírtelo a ti o a tu mujer, pero sabiendo lo que pensáis de ello, me hubierais disuadido y quería evitarlo.

Iván se dignó a mirarlo. Javi era más que su amigo, no podría enfadarse con él, aunque quisiera. Nadie era perfecto, y no tenía sentido molestarse con él por una cosa que no tenía más trascendencia.

—Acepto las disculpas, aunque en eso llevas razón: te hubiera disuadido para que no fueras a ver a Cris.

—¿Entonces no me vas a echar de tu casa?

Iván se levantó y arqueó las cejas. Después, se acercó a él.

—A veces eres idiota, jamás te echaría de mi casa, esta casa es tu hogar también, Javi, no lo olvides nunca. Hemos pasado demasiadas cosas juntos.

Javi le sonrió como agradecimiento. Posó su mano en el hombro de Iván y se lo apretó con afecto.

—Gracias.

—Y dime, ¿te ha servido de algo la visita?

—Sí, tengo las cosas más claras. —Torció la boca, su expresión era la de un chico malo—. Creo que antes debía ser todo un conquistador, le gusto a Cris.

—¡Eh, no te vengas arriba, cabroncete!

Ambos estallaron a carcajadas. Después de unos segundos, Javi suspiró y dijo:

—Sé que ella es la mujer de mi vida.

—¿Estás seguro?

—Ya te he dicho muchas veces que no me importa mi pasado, mi pasado no es el problema.

—Lo necesitas, no te equivoques.

Javi no quería continuar hablando de ello, aunque, de repente, lo abordó la necesidad de saber sobre su vida.

—Una pregunta: ¿cómo era antes con las mujeres?

—Tímido, aunque nunca te faltó ninguna con la que retozar en la cama. Tu estatus social y económico las atraía como al oso la miel. Siempre fuiste un buen partido.

—¡Caray, no recuerdo a ninguna de ellas!

—No me interpretes mal, tú tampoco querías relaciones serias con ninguna.

Iván quiso que le preguntara el motivo, pues eso le daría la oportunidad de llevar la conversación por otro sendero y le permitiría hablar de la relación que mantuvo con su padre. Entonces, él, con mucho tacto, le contaría algún detalle y la mente de Javi haría el resto. Un trozo de aquí, un trozo de allá y el puzzle de su pasado iría encajando. Sin grandes traumas descubriría más de él y de su familia. Sin embargo, Javi siguió preguntando por el mismo tema.

—¿No me enamoré nunca?

Iván se sintió frustrado. Pero le contestó.

—No.

Javi entrecerró los ojos.

—¿Tan seguro estás?

—Siempre me lo contabas todo, y lo que no, lo deducía. Para mí eras como un libro abierto.

—Ah, ¿sí?

—Por eso me resulta extraño verte enamorado de Cris, nunca creíste en el amor.

Javi se sentó en la esquina del escritor de Iván y se cruzó de brazos.

—Si me dices que nunca creí en el amor, ¿te resulta extraño que te diga que siento que he estado toda la vida enamorado de Cris? Es como un oxímoron de la vida.

Iván decidió intentarlo de nuevo, a ver si esa vez daba resultado.

—Bueno, en cierto modo sí, pero siempre hay algún motivo oculto para los que no creen en el amor, como tú en el pasado. Unos son demasiado egoístas y el amor es dar más que recibir, incluso dar sin recibir nada. Otros padecen algún tipo de trauma o decepción que les impide ver el amor como algo positivo.

Fue justo en ese momento, al pronunciar la última frase, que Iván apreció que su amigo se contraía, incluso había percibido cómo un escalofrío lo sacudía de arriba abajo. Rezó para que hurgara en su mente y trajera al presente su pasado.

—Es igual, nada de eso tiene importancia para mí —soltó Javi.

Iván estaba en un callejón sin salida. Era evidente que su compañero no se esforzaba en recordar y, al no hacerlo, se condenaba a sí mismo. Solo prestaba atención a sus sentimientos

presentes y bloqueaba cualquier oportunidad de profundizar en su interior. Pero eso no bastaba para construir unos cimientos con los que sujetar un futuro. Quisiera él o no, toda su existencia se basaba en los aprendizajes del pasado, en sus errores y sus aciertos. En sus lágrimas y en sus sonrisas. Un bolígrafo de nada serviría sin la tinta.

—Recupera tu pasado, Javi, antes de que cometas un error. Ilumina las zonas oscuras de tu mente para saber lo que se esconde.

Javi no lo escuchaba. Su pasado, para él, no existía, no le hacía falta porque ya había decidido su futuro, un futuro del cual se sentía dueño.

—Quiero casarme con Cris y eso no va a cambiar, aunque recupere mi pasado. Mañana por la noche ella me ha invitado a cenar y pienso hacerle una proposición, sé que no me va a rechazar.

Se levantó y se marchó. Iván se quedó mirando el hueco de la puerta por el cual había desaparecido y maldijo para sus adentros. No podía hacer mucho más, solo estar al lado de su compañero cuando se rompiera por dentro y tuviera que ayudarlo a recuperarse. En parte, se sentía culpable porque no sabía cómo hacerle entender lo importante que eran para cualquier persona sus orígenes. Eso le frustraba, sin embargo, no podía obligarlo a recordar cuando él lo tenía tan claro. Pero, a veces, tenerlo claro no implicaba tomar la mejor decisión. Por alguna extraña sensación, presentía que el desastre se acercaba.

El día estaba siendo ajetreado. Javi lo agradecía, así las horas le pasaban más rápido. Ayudó a Iván a talar árboles, que transportaron a casa con un tractor. Después los cortaron en trozos para que cupieran en su chimenea. Los leños los almacenaron en un leñero aireado y soleado para que se realizara el secado de los troncos, un paso imprescindible si se quería tener madera en perfecto estado. Una vez llegara el frío, y gracias a las buenas temperaturas del verano, la leña estaría en condiciones de proporcionar calidez al hogar. Pero para eso aún quedaban varias semanas y Javi ya daba por hecho que Cris y él vivirían juntos, y que el calor que sentía por ella sería suficiente para calentarlos a ambos.

Llegó la noche esperada por Javi. La adrenalina corría por sus venas y erizaba el vello de su nuca. Cris, su ángel, lo había invitado a cenar con su familia. Para no desentonar, le pidió a Abel, que pertenecía a Los Hijos de la Luz, que le dejara algo de ropa. No hubo ningún problema y se vistió con unos pantalones negros y camisa blanca; también le prestó un sombrero oscuro. Abel le explicó que siempre se lo quitaban al entrar en casa y que, además, bendecían la mesa antes de comer. A Javi nada de eso le suponía ningún esfuerzo; de hecho, se estaba acostumbrarlo a hacerlo cada día tantas veces como se sentaban a la mesa a comer. Lucía había pertenecido a la comunidad, de alguna manera seguía manteniendo sus costumbres, pues estaban arraigadas en su hogar, y tanto él mismo como su marido las respetaban.

Javi estaba en la entrada, a punto de marcharse, no sin antes despedirse de Iván y Lucía.

—¡Estás muy guapo! —expresó ella.

—¿Lo suficiente para impresionar a Cris?

—Creo que no es a Cris a quien debes ganarte esta noche.

—Lo sé, su familia es muy importante para ella y debo merecer un lugar entre ellos.

—¡Acuérdate de quitarte el sombrero nada más entres en la casa! —exclamó Iván en un tono divertido—. No seas maleducado, ¿eh?

—¡No seas pesado, Abel ya me lo ha advertido!

Javi sonrió al tiempo que se acariciaba el ala del sombrero negro en un gesto que evidenciaba seguridad. Si bien no era integrante de Los Hijos de la Luz, quería mostrar su sensibilidad y respeto hacia unas ideas y costumbres que cada día le gustaban más. Cris no merecía menos, y cualquier detalle era importante.

Eran las seis de la tarde y el sol se había escondido tras los picos de la montaña. La noche había abierto sus alas y cubría el paisaje. La luna era un plátano blanco y su fuerza no era suficiente para dotar el ambiente de claridad. Iván le había dejado el coche para acercarse a la casa de Cris y no tardó más que un puñado de minutos en llegar.

Sabía que todavía era temprano para cenar, sin embargo, quería pasar tiempo con la familia de Cris a fin de que lo conocieran. Pero fue él quien se llevó una sorpresa, pues nunca llegó a imaginar que pasar el rato entre familia fuera una experiencia maravillosa. Miquel, el padre, lo acogió como uno más. Con sus hermanos Pere, Carles y Ferrán la amistad floreció como algo natural y estaba seguro de que duraría toda la vida. A pesar de haber perdido su pasado, su corazón detectaba que todo aquello era nuevo para él y que habían sido pocas las veces que se había sentido tan a gusto.

De pronto, su mente fue atravesada por un relámpago que lo cegó por dentro. De la nada apareció un hombre en silla de ruedas que presidía una gran mesa ovalada. Su rostro severo se elevaba por encima de la oscuridad como si fuera un fantasma resurgido de las tinieblas. Javi se quedó sin aire: ¡ese hombre era su padre! Él estaba en la otra punta de la mesa, y no solo litros de aire los separaban, sino que la frialdad que desprendía su progenitor era densa y hacía de muro entre ambos. Solo había silencio, un silencio vestido de derrota. Sí, era su derrota, porque nunca se atrevió a llevarle la contraria. Empezó a recordar su época de abogado, así ese hombre lo había decidido por él. Todo en su mente empezó a tomar forma, sin embargo, había lagunas negras todavía.

Javi se asfixiaba, no quería recordar y se obligó a no hacerlo. No le hacía feliz que su mente se llenara de imágenes que lo desgarraban por dentro. En aquel instante, podía sentir cómo la tristeza serpenteaba en su interior dejándolo petrificado. Miró a su alrededor buscando donde anclarse para no perderse en la oscuridad de su pasado. Las risas. Los rostros llenos de vida. Las bromas... Javi se notó renacer: allí se respiraba amor, un sentimiento que nunca había experimentado al lado de su padre. Lo más triste de todo era que como hijo tampoco quiso a su padre. No obstante, se reconfortaba pensando que a un niño que no había experimentado desde su nacimiento el sentirse

vivo y amado, no se le podía exigir querer a un padre que respiraba solo para sí mismo, negando a los de su alrededor a ser personas libres. La realidad cayó sobre él como un jarro de agua fría. Había estado en una prisión, quizá peor que una de barrotes, porque peor era la cárcel mental en la que lo había recluido su padre. Más le hubiera valido haber sido huérfano, porque no hubiera habido diferencia.

Javi se levantó y se excusó. Alegó tener calor para huir de allí y buscar el aire nocturno que le refrescara la piel. Parte de su pasado se había adherido a su cuerpo y había formado una costra dura que le impedía moverse. Ya fuera, en el porche de la casa, se abrigó con la oscuridad del ambiente, buscando la soledad para recomponerse. Se tapó la cara con las manos y obligó a su mente a dejar de pensar, a dejar de buscar su pasado.

La bombilla que había en el techo del porche se encendió. Después oyó unos pasos a su espalda y se dio la vuelta; a un par de metros se hallaba Cris.

—¿Estás bien, Javi? —preguntó ella, evidenciando en su rostro contraído su preocupación.

—No lo sé...

Miró los ojos de la muchacha, miles de estrellas lo estaban recibiendo. Su corazón palpó de amor; con solo contemplarla sus males dejaban de hacerle daño. Únicamente su ángel era capaz de hacer tal milagro. Se acercó un poco más a ella, alargó la mano y dibujó un corazón en su frente.

Cris dio un paso atrás a fin de poner distancia entre los dos. Cuando la tocaba, ella se extraviaba en sus ganas de pegarse a él y abrazarlo, de abrazarlo tan fuerte que se convirtieran en uno solo. No podía dejar que esa necesidad le ganara la partida, pues nunca se aprovecharía de la amnesia de Javi para cumplir su sueño.

—Cásate conmigo, Cris, mañana mismo.

La chica abrió la boca, pero las palabras se habían atascado en su garganta y la cerró. Tragó saliva y se tomó unos segundos para recomponerse de la impresión. Javi la miraba con sus ojos abiertos en toda su totalidad, esperando a que le contestara.

—No podemos casarnos —dijo ella al fin.

—¿Por qué?

—Porque necesitas recuperar tu pasado para tomar la decisión correcta.

—Dices lo mismo que Iván y Lucía, pero mi corazón habla y la decisión correcta es casarme contigo.

—Cambiarás de opinión en cuanto recuperes la memoria, ya lo verás.

—No lo creo, todo lo que deseo de la vida y del futuro lo estoy contemplando ahora mismo. Recordar el pasado me reafirma en mi decisión. Hace un instante mi padre ha aparecido en mi mente como si de un fantasma se tratara... ¡Ojalá no lo hubiera recordado!

—No digas eso... Todos tenemos un pasado, yo tampoco quiero recordar partes del mío. —Suspiró con tristeza—. Cuando veía a mi madre sufrir por no poder cuidarnos debido a su delicado corazón, yo me sentía morir. Pero eso me ha hecho comprender que hay que aprovechar cada día de nuestra vida para vivir, estar con la gente que queremos y dar lo mejor de nosotros. El

mañana nunca nadie lo ha visto, solo tenemos el presente y el pasado. Javi, necesitas recordar para avanzar, como todo el mundo.

—Te veo a ti con tu familia y mi conciencia me dice que eso es lo correcto. Quiero crear una familia contigo, ser lo contrario de lo que fue mi padre. El amor es felicidad, alimenta el alma, engrandece el ser humano.

—Hablas como... como un integrante de Los Hijos de la Luz.

—¿Y eso es malo?

—No, pero nunca tuviste tales pensamientos. El Javi de antes no decía estas cosas.

—Olvídate de ese Javi que no veía más allá de sus narices. Sé que tú y yo formamos parte de algo grande, nuestras almas están unidas. Lo noto, casémonos, ¿quieres casarte conmigo?

—De verdad, no sigas, no quiero que me lo pidas, no en estas circunstancias.

—¿Por qué? Sé que tú también me amas.

—Lo que yo sienta no tiene importancia, se trata de ti y estás tomando decisiones a loco.

—No es cierto.

—Cuando lo recuerdes todo lo entenderás, yo solo soy un impedimento, algún día recordarás los sueños que dejaste a un lado por el accidente y me lo recriminarás. Tal vez incluso hay otra mujer por la que sientes algo...

—Se lo pregunté a Iván y me dijo que no había nadie.

—¿Estás completamente seguro? No lo creo, porque aún no has recuperado del todo la memoria, solo partes.

Pero él no quería escucharla, la amaba, la necesitaba, era todo lo que quería para su futuro.

—No pararé hasta que te cases conmigo.

Ella entrecerró los ojos, sonaba a amenaza, o, mejor dicho, a una imposición. Eso le molestaba y se ofendió.

—¡No puedes obligarme!

Dicho esto, se dio la vuelta para marcharse. Javi era consciente del error que estaba cometiendo. La alcanzó antes de que cruzara la puerta de entrada, la agarró de los hombros e hizo que se girara. Sin mediar palabra, pegó su boca a la de ella; en un primer momento, Cris le vetó el paso manteniendo su boca cerrada, pero cuando él mordió con cariño su labio inferior, aquellos rebordes se convirtieron en miel y dejó que su lengua entrara en su interior. Atrapó la de ella, su tibieza envolvió el cuerpo de Cris y se sintió gemir de placer.

Quién hubiera imaginado que un beso pudiera cambiar las entrañas de las personas hasta convertir sus mundos interiores en paisajes primaverales. Así se sentían ambos: como si la primavera floreciera en sus almas, como si el mismo sol se alojara en sus corazones y bombeara luz y ternura. Los besos de amor eran los que se daban con los ojos cerrados, los que despejaban dudas, los que alejaban tristezas. Como el que experimentaban Cris y Javi. Durante un instante apartaron a un lado la vulnerabilidad que envolvía su presente y se dejaron atrapar por lo que sentían. Sus labios perseguían el sueño de amarse eternamente y sus lenguas enredadas sellaban la

unión de sus almas. Quizá duró demasiado poco, pero ese instante en el que rozaron el cielo lo recordarían siempre. Porque la lujuria de un beso se marchaba cuando las bocas se separaban. En cambio, el amor verdadero de unos labios pegados no se olvidaba nunca. Nunca.

—Cris..., mi ángel, por un beso tuyo bien vale la pena todo sufrimiento. No me rendiré, yo te amo.

La mujer sintió cómo su corazón latía con fuerza, una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios. Creía estar soñando, aquella escena en la que tanto había soñado, cuando cerraba los párpados por las noches, se estaba cumpliendo. Pero la realidad era que no podía hacerse ilusiones, y tampoco podía permitir que él albergara esperanzas.

—Me gustaría tener el poder de traer el Javi de antes del accidente a este instante y que viera con sus ojos la escena. Entonces entenderías que estás cometiendo un error.

Javi negó con la cabeza y sonrió, le sostuvo la mirada y notó cómo una especie de descarga eléctrica placentera lo dejaba sin aire. Sabía con certeza que a Cris le pasaba lo mismo, solo hacía falta mirar su rostro brillando de placer para darse cuenta de ello. La atrajo a su cuerpo sediento de ella y la besó apasionadamente. Si no quería escuchar sus palabras, entonces serían sus besos los que le dirían lo mucho que la amaba y lo mucho que lucharía por ella. Él percibió cómo se rendía al contacto y quiso ser osado y acariciarla por todas partes, hacerle el amor una vez, y otra, hasta que entendiera que ellos dos eran uno. Pero se comportaría, pues quería ser digno de la menuda mujer que se había rendido entre sus brazos. De modo que echó mano a su fuerza de voluntad y se separó de Cris con brusquedad. Tanto él como ella necesitaron unos segundos para recuperar el aliento.

Cris inclinó la cabeza, no podía mirarlo a los ojos sin avergonzarse por entregarse a él de aquella manera tan apasionada. Javi lo percibió en el acto, acarició su mejilla con el índice y descendió hasta la barbilla; se la levantó para que lo mirara.

—Tu pasión me pertenece, al igual que mi pasión te pertenece a ti. Haré las cosas como tú mereces. Volveré pasado mañana y le pediré a tu padre tu mano y su permiso para casarme contigo. Sé que él me dará la respuesta que tú le digas. Si me dice que no, porque es lo que tú quieres a pesar de amarme, te dejaré en paz para siempre. Si me dice que sí, seremos felices para siempre.

Cris se quedó sin voz, estaba aturdida, pues en el tono contundente de sus palabras y en el brillo resuelto de sus ojos había percibido que hablaba en serio. Si bien ninguno de los dos dijo nada más, se sostuvieron la mirada un buen rato aún.

Poco después, Javi le besó la mejilla a modo de despedida y se marchó, desapareció entre la oscuridad del ambiente. No tardó en ver los faros del coche encenderse, entonces el vehículo se alejó y, finalmente, se fundió entre la espesura del bosque.

Ella seguía petrificada en el lugar, sin poder mover un músculo. Solo lo hizo cuando la humedad de la noche la cubrió por entero echando raíces en su interior. Tembló, un temblor que era de frío y de miedo a la vez; entró en su hogar. Entonces las risas de sus hermanos calentaron

todo su ser. No había nada en el mundo mejor que el amor de la familia para espantar cualquier mal.

Capítulo 8

Javi estaba teniendo un sueño tranquilo y feliz. Entre lirios y cristalinas aguas paseaba Cris ataviada con un vestido blanco. Ella se agachó, se llenó las manos de agua y lo salpicó mientras reía traviesamente. Javi se despertó de golpe y se limpió la cara pensando que la tenía mojada. Sonrió cuando se percató de lo estúpido de su gesto al darse cuenta de que se trataba de un sueño.

—Cris, eres dueña incluso de mis sueños.

Continuaba somnoliento, con ganas de dormir un rato más, pero cuando miró el reloj de encima de la mesita, cuyas agujas marcaban las doce del mediodía, se espabiló de golpe. No entendía cómo había podido dormir tanto, aunque buena culpa de ello había sido su desvelo de la noche anterior. No había podido dejar de pensar en Cris y le dieron la una, las dos, las tres... y así hasta las cinco de la madrugada, que había sido cuando había mirado por última vez el reloj.

Cris ocupaba su corazón. Su cuerpo sentía una necesidad poderosa de hundirse en ella que iba más allá del deseo físico. Estaba tan vivo dentro de él el apremio que experimentaba, que sabía de cierto que jamás había notado algo parecido. Incluso pensó que el Javi de antes nunca hubiera creído que tal sentimiento existiera. Si una cosa había aprendido desde que había perdido la memoria era a escuchar su corazón que, libre de tristeza, de conversaciones absurdas creadas por sus pensamientos, estaba siendo capaz de activar su intuición.

Aun así, estaba resultando duro exigir a su mente que tuviera paciencia cuando todavía quedaba un día de espera. Los nervios afloraban por sí solos; de todos modos, tenía la sensación de que nunca había sido una persona nerviosa. Recordando trozos de su vida pretérita, y solo siguiendo su intuición, encajaba ciertas piezas de su puzle. Con seguridad, había sido un hombre paciente, una cualidad que había adquirido de niño como una manera de supervivencia ante un padre duro y exigente. Sin embargo, con Cris le costaba mucho más serenarse. La amaba, deseaba casarse con ella, pues representaba la otra cara de la moneda y había una parte de él eufórica por que el futuro llegara rápido.

Javi se vistió con unos tejanos oscuros y una camiseta blanca. Estaba bajando los escalones cuando la puerta de la entrada se abrió.

—¿Qué os parece el nombre de Valentina? —decía Lucía entrando en el hogar.

—¡Me gusta mucho! —exclamó Pere que caminaba detrás de su madre.

—Entonces tenemos que escoger entre Valentina, Laura y Ana —dijo Iván cerrando la puerta—.

Lo echaremos a suertes.

—Ma gusta Ana —soltó Javi terminando de bajar los escalones—. ¿Deduzco que ya sabéis el sexo del bebé?

Lucía se llevó la mano a su vientre, ya se le empezaba a notar el embarazo.

—Sí, va a ser una princesita —afirmó Iván con la felicidad brillarle en los ojos.

—¡Felicidades, pareja! —exclamó Javi—. ¿Qué te parece, Pere, tener una hermanita?

—¡Muy bien! Le enseñaré a subirse a los árboles.

Todos se carcajearon y fueron a la cocina. Pere tenía sed y se bebió un vaso de agua de golpe.

—¡Más despacio, hijo, o te vas a atragantar! —le dijo su madre.

— Javi y yo nos encargamos de preparar la comida, tú ve a descansar —propuso Iván, besándola en la mejilla con amor.

Su esposa no se hizo de rogar, estaba cansada, pues hacía días que estaba preparando el nuevo inicio de curso que empezaría en menos de un mes y había dedicado muchas horas, tanto de día como de noche.

Javi e Iván se quedaron solos en la cocina.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó Javi a su amigo—. Porque si te tienes que fiar de mí, mal plan...

—No soy un cocinillas, pero me defiendo. Desde que estoy casado he aprendido muchas cosas.

—¿Eso quiere decir que antes no sabías?

—¡No sabía ni poner agua a hervir! Era un pijo rico demasiado egocéntrico.

—¿Y qué piensas cocinar?

Su amigo miró dentro de la nevera.

—Hummm, hay salmón, podemos preparar el salmón a la plancha, ensalada y unas patatas fritas, a Pere le gustan mucho y será la manera de que se coma todo el pescado.

—Está bien, yo pelo las patatas y tú las frías.

Se pusieron manos a la obra, Iván se acercó a la nevera, Javi fue a la despensa y cogió un cesto con patatas, las miró.

—¿Las tengo que pelar todas? —gritó desde el cuarto pequeño acondicionado para guardar alimentos, al que se accedía desde la cocina a través de una puerta.

Iván cerró la nevera y dejó el pescado encima de la encimera, se acercó a su compañero.

—No seas bruto —sopesó el cesto—. Al menos hay cinco kilos. Con cuatro patatas hermosas tendremos de sobras.

—Tiene lógica, una patata por cada comensal. Esto de cocinar es más lógica que otra cosa, creo.

—Lo importante es no complicarse, nada de deconstrucciones o fusiones o como se llame lo que está de moda ahora mismo.

—Oye, que yo solo quiero comer, no me vengas con cosas raras, ¿eh?

Iván se rio y Javi sacó las patatas necesarias y dejó el cesto. Ya en la cocina, se acercó a la

encimera y empezó a pelarlas. Mientras tanto, Iván, con unas pinzas, sacaba las espinas restantes que había en los filetes de salmón. Estuvieron un buen rato sin cruzar palabra.

—Oye, ¿me vas a explicar cómo te fue ayer o tengo que preguntártelo? —dijo Iván.

Desde el comedor llegaron las carcajadas de Pere, como si su madre le hiciera cosquillas.

—Deben de estar jugando —soltó Javi, dispuesto a conversar con su compañero sobre la noche anterior—. ¿Sabes? Recordé a mi padre mientras cenábamos, no me gustó lo que averigüé.

—Entiendo que no te alegre, pero es tu pasado, tu vida, no puedes renegar de una parte de ti.

Guardó silencio, esperaba que Javi le siguiera contando más cosas, pero tenía la mirada fija en la última patata recién pelada, como si estuviera leyendo algo importante. No le pasaron inadvertidos sus labios apretados y la tristeza de sus ojos, con certeza estaba recordando a su padre. Decidió insistir, pues tenía un nudo en el cuerpo, su sexto sentido le advertía de que su amigo le escondía más sobre la noche anterior.

—¿Y eso es todo? ¿No pasó nada más en la cena?

Javi cogió las patatas peladas y empezó a lavarlas.

—Claro que sí, pero no te va a gustar...

—¿Qué es lo que no me va a gustar?

—Le he pedido a Cris que se case conmigo, bueno, exactamente le he dicho que mañana iré a pedirle su mano a su padre.

—¡Caray! ¡Qué tradicional!

—Quiero hacer las cosas tal como ella merece.

—La impaciencia puede jugarte una mala pasada.

—Mañana saldremos de dudas.

—Tú estás muy seguro de que te dirá que sí.

—En caso contrario me marcharé y no la molestaré más.

—¿No estás siendo muy radical?

—Ella me quiere, no entiendo por qué no querría casarse conmigo.

—Tal vez porque te quiere. Querer a alguien también es dejarlo marchar cuando es necesario.

Ella decidió apartarse de tu camino cuando tuviste el accidente.

Javi dejó las patatas en una fuente, se apoyó en la encimera y cruzó los brazos. Miraba a Iván pidiéndole que se explicara. Este no sabía si estaba haciendo lo correcto, solo era consciente de que Javi debía saber la verdad, o como mínimo, algo con lo que poder recuperar los recuerdos perdidos.

—Cris iba contigo en el coche —habló Iván.

—No me dices nada que no sepa, tal vez teníamos una relación secreta y por eso iba conmigo.

—Te gusta pensar que es eso. Pero no, se escondió en tu coche, y tú, cuando te diste cuenta, perdiste el control del vehículo.

—¿Y por qué tuvo que esconderse en mi auto? No tiene sentido lo que cuentas.

—Pregúntaselo a Cris, ella te dirá que se escondió en el vehículo.

—¿Qué necesidad tenía de esconderse?

—La misma que el tú: no quería dejarte ir, se obsesionó contigo y cometió un error. Pero se dio cuenta y ha aprendido del error.

Javi se restregó las sienes, le dolía la cabeza. Por una parte, quería traer su pasado a su mente pero, por otra, tenía miedo a descubrir algo que no le gustara.

—¿Crees que me he equivocado? —preguntó Javi.

—Creo que te has precipitado. A veces hay que arriesgarse y a veces hay que ser cauto.

—Si supiéramos qué hacer a cada momento la vida sería muy sencilla y no aprenderíamos nada. ¿Crees que se puede nacer en la luz de un relámpago? Me siento como si mi accidente fuera un relámpago y su luz me haya hecho nacer de nuevo.

—Hablas como un integrante de Los Hijos de la Luz.

Javi no pudo menos que soltar una carcajada.

—¡Cris anoche me dijo lo mismo! —Suspiró—. He llegado a la conclusión de que mi accidente ha resultado ser un milagro del Cielo para que viera algo que no veía. No hay peor ciego que el que tiene ojos sanos y no ve nada.

Iván, en aquel instante, se sintió orgulloso de su amigo. No sabía qué le deparaba el futuro, pero de lo que sí estaba seguro era de que Javi había madurado y de que todo por lo que había pasado y todo por lo que pasaría en el futuro valdría la pena. Porque él también lo vería de la misma manera y no se revolcaría en el lodo de su tristeza, como había hecho en el pasado.

—Has cambiado, Javi, eres mucho más grande ahora que antes. Me recuerdas a mí cuando conocí a Lucía.

—Ojalá Cris vea lo mismo. Mañana saldré de dudas.

Iván no comentó nada más del tema y ambos se centraron en la cena. De hecho, Javi agradecía estar entretenido, pues las horas parecían hacerse eternas. A cada poco, miraba el reloj, como si ese gesto pudiera provocar que los minutos pasaran más rápidos. Javi maldijo en su interior, debía resignarse. Para los mortales el tiempo se medía en segundos; para los ángeles como Cris, en besos, y le gustaba pensar que estaba a un beso de ser suya para siempre. Entonces, las horas no se hicieron tan eternas cuando imaginaba los besos que le daría cuando su padre le concediera su mano.

La noche teñía el ambiente de oscuridad, escondía las sombras del día y renacían los miedos ocultos en la mente de las personas. Cris no era una excepción y la duda había adquirido en su interior la forma de un monstruo capaz de devorarla viva. Preguntas sin respuestas y temores sin fundamento avasallaban a la chica en el campo de batalla en el que se había convertido su mente.

El cuerpo de Cris estaba cansado. Se había pasado el día buscando cosas que hacer como una manera de no pensar en Javi y en lo que sucedería al día siguiente. Pero no podía aplazar más su

decisión.

Cris estaba en el salón terminando de coser otra parte del edredón que iba a regalarle a Lucía para el bebé que esperaba. Sus hermanos se ocupaban esa noche de recoger y limpiar la cocina después de la cena.

Suspiró, porque el momento había llegado. Sabía que su padre estaba en el porche, en su mecedora, refrescándose con el aire agradable de la noche. Salió, y el asiento crujía cuando se balanceaba hacia atrás.

—Tendrás que arreglar la mecedora, papá, cruje como si fuera a romperse algo.

Miquel dejó de mecerse y miró cómo su hija se acercaba. Esta se apoyó en uno de los postes que sujetaban el techo del porche.

—Tiene muchos años esta mecedora, hija, es como yo, ya se resiente.

Cris sonrió, era cierto, su padre ya era mayor y había envejecido deprisa cuando murió su madre, una muerte de la que culpó a Eli. De hecho, padre e hija siempre tuvieron mala relación, pero todo cambió al reconciliarse con Eli y Miquel pareció renacer. Además, Eli le había hecho abuelo y disfrutaba mucho con las nietas. No solía pasar más de dos días seguidos sin ver a las pequeñas de la familia. También les construía juguetes de madera, ¡incluso jugaba con ellas! Cabe decir que las niñas adoraban a su abuelo y, nada más verlo, se lanzaban a sus brazos y se lo comían a besos.

—Cris, llevas todo el día como ausente, ¿te paso algo?

La muchacha hizo una mueca de sorpresa. Suponía que nadie se había dado cuenta, pero se podría haber imaginado que a un padre que estaba pendiente de sus hijos y nietas todas las horas del día, no se le escaparía ningún detalle.

—Bueno, tengo que comentarte algo... algo importante.

Cris miró al suelo, enrollaba entre sus dedos la falda en un gesto que hacía sin querer. Estaba nerviosa y le daba vergüenza hablar de un hombre con su padre.

Sin embargo, para su sorpresa, Miquel se lo iba a poner fácil.

—¿Se trata de Javi? Ese muchacho ha cambiado de la noche al día, es un buen hombre.

—Javi vendrá mañana a pedirte mi mano.

Su padre acarició los reposabrazos de la mecedora. Tendría que estar sorprendido, pero no lo estaba. Siempre había sabido que su hija amaba a Javi, lo que nunca hubiera creído era que él estuviera enamorado. Pero había comprobado que sí que lo estaba, lo había percibido la noche en que cenó en su casa, la manera en la que miraba su hija... Solo tenía ojos para ella.

—Sabes que le responderé lo que tú me digas, ¿ya has decidido lo que quieres?

Cris estaba nerviosa, se arrodilló frente a su padre, se sentó sobre sus talones y posó la cabeza en las rodillas paternas. Cuando sintió la mano de su progenitor acariciarle la mejilla, se tranquilizó.

—Sí, ya lo tengo decidido —susurró ella.

—¿Estás segura?

—Sí, papá, nunca he estado tan segura en mi vida.

Con la ayuda de Lucía, Javi había preparado unas magdalenas caseras para llevar a casa de Cris. Habían quedado esponjosas y olían de maravilla, gracias a ella, porque a él seguía sin gustarle eso de cocinar. Se había vestido, otra vez, como un integrante de Los Hijos de la Luz. Si una cosa ya daba por hecha era que no le supondría un esfuerzo pertenecer a la comunidad, si así Miquel y Cris se lo pedían. Incluso había estado rumiando construir un hogar en las tierras colindantes a la casa de Cris para que su futura mujer tuviera a su familia cerca. Cada vez que pensaba en la palabra familia, una plenitud nacida en lo hondo de su corazón viajaba por todo su cuerpo y lo hacía renacer de felicidad.

Iván le dejó su vehículo y se acercó a casa de Cris sobre las cinco de la tarde. Tenía cosquillas en el estómago y percibía cómo sus sentidos estaban a flor de piel. El cielo permanecía gris, a lo lejos relampagueaba y el aire presagiaba lluvia. Solo esperaba que el cambio de panorama, pues la mañana había sido soleada y cálida, no fuera un mal augurio. Como siempre, y nada más salir del coche, lo recibió el perro de la familia; en agradecimiento le dio una de las magdalenas. El animal movió la cola frenéticamente, mostrando lo mucho que le había gustado ese premio. De inmediato, se alejó con el dulce en la boca a un lugar tranquilo para saborearlo. A lo lejos, vio un gato negro que se acercaba con sigilo al can, dispuesto a arrebatarse un bocado.

—Creo que tendrás que compartir la magdalena —dijo Javi en un tono divertido.

Sin más, se acercó a la casa. El aroma a hierbas aromáticas del porche inundó sus fosas nasales, le gustaba ese rincón, probablemente el que más. No se cansaría nunca de respirar los olores maravillosos de la hierbabuena, albahaca, poleo, tomillo y romero. Se tomó unos minutos para repasar mentalmente las palabras que le diría a Miquel, todo tenía que salir perfecto.

Después, sacudió la correa de piel de la campanilla de hierro fundido, que se hallaba en la parte derecha de la puerta de entrada, colgada de un soporte también de hierro fundido. Su tintineo le hizo gracia y supo que se trataba de un objeto antiguo por el desgaste que se apreciaba a simple vista.

No le dio más vueltas, se sentía nervioso y solo pretendía ocupar su mente. Estaba allí porque su futuro empezaría a escribirse en pocos minutos, y en eso debía centrarse. Fue Cris quien le abrió la puerta; si bien sabía que estaba siempre abierta, consideraba que aún no era parte de la familia, que ese tampoco era su hogar, y había que ser educado.

Nada más posar sus ojos en los de ella, su optimismo creció en su interior. Se miraron el uno al otro, con devoción, con la sensación de que todo estaba escrito. El aire que los envolvía los encerró en otro mundo, en el de ellos, en un lugar lejano donde solo existía la felicidad. Cris rompió la burbuja en la cual estaban sumidos cuando giró el rostro, buscando mirar a otro lugar en vez de a él. Las estrellas de sus ojos no brillaban como siempre solían hacer: algo no iba bien.

Javi temió que los truenos que se escuchaban a lo lejos se acercaran a él para cubrirlo por completo con su destrucción.

—Pasa, mi padre te está esperando en el comedor.

—Traigo estas magdalenas —dijo él ofreciéndole una bandeja cubierta con un trapo blanco de algodón—. Las hemos hecho Lucía y yo.

—Prepararé café para acompañarlas.

Su tono quedo y apagado lo pusieron en alerta de nuevo. Era como si forzara las palabras, como si se hubiera quedado sin fuerzas. Arrugó el entrecejo y suspiró profundo mientras dejaba que Cris cogiera la bandeja. La muchacha se apartó para dejarle paso, él se quitó el sombrero y lo colgó en la pechera de pared que había nada más entrar.

—¿Y tus hermanos? —preguntó el hombre.

—En casa de Eli y Abel.

Javi pensó que no hacía falta ser muy listo para saber que habían marchado para dejarlos solos.

—El comedor está en el fondo —indicó la muchacha.

—Sí, lo sé, ya me acuerdo de la otra noche.

Caminó por un pasillo, se detuvo a medio camino y se dio la vuelta, vio a Cris aún en el mismo lugar, lo contemplaba con tristeza.

—Enseguida voy —dijo ella—, preparé el café primero.

—¿Por qué no quieres estar a mi lado cuando le pida tu mano a tu padre?

Cris negó con la cabeza y, sin ni siquiera mirarlo, desapareció por la puerta de la cocina. Javi se sintió solo, más solo que cuando estaba en el hospital sumido en la inconsciencia.

—Buenas tardes, muchacho —dijo Miquel en cuanto el invitado cruzó la puerta.

Se levantó del sofá de tres plazas y alargó la mano a modo de saludo, Javi se la estrechó. El anciano la notó fría y supo que era por los nervios. Aun así, no le comentó nada, cuanto antes acabaran mucho mejor, no quería alargar su sufrimiento más del necesario. Javi no lo merecía, pero tampoco su hija merecía sufrir y él debería ponerse en su lugar y comprenderla. Solo esperaba que lo hiciera antes de que fuera tarde y la rabia y la frustración los separaran para siempre.

—Toma asiento, por favor —dijo Miquel sentándose.

Javi optó por acomodarse en el sofá de una plaza, perpendicular al que estaba el padre de Cris, le sería más fácil hablarle sin tener que girar por completo el cuello a cada momento.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó Miquel.

Se sintió idiota, porque ya sabía el motivo de su visita, pero quería dejarle a Javi que llevara el ritmo de la conversación.

Por su parte, Javi había preparado una pequeña introducción para ese momento, pero se había quedado en blanco. Palpaba en las moléculas del aire la tensión de Miquel. Sabía la respuesta que este le daría, la sabía, la sabía tan bien que su corazón empezó a llorar desconsolado, abatido y perdido.

—Estoy aquí para pedirle la mano de Cris, pero mi intuición me está advirtiéndome de que su respuesta va a ser no.

Un relámpago atravesó el cielo, su destello entró por la ventana situada tras el sofá en el que estaba Miguel, su luz cegadora llenó el comedor. No tardó en seguirle un trueno, fue tan intenso que incluso los cristales de las ventanas temblaron.

—Muchacho, no quiero hacerte daño, tampoco Cris, ella quiere lo mejor para ti.

—Lo sé.

Javi se levantó, era incapaz de pensar y de hablar. Su interior estaba roto y no había nada que le aliviara el dolor. Se detuvo cuando pasó por la cocina, si bien no entró, se quedó en la puerta.

—¿Por qué, Cris? ¡Nos amamos!

Ella miraba la cafetera que había recién colocado en el fogón. Era incapaz de mirarlo, pues el dolor que descubriría en sus ojos la haría débil y debía hacer lo correcto. Aunque fuera doloroso para ella, aunque la matara en vida, aunque le supusiera sufrir eternamente, había rechazado a Javi precisamente para protegerlo de sí mismo.

Javi tuvo el impulso de acercarse a ella y zarandearla hasta que le respondiera. Pero de nada serviría cuando ella ya había tomado una decisión.

Capítulo 9

Javi se marchó y se dirigió al coche a paso lento, como si sus pies fueran bloques de cemento armado. Para entonces, los truenos y relámpagos se habían hecho dueños del ambiente y la lluvia caía con fuerza. No la sintió golpear su rostro, ni tan solo su frío tacto le hizo darse cuenta de que se estaba mojando. Sus cabellos rubio oscuro chorreaban. Entró en el coche, notó que le subían las lágrimas del corazón a los ojos. Se quedó mirando abstraído las gotas que se deslizaban por el parabrisas, con las dos manos agarró el volante con fuerza. Cris era como una de esas gotas que caía y se deslizaba por el cristal hasta desaparecer. En sus ojos plateados siempre veía estrellas, pero las estrellas eran como ella: lejanas e inalcanzables, en aquel instante lo supo.

De pronto sintió cómo los truenos explotaban en su mente. Sus sienes palpitaron y el dolor in crescendo de su cabeza le provocó más de una arcada, le dolía una barbaridad y creyó que de un momento a otro estallaría. Se echó hacia atrás y la posó en el asiento. Entre siseos de dolor, cerró los párpados, entonces aparecieron imágenes de muy atrás en el tiempo, de un tiempo remoto cuando era un crío infeliz. Su pasado estaba explotando a cañonazos en su totalidad en su cabeza, y como viento que avivaba las brasas, lo quemó por dentro. Se ahogaba de dolor y tuvo la sensación de que su tristeza se desbordaba por cada poro de su piel. El impacto de sentirse solo lo acuchilló dolosamente y no podía hacer nada para cambiarlo. Solo le quedaba huir. Entonces, puso en marcha el vehículo, con la impresión pegada en su esqueleto de que había despertado de un sueño.

Por su parte, Miquel se sentía triste. Por encima de los truenos escuchó la cafetera barbotear. Se levantó y fue a la cocina, se encontró a su hija sentada en la silla, con la cabeza sobre sus brazos cruzados en la mesa. Su espalda se sacudía y supo que estaba llorando. La cafetera desbordaba su contenido en el fogón y apagó el fuego.

Después se acercó a su hija y le acarició la espalda. Ésta respondió al contacto y se levantó. Miró a su padre con sus ojos anegados en lágrimas, iluminadas por la luz de la lámpara, que resplandecían como el fuego. Su pecho se sacudía y de su boca salían jadeos de tristeza. Nunca la había visto de aquella manera y quedó impactado. La abrazó con fuerza a fin de sostener su dolor y amarla para aliviar su tristeza.

Hacía tiempo que el destino de Javi había tomado una decisión y cambió el rumbo de su futuro. Él tenía sus sueños, unos sueños en los que se había volcado a fin de olvidarse de su infancia y de unos padres que nunca lo quisieron. Pensó que alejarse del lugar en el que había vivido toda su vida le haría olvidar.

Pero un accidente lo despojó de su pasado. Su existencia sin recuerdos se convirtió en una pesada carga, no para él, sino para la mujer que amaba, que no dudó en sacrificar su felicidad para que él tuviera la oportunidad de decidir una vez recuperara la memoria.

Sin embargo, Javi no lo veía de la misma manera que Cris. Su corazón se había detenido porque ella lo había rechazado. ¡Qué ironía! ¡Había recuperado la memoria, hasta el último recuerdo, y se sentía más muerto que nunca!

Javi estaba sentado en el suelo del desván del hogar familiar. Entre esas paredes no había recuerdos hermosos a los que agarrarse. Sentía un gran vacío mientras contemplaba las fotos y las pertenencias de su madre que había sacado del baúl viejo, que su padre ordenó guardar en el rincón más oscuro de la mansión. Las tenía esparcidas por el suelo y en ninguna de ellas salía su padre y o él riendo. Incluso en las pocas que había de su madre, pues murió joven, tampoco se observaba un atisbo de felicidad en sus labios.

Maldijo una y otra vez, porque hubiera sido más fácil para él no haber recuperado la memoria. Notaba una nube gris y espesa sobre su cabeza. Las estrellas, que aparecían en su interior cuando pensaba en Cris, ya no brillaban, habían sido devoradas por su tristeza.

Javi agarró un puñado de aquellas fotos y las estrujó en el puño. Las tiró sin ninguna consideración al suelo; después se levantó y le dio una patada al baúl. No lo hizo porque les guardara rencor a sus padres, sino por él, por no saber perdonarlos.

Bajó a la planta de los dormitorios, entró en el suyo y empezó a hacer las maletas. No se quedaría ni un minuto más en aquella mansión. No la quería, no podía construir nada entre aquellas paredes sin que se contaminara de pesar. Más valía donarla a alguna organización benéfica para que la adecuara a sus necesidades y le diera la vida que su padre le negó. Si una cosa había aprendido en las últimas semanas viendo a la gente de Valleverde era a perdonar y a amar sin reservas, y debía empezar a hacerlo con sus padres. De acuerdo que ya estaban muertos, pero ellos le dieron la vida y había valido la pena vivirla solo para conocer a Cris. Cada amor tenía su camino, nacía, crecía y moría. Pero había amores que vivían eternamente; y él era consciente de tal regalo. Aunque no estaban juntos, su alma estaría unida a la de ella para siempre. Eso nadie lo cambiaría y con eso se sentía satisfecho, porque solo unos pocos privilegiados conocían el amor verdadero.

—Aquí estás, escondido en tu madriguera —dijo Iván desde la puerta.

Javi se dio la vuelta.

—¿No sabes llamar?

—Sé dónde guardas una llave —expuso con ironía—. Seguía detrás del mismo ladrillo de siempre. Te fuiste sin decir nada y te llevaste mi coche.

—Te lo iba a devolver —matizó en un tono taciturno.

—No lo dudo —soltó con sarcasmo.

Javi no pudo evitar sonreír e Iván supo en ese instante que había recuperado la memoria. Ya obligaba a sus labios a curvarse y en sus ojos brillaba la tristeza, tal como antes del accidente. En parte, sentía un gran alivio de que su amigo hubiera recordado todo; pero, por otro lado, le dolía porque no le gustaba verlo de aquella manera.

—¿Y cómo has venido? ¿Andando? —preguntó Javi en el mismo tono irónico que su compañero.

—Fui a casa de Cris y su padre me ha prestado el coche.

—Entonces sabes que me rechazó.

—Sí, y pensé que sería bueno dejarte unos días solo.

—¿No te vas a burlar diciéndome que ya me lo advertiste?

—¿Tan poco me conoces que me crees capaz de regodearme de tu dolor? Eres un idiota.

Javi estaba descargando su tristeza en su amigo y estaba siendo injusto.

—Perdona, retiro lo dicho.

Iván contempló cómo su compañero seguía haciendo la maleta, que se hallaba sobre la cama.

—Suerte que he decidido venir, o si no, no te hubiera encontrado. ¿Pensabas marcharte sin decir nada?

—Más o menos. —Inclinó la cabeza hacia abajo lanzando un gran suspiro y se sentó en el borde de la cama, apoyó las manos en sus rodillas—. No tengo ánimos de despedirme de nadie después de todo lo que ha pasado. Con el tiempo os hubiera enviado una carta explicándolo todo.

—Así que decides huir —expresó, acercándose al escritorio que había entre la cama y una pared con una ventana grande. Se sentó sobre la superficie de madera—. ¿Ahora que has recuperado la memoria vas a huir? ¡Solo los cobardes huyen!

Javi entrecerró los ojos y lo miró, la silueta de su compañero quedaba recortada debido a la luz que entraba por la ventana de detrás de él. Su rostro era una sombra, por sobre la oscuridad relucían sus ojos azules. Siempre habían tenido un brillo fiero, hasta que conoció a Lucía y descubrió lo malo que había que eliminar de su manera de ser. Entonces su mirada se suavizó y se asemejó más al tono tranquilo de un mar en calma y de un cielo sereno. Pero, en aquel instante, aquellas córneas azules lo acusaban en silencio.

—¿Cobarde? ¿Soy un cobarde? —preguntó Javi en un tono elevado, mostrando su enojo.

—Sí, porque ahora estás en disposición de tomar buenas decisiones y tomas la peor, la que te hará desgraciado toda la vida, a ti y a Cris. ¿Has pensado en eso? No, ya veo que no. Si no te sobrepones y sigues compadeciéndote, no serás merecedor del amor de una mujer que te ama más que a nada en el mundo.

—Deja de decir tonterías, Cris no me ha aceptado.

—Ella se negó a casarse contigo porque no habías recuperado la memoria y tenía miedo de que, si lo hacía y la recuperabas después, volverías a ser el mismo de antes.

—El Javi de antes era estúpido, nunca vio a Cris tal como ella merecía y nunca me lo perdonaré.

—¿No estás enfadado con ella?

—¡Claro que no! Ella fue mi ángel de la guarda, ese accidente me ha cambiado la vida. ¡Los milagros existen!

—¡Ahora sí que no te entiendo! Creí que te marchabas por Cris, para no verla más; a decir verdad, por su culpa no pudiste cumplir tu sueño. Nunca te dejaba en paz, era como una garrapata, incluso se escondió en tu coche. Estúpida chica que se merece que las desprecies, ¡te ha destrozado la vida!

Lo estaba presionando a fin de que se abriera a él y poder comprender el motivo de su huida. Solo así podría ayudarlo. A veces, había que detener la mente y tomar distancia de ella para poder encontrar la solución. Y Javi, en ese instante, se estaba dejando arrastrar por sus pensamientos, que lo sumergían en un pozo hondo y oscuro. Vio cómo todo él se transformaba: lo miraba desafiante, incluso marcaba sus puños, dando a entender que si seguía por ese camino lo iba a golpear.

—¡Cállate, no la insultes si no quieres que te dé tu merecido!

—¿Ahora la defiendes? ¡Quién lo iba a decir!

Iván se sentía satisfecho. Amaba a Cris, o si no, no hubiera reaccionado como lo estaba haciendo.

—¿Quieres parar de una puta vez? ¡Ella merece un hombre mejor que yo! —explotó Javi, se pasó la mano por la cara con verdadera desesperación—. Me siento mal, sin estar enfermo. Toda mi vida deseando ser médico y, ahora que lo soy, no tengo ni idea de curar las heridas del alma.

Iván empezaba a entender su decisión. Su amigo, durante toda su vida, había ido acumulando llanto en su interior del que no era consciente. Al recuperar de nuevo la memoria y al poder comparar las dos vidas que había vivido, se daba cuenta de que su tristeza y su rabia habían sido demasiado grandes para que viera que la felicidad la tenía ante él. Y todo junto le daba a entender que jamás haría a Cris feliz. Qué ironía: ella no se casaba con él para no hacerle daño, y él no insistía porque creía que no se merecía una mujer como ella.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Iván—. ¿Te irás a donde tenías planeado?

Javi sonrió, sin embargo, no era una sonrisa feliz, sino que tras aquellos labios curvados anidaba la resignación. Aun así, quería salir adelante siendo mejor de lo que había sido antes.

—He donado todo lo que tengo, incluida la herencia de mi padre. Me he quedado con lo justo para empezar en otro lugar.

—¿Adónde vas?

—No lo sé todavía. Nadie me espera en ningún lugar, así que cualquier sitio será bueno.

—¿No crees que esa etapa de tu vida la deberías compartir con Cris?

Javi pensó en su ángel. Ella era agua serena, un corazón que esperaba, que desprendía el aroma de Valleverde en primavera.

—Ya te he dicho que merece un hombre mejor que yo.

—Si yo hubiera pensado como tú ahora, no estaría casado con Lucía. Yo luché por ella, ¡creía en nuestro amor! Y tú estás haciendo lo contrario: te has rendido porque eres un cobarde. No me digas que amas a Cris, si la quisieras de verdad no estarías aquí llorando en silencio, tal como hacen los que huyen del campo de batalla.

A Javi le resultaba doloroso seguir con aquella conversación. Sus palabras eran espinas que se clavaban por todo su cuerpo. Se levantó y fue a la cómoda, abrió un cajón y empezó a sacar camisetas, que colocaba dentro de la maleta.

—Si no tienes nada más que decir —dijo Javi en un tono duro y cortante—, te agradecería que te marcharas, mañana me voy y tengo que terminar la maleta. Por cierto, el coche te lo iba a enviar con un conductor al que he pagado. Mañana lo tendrás en tu casa.

—Está bien, lo del coche es lo de menos, eso ya lo sabes. En Valleverde tienes tu hogar para cuando decidas regresar.

Se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de cruzarla, la voz de su amigo lo detuvo.

—Oye, Iván, gracias por todo.

Este giró el rostro lo justo para mirarlo. Su compañero se había pasado toda su existencia sumido en su tristeza y la había convertido en su estado natural. Al perder la memoria, su pesar se había diluido como un terrón de azúcar y había permitido que su alma aflorara de las profundidades. Cris lo había salvado durante un tiempo de él mismo, pero si a su interior no retornaban las ganas de ser feliz, de poco le serviría la lección que había recibido de la vida.

—Hace tiempo que Lucía me enseñó a pensar con el corazón y a sentir con la mente. —Esperó a que su amigo le dijera alguna cosa pero, a pesar de haberlo oído, disimulaba lo contrario, y seguía haciendo la maleta. Suspiró con pesadez y añadió—: Buen viaje, Javi.

Se marchó dejando a su compañero confuso y pensando en el futuro que le esperaba sin sus amigos y sin Cris. Se sorprendió al darse cuenta de que Valleverde significaba mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Durante el tiempo que había pasado en la comunidad había visto otra manera de ver la vida. Él deseaba como un loco vivir del mismo modo, sin embargo, tenía que hacerlo lejos de lo que más amaba para no lastimar a nadie.

Javi se sentó en la cama, se estuvo un buen rato con los ojos fijos en la punta de sus zapatillas azul marino. Después, se acercó a la puerta por la que se accedía a un pequeño balcón. La abrió y salió, respiró profundo a fin de sacarse la pesadez que cargaba su cuerpo. Miró a lo alto, aún quedaban bastantes horas para que el sol desapareciera por el oeste. Se sintió apenado, deseaba que el cielo fuera un manto de terciopelo negro, donde relucieran las estrellas como si fueran flores nocturnas. Luces de gran sabiduría que había que escuchar porque contestaban sin palabras todas las preguntas, y él estaba aprendiendo a entender sus mensajes. Gritó, un grito angustiante que llevó dentro toda su vida, y el alivio que sintió fue grande.

Salió de la mansión y buscó el lugar más tranquilo para tumbarse en la hierba. Se quedaría aguardando en silencio a que anocheciera del todo, después se marcharía para siempre. No hizo

caso de su cuerpo entumecido cuando las horas pasaron y llegó la noche. Las estrellas aparecieron y sonrió, había valido la pena la espera. Era como si contemplara los ojos de Cris en el cielo, llenos de amor, de vida y de verdad. No pudo evitar que la tristeza le hiciera brotar lágrimas, que se deslizaron mejilla abajo. Se llevó la mano al corazón, lo notó pulsar frenético bajo su palma. Y sin dejar de contemplar las estrellas, dijo:

—Por favor, no me dejéis caer, enseñadme el camino que debo escoger.

Entonces su corazón se abrió como los pétalos de una flor iluminada por las estrellas.

Iván nunca había exagerado cuando decía que Javi era como el hermano que nunca tuvo. Lo quería como si lo fuera y daría la vida por él sin pensárselo, por lo que una vez salió de casa de su amigo, decidió ir al hogar de Cris. De ningún modo pensaba quedarse al margen, pues sabía con certeza que Javi se equivocaba. No lo criticaba, de hecho, lo entendía, pues su amor con Lucía también tuvo que pasar duras pruebas y, si no hubiera sido por la gente de su alrededor, que le hicieron ver cuán equivocado estaba, Lucía no sería su esposa y seguiría siendo el empresario arrogante de siempre, que veía en la destrucción el símbolo del dinero. Javi estaba cometiendo el error de no escuchar a su corazón y estaba dejando que la mente decidiera, perdiendo la batalla de su vida.

Llegó a Valleverde. La puesta de sol provocaba que las sombras cayeran sobre el paisaje como si se tratara de una sábana silenciosa. Las vibraciones del movimiento de las hojas, mecidas por el viento, se expandían por el ambiente como si fuera música. Todo estaba tranquilo; en esa jornada no había habido tormenta, y era de agradecer. Ya llevaban días con tardes tormentosas, muy típicas de finales de agosto.

Bajó del automóvil, el ligero viento removi6 sus cabellos y trajo consigo unas voces que provenían de detrás de la casa, el lugar donde se hallaba el huerto. Seguramente debían estar aprovechando los últimos minutos de luz para recoger verduras. Iván daba por hecho que Cris estaría allí. Tenía que hablar con ella antes de que fuera demasiado tarde.

Caminó hasta el lugar y, tal como había imaginado, se encontró a la familia al completo y su alivio fue enorme. Recogían tomates, pepinos, pimientos, calabacines y judías. Todos los saludaron, Pere, Carles y Ferrán se comportaban como los adolescentes que eran y reían con cualquier tontería. El semblante de Cris estaba triste, parecía estar fuera de allí. Iván pensó que, sin duda, tendría la mente con Javi. Ella se acercó a él, lo saludó en un tono apagado, entonces le preguntó:

—¿Cómo está Javi?

—De eso venía a hablarte.

—Iros dentro para hablar tranquilos —sugirió el padre.

Una de las cualidades de Miquel era intuir a cada momento lo que todos necesitaban. Como en

aquel instante, que entendió que su hija e Iván necesitaban estar a solas para hablar de Javi, lejos del bullicio de sus demás hijos que no paraban de bromear entre ellos.

Iván aprovechó el viaje para ayudar a Cris con la cesta repleta de verduras. Entraron y la dejó encima de la mesa de la cocina.

—¿Te apetece tomar algo, un café, una limonada, un te...?

—Gracias, no me apetece nada.

—¿Vamos al comedor?

—No hace falta, aquí ya está bien.

—Entonces, siéntate —dijo señalando las sillas de alrededor de la mesa maciza de madera.

Iván así lo hizo, ella tomó asiento enfrente de él.

—Estoy demasiado preocupado por Javi, ha recuperado la memoria y hay que evitar que se vaya.

Cris se tensó.

—¿Se marcha? —preguntó en un tono casi susurrante, le costaban que las palabras salieran, carraspeó y siguió—: Si es eso lo que ha decidido, no hay nada que recriminarle, es su decisión. Me alegro tanto de que haya recuperado la memoria...

Aparecieron lágrimas en los ojos de la muchacha. Ella daba por hecho que Javi había retomado su vida donde la había dejado antes del accidente y que, en consecuencia, todo seguiría igual que antes. Sin duda la volvía a rechazar, solo era una molestia a la que sacarse de encima. Cris intentó retener las lágrimas, pero se desbordaban empujadas por una realidad que la lastimaba de arriba abajo. Quiso salir corriendo y esconderse en algún agujero para que nadie viera lo mucho que le dolía, pero estaba tan helada que su cuerpo no reaccionaba. A Iván no le hizo falta preguntarle, era tan evidente el sufrimiento de su interlocutora que supo lo que pensaba.

—No te equivoques, Cris, Javi no es el mismo de antes; a decir verdad, ya nunca más volverá a ser el de antes.

—Has dicho que ha recuperado la memoria, por tanto, sabe que yo tuve la culpa del accidente y de que no pudiera irse a cumplir su sueño. También debe acordarse de la indiferencia que me profesaba.

—Sí, cierto, se acuerda de todo, pero nada es lo mismo. Ese sueño solo era una tapadera para esconder su frustración y huir de su pasado. Además, se siente tan culpable que esta vez no se va para perderte de vista, sino para no hacerte daño. Considera que tú mereces un hombre mucho mejor que él.

Cris abrió los ojos, arrugó el ceño, estaba intentado asimilar lo que Iván le decía.

—¿En serio? —logró decir—. ¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Te ama, Cris, y si no reaccionas lo perderás para siempre. Ha donado todo lo que tiene, y ahora no conserva nada, solo lo justo para empezar una nueva vida despegándose de todo su pasado. Pero su futuro no está en otro lugar, sino aquí, contigo: tú eres su futuro.

—¿Qué puedo hacer?

—Plantarte delante de él, confesarle que lo amas, su corazón hará el resto. Necesita un empujón.

—¡Cris, no pierdas más el tiempo y ve a buscar a Javi antes de que sea tarde! —exclamó su padre desde el quicio de la puerta.

Iván y Cris estaban tan absortos hablando que ni siquiera lo habían oído entrar. La chica miró a su padre y asintió.

—¿Nos vamos? —le preguntó Cris a Iván.

Ambos se marcharon. Iván pasó un momento por su casa para avisar a Lucía.

El viaje, más bien largo, lo realizaron solo parando lo necesario para que él pudiera descansar. Llegaron bien entrada la madrugada a la mansión familiar de Javi, situada a las afueras de Barcelona. Tantas horas de coche los habían dejado con el cuerpo entumecido. Nada más bajar del vehículo, estiraron la musculatura.

—¿Estás bien? —preguntó Iván—. No es una excursión viajar desde Valleverde hasta aquí, si no es por otros motivos, ¿verdad?

—Sí, pero estoy bien, no te preocupes, solo que por culpa de la ansiedad se me ha hecho largo y pesado.

—Igual que a mí.

Ambos se dirigieron a la entrada, se trataba de una puerta doble batiente de madera maciza.

—¿Qué hacemos? ¿No estará durmiendo? —preguntó ella sabiendo que a esas horas por costumbre se dormía.

Cris observó cómo Iván contaba los ladrillos de obra vista de la fachada hasta dar con uno que estaba suelto. Lo sacó con cuidado y alumbró su pequeño interior con la diminuta linterna que colgaba de su llavero.

—Bien, la llave sigue dentro. —La cogió y abrió la puerta, empezó a encender las luces—. ¡Javi!, ¿estás en casa? —gritó subiendo los escalones. Cris lo seguía—. ¡Javi! —exclamó abriendo la puerta del dormitorio.

Capítulo 10

La habitación estaba a oscuras, y cuando encendió la luz pulsando el interruptor que estaba junto a la puerta, se dio cuenta que Javi no estaba allí. Además, su equipaje había desaparecido, todo daba a entender que se había ido. La angustia por que su amigo ya se hubiera marchado le provocó un nudo en la garganta. Sin embargo, lo disimuló para no preocupar a Cris; mejor saberlo con certeza antes de inquietarla innecesariamente.

—No está —susurró Cris ante la evidencia.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y su corazón lo tenía en un puño, pues temía que ya fuera tarde.

—Javi se vino a vivir aquí cuando su padre cayó enfermo, seguramente esté en su piso de Barcelona.

—¿Está muy lejos?

—No, a esta hora no hay tráfico y llegaremos en cincuenta minutos, más o menos. Venga, no perdamos más el tiempo.

Iván deseaba que de verdad estuviera allí, pero empezaba a desesperarse. Aun así, se negaba a sucumbir. Subieron de nuevo al coche y se dirigieron a la urbe. Cris estaba en silencio, se agarraba con fuerza las manos sobre su regazo, de soslayo el hombre apreció su rostro triste.

—Alegra esa cara, Cris, daremos con él.

—¿Y si no está en su piso?

—No pienses en eso ahora. No pierdas la fe, no la pierdas nunca. La fe es el talismán de Valleverde. Agárrate a ella.

Cris así lo hizo y rezó en silencio. Llegaron al cabo de una hora, sin embargo, no estaba en su piso. Nadie abrió la puerta y el portero les dijo que no había ido en todo el día. No les quedó más remedio que marcharse, sumidos en una tristeza profunda.

—¡Se ha ido! —sollozaba Cris.

Iván la abrazó y ella se desbordó en su pecho. Su llanto le dolía, pero él no era un hombre que se rindiera fácilmente y las lágrimas de ella acabaron de darle la claridad de mente que necesitaba en aquel instante.

—Iremos al aeropuerto, seguro que ha comprado un billete y debe estar esperando a embarcar.

No obstante, ya en el lugar, en información llamaron a Javier Abelló por el megáfono a petición

de ellos. Pero después de dejar pasar un prudencial tiempo no apareció nadie. Ante la insistencia de Iván, volvieron a llamarlo y obtuvieron el mismo resultado. Iván rogó que comprobaran en el ordenador si Javier Abelló había comprado un billete. Para su estupefacción, nadie con ese nombre había reservado un pasaje para ese día o los siguientes.

Cris se derrumbó e Iván tuvo que acompañarla al coche, a duras penas las rodillas la aguantaban. En ese momento él comprendió que no merecía la pena seguir buscándolo. Todo había terminado, por muy doloroso que fuera; así que más valía regresar a Valleverde y seguir con sus vidas. Reflexionó en lo ocurrido y se arrepintió de haber ido a casa de Cris a buscarla para hacer entrar en razón a Javi. Ella no merecía pasar por aquel mal trago del que solo él era responsable.

Estaba amaneciendo, se encontraban en el aparcamiento del aeropuerto. Cris lloraba e Iván contemplaba sin ver cómo algunos aviones se elevaban mientras otros iniciaban el descenso.

—Lo siento, Cris, no te tendría que haber arrastrado hasta aquí.

—Tú no tienes la culpa.

Dicho eso, Iván puso el vehículo en marcha y emprendió el camino a Valleverde. Se paró varias veces a fin de descansar, pues no solo era el agotamiento de sus cuerpos, sino que el disgusto que llevaban ambos encima hacía que sus cuerpos fueran masas de carne dolorosas. Iván intentó que Cris desayunara en un restaurante en el cual se detuvo, pero la chica tenía el estómago descompuesto debido al disgusto y fue incapaz de ingerir nada, salvo una manzanilla. Al mediodía se detuvieron de nuevo y se comió una crema de verduras. Iván suspiró aliviado, al menos se había metido algo en el estómago.

Llegaron al hogar de Cris a media tarde, y de lo primero que fueron conscientes fue del coche de Iván que estaba aparcado frente al hogar. Cris se llevó la mano a la boca, ¿Javi estaba allí? Sin embargo, después de lo ocurrido, el hombre no quería que se emocionara, por lo que se apresuró a sacarla de dudas.

—No te hagas ilusiones, Cris, Javi me dijo que había contratado un conductor para devolverme el coche.

—¿A mi casa? Creo que le habría dado la dirección de la tuya.

Iván alzó una ceja, ¡llevaba razón! Sonrió y asintió feliz como hacía mucho tiempo, ella le devolvió la sonrisa en un gesto cómplice. El corazón de Cris empezó a latir deprisa, la emoción embargaba cada célula de su cuerpo y la renacía por dentro. Salió del vehículo tan rápidamente que se olvidó de cerrar la puerta y echó a correr en el preciso momento en que la puerta de su casa se abría, dando paso a Javi. Ambos se quedaron quietos y se miraron el uno al otro.

Javi se hundió en sus ojos grises que brillaban poesía. Su boca curvada de felicidad era un pedacito de cielo. Casi podía escuchar el corazón de ella y cómo sus latidos lo habían curado de todo lo malo que había dentro de él. Si cuando se despertó del accidente la vio como un precioso ángel, en aquel instante, que ya había recuperado su pasado, aún la veía más hermosa, más viva, más maravillosamente celestial. Su cuerpo femenino emanaba una luz que entraba en él y lo hacía vibrar de plenitud. No pudo hacer otra cosa que abrir su corazón y ella, al darse cuenta, se alojó

dentro para siempre. Entonces, el aire se impregnó de amor y ambos respiraron su esencia.

Fue Cris la que no pudo aguantar más y se tiró encima de Javi llorando de felicidad. El hombre la agarró al vuelo por la cintura, la mantuvo suspendida y empezó a dar vueltas de dicha. Las risas de la pareja inundaron el ambiente y viajaron hasta el cielo. Después, Javi depositó a Cris en el suelo.

—Solo un loco sería capaz de renunciar a ti. Te quiero, Cris, solo siento no haberme dado cuenta antes. —Acunó su rostro en su mano y contempló embelesado su reluciente mirada—. Las estrellas de tus ojos me han traído hasta aquí, eres mi otra mitad.

Su padre estaba detrás de ellos y dijo:

—Te concedo la mano de mi hija, muchacho, ¿no sabes cuánto me alegro!

Acto seguido, el futuro suegro abrazó al yerno, Iván se unió a la dicha y los felicitó, los hermanos de Cris no tardaron en aparecer y se sumaron a las bendiciones y felicitaciones.

Al día siguiente todo Valleverde sabía que Javi y Cris se casarían y que todos ellos estaban invitados al enlace.

Los días siguientes fueron atareados con los preparativos de la boda. Todos pusieron de su parte y colaboraron como si se tratara de una gran familia feliz, donde la sangre no era lo que los unía, sino que el afecto sincero de sus corazones creaba lazos entre Los Hijos de la Luz. Por eso y mucho más no le costó decidirse y sumarse a la gran familia siendo un integrante más de la comunidad.

También, Javi tomó la determinación de montar una pequeña clínica en Valleverde. En la primera planta tendría un despacho, el consultorio, un baño, una sala de curas, un par de habitaciones para pacientes graves y un pequeño quirófano. En la planta de arriba construiría su hogar, en el que viviría con Cris y con sus futuros hijos. Estaba acostumbrado a vivir en espacios grandes y lujosos, pero no le supondría ningún esfuerzo cambiar de vida. Además, nunca se había sentido más rico, pues el dinero jamás le había dado la felicidad que siempre él había perseguido.

Era tal la emoción que lo embargaba que no pudo esperar una vez tomó la decisión y consultó con ella sus planes. Cuando se lo explicó, ella lloró de alegría y decidió implicarse con él en el proyecto. Sin embargo, antes de nada, deberían hablar con el líder para que diera su aprobación y los bendijera.

Cris y él fueron a hacerle una visita al dirigente de la comunidad, Francisco Viña, un hombre muy mayor, de cabello cano y barba blanca con matices grises. Su rostro arrugado mostraba surcos de sabiduría interior. A pesar de su estatura baja y su frágil aspecto irradiaba una agilidad y fortaleza muy poco común en un anciano casi centenario. A Francisco no le gustaba que lo vieran como un líder, pero había acabado acostumbrándose. Era apreciado por todos los integrantes de la comunidad y él amaba a cada uno de los habitantes de Valleverde como si fueran sus hijos, a los que aconsejaba como un buen padre haría. Siempre echaba mano de la sabiduría que le habían dado los años y las experiencias diarias que le había enviado la vida.

Era casi las doce del mediodía, en el cielo las nubes empezaban a engordarse debido al calor

del ambiente; con toda seguridad la jornada acabaría con alguna tormenta. Francisco estaba con su esposa, tan anciana como él, pero que también conservaba una agilidad encomiable. La pareja se estaba tomando una infusión en una pequeña terraza y cuando vio a Cris y Javi los recibieron con efusividad.

—¿De verdad que no queréis tomar nada? —preguntó la anciana con una voz cariñosa—¿Por qué no os quedáis a almorzar con nosotros? Ahora mismo me iba a la cocina a preparar la comida.

—De verdad que no —aseguró Cris—, pero gracias, Lucía nos espera en su casa dentro de una hora.

—Bueno, otro día será —dijo la anciana agarrando las manos de la chica—. Os dejo con Francisco; cualquier cosa, estoy en la cocina.

Se despidió y entró en el hogar.

—Pero, muchachos, sentaos —pidió el anciano.

La terraza no era muy grande, sin embargo, había sitio para una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas con sus respectivos cojines confeccionados al estilo *patchwork*. En la pared se accedía a través de una puerta doble, que era rodeada por una buganvilla que empezaba a perder las flores color púrpura debido a que intuía el otoño cerca.

Cris y Javi tomaron asiento. Hablaron de la boda, como era lógico; Francisco estaba muy ilusionado. Para él era un milagro que una persona que no había nacido en Valleverde quisiera integrarse a la comunidad. Fueron varias las veces que levantó las palmas y, mirando al Cielo, agradeció el regalo. Consideraba que la luz que cada alma llevaba dentro hacía que la fe de Los Hijos de la Luz fuera más grande y los acercaba más al despertar espiritual.

Después, Javi expuso su proyecto al líder. Cabe decir que escuchaba con mucha atención y con los ojos abiertos como nunca Cris había visto, evidenciando su sorpresa.

—¡Valleverde tendrá un hospital! —exclamó eufórico Francisco en cuanto su interlocutor terminó—. Muchacho, me haces muy feliz. Es lo que nos hacía falta, pues vivimos bastante lejos de los centros médicos. A veces, un minuto es la diferencia entre vivir o morir. —Extendió las manos por encima de la mesa y las apoyó sobre las de Javier en un gesto cariñoso y de apoyo—. Sé que Norma y tú haréis un gran equipo.

—Gracias, Francisco, estoy deseando ejercer de médico para todos vosotros.

Y era cierto, en cada palabra pronunciada había una verdad impresa. Estaba agradecido de una manera que no cabía en sí de gozo. Además, se moría de ganas por ser el médico de Valleverde. Hubo un tiempo que su necesidad de hacer algo en la vida lo había empujado a soñar; por aquel entonces solo tenía a su padre. Había días, y con la ayuda de dos copas de más, en que sacaba fuerzas para exponerle a su progenitor sus ideas. Todas acababan en el fondo oscuro de un cajón y con las risas despectivas de su padre resonando en sus oídos. Pero de aquello habían pasado muchos años, tantos que tenía la impresión de que habían sido siglos y que él había renacido en otro mundo. En el fondo había algo de verdad en lo que sentía, pues murió el día del accidente para nacer de nuevo. Estaba entendiendo que para poder renacer había que morir primero por

dentro, vaciarse y dejar que la luz entrara a chorros. Nunca hubiera imaginado que para cumplir su sueño no le hiciera falta marcharse lejos. Lo había tenido delante de sus narices y ni siquiera se había dado cuenta. Javi miró a Cris y después a Francisco, entonces dijo:

—Me faltarán años de vida para agradecer lo mucho que me ha dado Valleverde.

—Y yo, por mi parte, tengo que darte las gracias —expuso el líder—. Vas a hacer a la gente de Valleverde muy feliz, sin duda todos ayudaremos en la construcción de la clínica.

Francisco no se equivocó. En cuanto la comunidad se enteró del proyecto de Javi se emocionaron tanto como su líder. Todos se volcaron con Javi y sus ideas, y aportaron su granito de arena. Era reconfortante escuchar las sugerencias de los que serían su nueva familia. Entre todos perfeccionaron el proyecto; la clínica estaría situada, más o menos, en el centro del valle. Sería de fácil acceso y en un lugar donde todos pudieran llegar desde sus hogares a través de caminos que acondicionarían. Como quedaban apenas un par de días para la boda, concluyeron que empezarían la obra de la clínica cuando ellos estuvieran casados. De momento, y hasta que los novios tuvieran su definitivo hogar construido, los habitantes de Valleverde se pusieron manos a la obra para aclimatar un refugio de veinticinco metros cuadrados, de piedra, ubicado en lo alto de la montaña y que estaba medio abandonado. Los novios lo preferían de esa manera, a pesar de haber recibido invitaciones para que se quedaran a vivir con algunos de ellos. Incluso el padre de Cris insistió en que había sitio para Javi en su hogar. Por suerte, sus hermanos ya tenían edad suficiente para espabilarse, a uno de ellos le encantaba cocinar. De todos modos, Cris y Eli pensaban pasarse cada día por el hogar familiar para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Arreglaron los desperfectos del refugio por fuera y lo dispusieron todo por dentro, colocaron una gran cama en la pared izquierda, en la de enfrente había un hogar de leña que calentaría toda la estancia. Además, el padre de Cris había construido un banco de madera que habían situado frente a la chimenea. Eli, Lucía y Norma confeccionaron cojines en tiempo récord para hacer más cómodo el asiento que compartiría la pareja para calentarse delante de la chimenea. En el fondo, en una esquina, habían construido una pequeña cocina en la que habían instalado una mesa y dos sillas. El suelo era de madera y gran parte lo cubrieron con alfombras, haciendo que el ambiente fuera más cálido y hogareño. Las dos ventanas, que se hallaban una en la zona de la cocina y la otra al lado de la puerta de entrada, eran suficientes para que entrara la luz del exterior. Las vistieron con hermosas cortinas hechas a ganchillo.

No obstante, había dos problemas: uno era que allí arriba no había luz, pero se las apañarían utilizando velas y un par de quinqués; de hecho, tampoco era una estancia muy grande y con poco estaría iluminada. El otro era que no había agua corriente en la casa y tendrían que ir a buscarla a un arroyo que pasaba por detrás del refugio, a unos quince metros. Eso tampoco les suponía un inconveniente: mientras se tuvieran el uno al otro, ya tendrían más que suficiente.

Cuando hubieron terminado, todos asintieron contentos con el resultado. En cada detalle estaban las manos de un integrante de Los Hijos de la Luz. Javi nunca creyó que hubiera gente tan maravillosa en Valleverde, no solo Cris ocupaba su corazón, sino que había un pedacito de cada

uno de ellos en su interior. Lo miraban con la verdad en los ojos, aceptando un nuevo miembro en sus hogares, como si fuera un familiar más. Nunca en su casa hubo el calor que experimentaba en Valleverde y supo, sin duda alguna, que viviría el resto de su vida en la comunidad.

El día del enlace llegó. El rocío de la mañana otorgaba brillantez a un paisaje que empezaba a teñirse de otoño. Los habitantes de Valleverde atendieron sus tareas domésticas, desayunaron y fueron al enlace. Era casi mediodía cuando la comunidad se reunió al aire libre, cerca de unos robles centenarios. Como siempre, la Madre Naturaleza sería espectadora del nacimiento de una nueva pareja, que prometería cuidarla y protegerla; a cambio, ella la bendeciría con su sabiduría. El sol pendía de un azul brillante y se sumaba al enlace reluciendo esplendoroso.

Cris llegó vestida con la túnica blanca que su hermana Eli le había regalado de cuando se casó con Abel. Se trataba de un vestido sencillo, sin adornos. Una corona de flores blancas en su cabeza culminaba un atuendo sobrio de gran significado. Por su parte, Javi lucía una túnica negra, debajo llevaba unos pantalones del mismo color. No era casualidad que ella fuera de blanco y él de negro: ambos representaban el yin y el yang, tan presente en cualquier mensaje espiritual, haciendo justicia al dicho que unidos lo eran todo, y nada por separado.

Otro aspecto simbólico en una boda de Los Hijos de la Luz era que los novios se casarían descalzos. Conectar con el interior de la Madre Naturaleza, que transferiría energía a los novios para que su boda llegara a buen puerto, significaba mucho para unos corazones que ya caminaban juntos por la misma senda.

Javi estaba de pie mientras la novia se acercaba a él, y su corazón dio un vuelco. Era la primera vez que la veía con el cabello suelto y su melena rubia rizaba otorgaba al rostro una imagen muy sensual que se grabó a fuego en sus retinas. Estaba hermosa, era el vivo reflejo de una estrella brillando para él. Con ironía, pensó que toda su vida su corazón había estado esperando a que ese momento llegara y ni siquiera lo había escuchado. Bueno, nunca era tarde para darse cuenta de cuán equivocado había estado. Para su felicidad eterna, todo aquello había quedado atrás.

Cris se colocó al lado de Abel, acto seguido, apareció Francisco Viña. El líder los agarró por los codos con cariño y los instó a que se miraran y se tomaran de las manos. A continuación, se sacó un hilo rojo del bolsillo y empezó a enrollarlo alrededor de las manos entrelazadas de los novios, entonces dijo:

—Este es el hilo rojo del destino que mantiene unido a Cristina y a Javier desde que nacieron. A veces, se podrá tensar, o enredar, pero jamás se romperá porque están predestinados a unirse en divino matrimonio para crecer espiritualmente.

El líder guardó unos segundos de silencio, miró al cielo y extendió los brazos hacia arriba, entonces llegó el turno de la pareja.

—Yo, Javier Abelló, juro amarte y serte fiel hasta el fin de mis días.

Lo dijo con tanto ímpetu que los asistentes asintieron mientras sonreían felices. Cris también se percató y no pudo evitar que sus ojos se empañaran de felicidad.

—Yo, Cristina García, juro amarte y serte fiel hasta el fin de mis días.

El líder posó sus manos sobre las cabezas de los recién casados y los bendijo. A continuación, llegó el momento del beso. Javi era consciente de la gente que los miraba, pero no pudo reprimirse y la atrajo a su cuerpo agarrándola por la cintura. Posó sus labios en los de ella y selló el juramento hecho con un beso dulce, nada exigente. Sus rebordes acariciaban los labios de Cris como si fueran las plumas de las alas de un ángel. Ella se perdió en la inmensidad del placer que experimentaba y se olvidó de dónde estaba. Pero duró poco, porque Javi se separó de ella y la invadió un sentimiento de frustración por querer mucho más de él. Se tuvo que esforzar en dejar a un lado tal sensación y se acordó de que todo Valleverde los estaba mirando.

—Os felicito, Javier y Cristina, con vuestra unión hacéis más grande la comunidad —dijo el líder mientras quitaba el hilo rojo que mantenía unida a la pareja por las manos. A continuación, se extrajo del bolsillo una cruz que entregó a los recién casado—. Con esta cruz sagrada os bendigo.

La pareja acunó la cruz en sus manos. Para Los Hijos de la Luz la cruz era un símbolo erótico que representaba la unión entre hombre y mujer. La línea vertical emulaba un falo, y la horizontal el sexo femenino, la cruz no era otra cosa que la unión sexual. De esa unión, nacida del amor y no de la perversión, se creaba un solo individuo perfecto por el cual circulaba energía sagrada, necesaria para crecer espiritualmente. Con ese acto buscaban la iluminación, Los Hijos de la Luz anhelaban regresar a la Luz Divina para toda la eternidad, porque ellos eran luz.

Después, los novios se calzaron y los invitados se acercaron para felicitar a la pareja. La celebración se hizo en el mismo lugar, rodeados de robles y con el cielo como techo. Cobra y Norma, Abel y Cris, Iván y Lucía no se separaron de la pareja en ningún momento, porque había mucho por celebrar. Recordaron el pasado, cuando Iván era un hombre sin escrúpulos. Cuando Abel se equivocó de camino y un Cobra atrapado en su mundo de delincuencia lo salvó. Todos esos maravillosos hombres tenían una mujer a su lado que había cambiado sus vidas para siempre. Lucía, Norma y Eli eran la mitad de ellos y ellos eran la mitad de ellas. Sus historias pasarían de hijos a hijos y, con el tiempo, se convertirían en leyendas que la gente explicaría durante siglos, «el amor mueve montañas», «el amor cura los males del alma», «el amor nace y se hace eterno cuando es verdadero», relatarían. Pero el futuro, en aquel instante, carecía de importancia, tenían suficiente con saborear un presente que querían disfrutar como algo mágico.

Esa tarde no llovió y la fiesta duró hasta que el sol empezó a deslizarse por lo picos con intención de esconderse. Las sombras se alargaban y empezaban a difuminar el paisaje. Un aire, más bien fresquito, que indicaba que el otoño estaba a la vuelta de la esquina, recogió a las gentes en sus hogares. Javi se había comprado un todo terreno con el poco dinero que había reservado, pues toda su fortuna y propiedades, gran parte heredada, las había donado y se había asegurado de que ese dinero llegara a manos de gente necesitada. Él ya no precisaría dinero, allí en Valleverde

eran papeles de colores sin valor alguno. Los Hijos de la Luz se ayudaban y no había nadie que no tuviera comida y un techo donde vivir.

Cris y Javi se fueron al que sería su hogar las próximas semanas. La carretera de acceso estaba siendo arreglada en los tramos que los diluvios habían erosionado. El todoterreno, con tracción en las cuatro ruedas, cumplió a la perfección con su cometido; había sido una buena idea comprárselo. Le serviría para acceder a lugares complicados donde hubiera que socorrer a alguien enfermo o herido y para que los habitantes de Valleverde lo utilizaran cuando lo necesitaran.

Llegaron a la cabaña cuando ya era de noche. Aparcó delante, a unos cinco metros de la puerta, y salió. Enseguida notó el cambio de temperatura, pues allí en lo alto el aire era más frío. Además, el cielo estaba despejado, y teniendo en cuenta que las horas de luz se habían acortado —y en consecuencia las noches se habían alargado—, casi se podía asegurar que no le sorprendería encontrarse por la mañana con una temperatura más típica de otoño. En Valleverde el final de verano traía consigo cambios de temperatura abruptos, debido a la cercanía del cambio de estación.

Capítulo 11

Cris tembló nada más salir del vehículo. Sentía su cuerpo petrificado, estaba asustada. Amaba con locura a su marido, pero, al mismo tiempo, no quería decepcionarlo cuando hicieran el amor por primera vez. Su hermana Eli le había explicado muchas cosas, Lucía también, desde luego que sabía lo que pasaría entre ellos, pero no podía dejar de pensar que, tal vez, no estuviera a la altura o que no le gustara cuando la viera desnuda.

Javi encendió la linterna que llevaba en las manos y se dio cuenta del temblor de su esposa. Se acercó a ella.

—Pronto estaremos calentitos dentro de la cabaña. —Ella asintió, pero los dientes le castañeteaban—. Aguanta la linterna, por favor —pidió él.

Ella no podía hablar, tenía un nudo en la garganta, de modo que hizo lo que él le pedía. Después, sin previo aviso, Javi deslizó un brazo debajo de sus rodillas mientras con el otro sostenía su espalda.

—Entremos antes de que cojas un resfriado —comentó con ella a cuestas, andando hacia la puerta.

—Sé andar —señaló ella alumbrando el camino con la linterna.

—Lo sé, pero lo típico es que pases el umbral de la puerta en los brazos de tu marido.

Cris sonrió.

—¡Caramba, te acuerdas de las tradiciones! —dijo en un tono jovial.

Como Javi tenía las manos ocupadas, fue Cris quien se estiró para abrir la puerta. Una vez cruzaron el umbral, Javi depositó a Cris en el suelo, pero ella seguía temblando. No era de extrañar, pues dentro hacía tanto frío como en el exterior.

—Encenderé el fuego —dijo Javi.

El hombre se acercó a la chimenea, Cris dejó la linterna sobre la mesa de la cocina y se dedicó a encender las velas de las mesitas de ambos lados del lecho y de encima la mesa. El ambiente no tardó en brillar y una halo ocre y cálido inundó la estancia. Luego, se acercó a donde estaba su esposo, que seguía arrodillado, y ella se quedó detrás de él. No pudo evitar reírse cuando comprobó que su maña en encender el fuego dejaba mucho que desear. Se tapó la boca con la mano a fin de esconder su risa, pero ya era tarde, ya que su marido la había escuchado, y la miró de soslayo.

—No hace gracia —dijo mirándola y aguantándose la risa, bien sabía que estaba dando una imagen patética, pero el humor de su esposa estaba provocando en él el efecto contrario—. A mi favor diré que es la primera vez que intento encender un fuego, ¡soy chico de ciudad!

Javi se levantó y la miró.

—¿Y tú pretendes vivir en Valleverde? —soltó ella con cariño.

—Tendrías que haberme examinado antes de casarte conmigo. Ahora es tarde para arrepentirse.

La muchacha se puso de puntillas y le dio un beso casto en la boca. Esos gestos espontáneos, tan naturales en su manera de ser, encantaban a Javi. Todavía no podía creerse que estuviera casado con ella y que su vida hubiera pasado de ser gris a un arco iris.

—¡Nunca me voy a arrepentir! Lucía enseñó a Iván, yo haré lo mismo. Anda, apártate y deja que te muestre cómo se hace —soltó con dulzura.

—Vale.

Hablar de otras cosas había relajado a Cris, que dejó de temblar. Sin más, se arrodilló, atrajo un cesto de mimbre en cuyo interior había ramitas y cañas secas troceadas para encender el fuego.

—Primero preparas una buena yesca, después colocas encima unas astillas de madera secas y por último pones unos troncos pequeños, y sobre estos un par de más grandes —enseñó ella depositando el material en el hogar, por el orden que decía.

Cuando hubo terminado, encendió una cerilla y no tardó en prender la yesca. Cris sopló un poco para darle vigorosidad, y cuando hubo terminado se levantó. Su marido estaba frente a ella y no pudo evitar pensar que el momento que temía había llegado. Otra vez los nervios la asaltaron y empezó a temblar.

—Mañana encenderé yo el fuego y pondré en práctica tu primera lección —dijo él atrayendo a Cris a su cuerpo.

Ambos guardaron silencio, solo se miraban. Los momentos antes de la cópula también eran excitantes, sensibilizaban los sentidos y los preparaban para recibir placer. Provocaba que el ambiente se cargara de electricidad, que las miradas brillaran como llamas ardientes, que los labios se cubrieran de gozo, que las respiraciones fueran alas que los hicieran volar. Los poros de la piel se abrían y captaban cada gemido y cada roce provocativo, que erizaba hasta el último pelo del cuerpo. Así era para Javi, pero no para ella, que seguía temblando, muerta de miedo y nerviosa por si no estaba a la altura del momento, provocando que toda ella se bloqueara. Él se dio cuenta y tuvo la impresión de que esos tembleques no eran de frío, sino de pavor.

—Cariño, estás asustada, lo noto.

—Lo siento... —susurró en un tono culpable.

La chica se aferró a la túnica de su marido y escondió su rostro pegándolo al tórax masculino. Sus fosas nasales se abrieron y captaron su olor, Javi olía a frescura y a roble, se había impregnado del mismo aroma del lugar donde se habían casado. Resultaba tentador y las rodillas le flaquearon, él la agarró fuerte en cuanto lo percibió. Se sentó en el banco de madera, sobre los bonitos cojines, e instó a Cris que se acomodara en su regazo. La muchacha aún se puso a temblar

con más fuerza. Javi se preocupó y pensó que el temor la tenía dominada.

—¿Soy yo el que te asusta, cariño? —dijo al tiempo que acariciaba los nudillos de ella, sus puños seguían asiendo su túnica con fuerza, como si temiera caerse si dejaba de hacerlo.

—Un poco, bueno, no, no es eso, es solo que estoy nerviosa por... —Su voz se apagó, le costaba hablar de lo que sucedería entre ellos esa noche.

Javi arrugó el entrecejo, empezaba a entender. La agarró de los hombros para que lo mirara de cara.

—Cris, está noche no haremos nada que tú no quieras, ¿entendido?

Ella asintió levemente con la cabeza, sin embargo, se mantenía cabizbaja, y él se desesperó porque no había conseguido aplacar sus temores. Seguía temblando y su hermoso rostro estaba tan tenso como cuando había entrado en la cabaña cargada en sus brazos.

—Cris, mi amor, mírame, por favor. —Ella así lo hizo—. ¿Qué es lo que te preocupa?

La voz de su esposo era cálida, pero no era suficiente para conseguir apartar sus temblores. No quería echar a perder su noche de bodas, la noche en que sellarían su amor uniendo sus cuerpos. Suspiró abatida en lo más hondo de su corazón.

—Tengo miedo de no gustarte y decepcionarte cuando... —Miró por encima del hombro de Javi la cama cubierta por el edredón de estilo *patchwork* que habían cosido las mujeres de Valleverde—. Bueno, ya sabes... lo sabes mejor que yo...

Javi se hubiera reído de tal tontería si no hubiera sido por el semblante serio de su dulce esposa, eso fue lo que controló su carcajada. ¿Cómo no iba a gustarle un ángel como ella en la intimidad del lecho que los esperaba? Las ganas de sacudirla hasta sacarle de su cabecita esa estupidez se apoderaron de él.

—No, yo no sé nada, especifica un poco mejor —soltó él en un tono gracioso.

Cris percibió que su querido esposo se estaba burlando de ella y se tensó.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó a la defensiva.

—Sí. Piensas demasiado.

—Pero yo...

Él la silenció posándole el dedo índice en la boca.

—Chist... nada de lo que piensas va a suceder, cariño, me gustas tanto que temo que esta noche me muera de placer en tus brazos. He esperado que llegara este momento desde hace mucho.

Sin añadir nada más besó su mejilla, a Cris se le cortó la respiración, el corazón le latía tan deprisa que lo sentía golpear sus costillas y empezó a temblar exageradamente. Javi se detuvo, su esposa estaba demasiado nerviosa para que sus caricias tuvieran efecto. La miró, su boca era un fruto encantador, y sus ojos, un sueño en el que hundirse para toda la eternidad. Pero, si no conseguía calmarla, la noche sería de todo menos placentera para ella. La instó a que se levantara de su regazo, él hizo lo propio y se colocó frente a su mujer. Cris tenía que apartar sus miedos de su mente. La mejor manera era que viera que él confiaba en ella y dejarle que tuviera sensación de controlar cada paso.

—Desnúdame, cariño —pidió con voz suave.

Cris abrió los ojos de par en par, sorprendida. ¿Desnudarlo? ¡No sabía ni por dónde empezar! Él la miraba profundamente, esperando a que lo desvistiera. No había exigencia en sus ojos grises, todo lo contrario: su brillo tierno y su sonrisa sincera la envolvían de arriba abajo. Reconocía que su marido se lo estaba poniendo fácil y se preguntó si ella actuaría como él en el caso de los papeles invertidos. No podía decepcionarlo, se negaba a hacerlo, debía obligarse a sacar sus nervios de sus entrañas. A duras penas sus manos la obedecieron cuando les ordenó que se movieran de una vez por todas. Sus dedos temblorosos se acercaron a las cintas del cuello de la túnica. La desabrochó, cedió fácil a pesar del nudo consistente que él había hecho, era como si la prenda colaborara. Entonces, empujó la tela por hombros cayendo al suelo. Cris contemplo el torso masculino y una oleada de agrado la sacudió. Deslizó su pequeña mano por entre el vello hirsuto de su torso, que le provocaba cosquillas en las manos. Se excitó al pensar en ese tórax pegado a sus pechos desnudos, notó cómo sus pezones se endurecían invadidos por un hormigueo placentero que la hizo gemir de deseo. Después, ella musitó algo que Javi no comprendió, aun así, sonrió al ver la respuesta de su esposa a la cercanía de su piel desnuda, incluso había dejado de temblar. Bien. Cris había dado un paso.

De pronto, la muchacha no supo muy bien de dónde sacó la valentía, pero se encontró en brazos de su marido, de puntillas, colgándose de su cuello y devorando su boca. Al hombre le encantaba esa parte de ella tan impulsiva que aún la hacía más sensual. Javi la atrajo a su cuerpo cogiéndola de la cintura. A esas alturas el deseo atravesaba su piel y lo hacía arder en lo más profundo de su ser. Su miembro presionaba dolorosamente la bragueta y su instinto masculino hizo que se restregara en ella. Cris sintió toda aquella longitud presionar su vientre y se separó de Javi como si quemara. Él creyó que la había asustado, pero nada más lejos de la realidad, pues sus labios rojos por el beso y su mirada emborrachada le advertían de que el fuego ya había prendido en sus entrañas.

Sin mediar ni una palabra, Cris desabrochó los pantalones, que cayeron al suelo empujados por su propio peso. Entonces, Javi la ayudó a deshacerse de sus slips, Cris observó cómo su erección se erguía exigente por entre una mata de vello rizado. Ya no había vuelta atrás, pronto esa parte de él entraría en ella. Javi no se movió ni un centímetro y dejó que ella alargara la mano y tocara su miembro viril. Lo acarició, y cuando pasó sus dedos por el glande, un siseo escapó de su boca. Era tantas las ganas que tenía de hundirse en ella que tuvo que controlarse para no saltar encima de su esposa con desesperación.

—Ahora te toca desnudarme... —susurró Cris.

El tono sensual que había empleado su mujer provocó en él un efecto dominó. Cada terminación nerviosa recibió una descarga de adrenalina. Debía controlar su necesidad primitiva por poseerla a toda costa, y aquello le estaba provocando escalofríos. Respiró hondo para templar su necesidad y mordió su lengua antes que se le escapara alguna palabrota sexual más propia de un troglodita.

Sin perder ni un segundo, le quitó la túnica blanca y la ropa interior, lo hizo con una mezcla de apremio y delicadeza debido a lo excitado que estaba. Se quedó sin habla cuando la contempló desnuda a la luz del fuego. Las llamas serpenteaban en sus pupilas abiertas, su melena rubia parecía hilos de oro brillante, otorgándole el halo de un ángel. Sus pechos grandes estaban coronados por unos pezones erectos, y oculto en el vello de su pubis no dudaba que estaba el cielo. Su cintura era pequeña y remarcaba unos senos prominentes y unas caderas muy femeninas.

El hombre enterró sus manos en su melena rizada y la atrajo a su boca con frenesí. Ella abrió los labios y la lengua de Javi se deslizó en el interior, la una y la otra se encontraron y se enredaron con salvaje urgencia. Eran miel y apremio, terciopelo y huracán, seda y volcán. A Cris se le aflojaron las rodillas al sentir los labios exigentes de su esposo provocarle mil sensaciones. Javi la apretó contra su torso para que no cayera y Cris sintió la desnudez de su cuerpo largo. Le gustaba la sensación de piel contra piel y jadeó; no le hubiera importado permanecer de aquella manera el resto de su vida.

Javi la cargó en brazos, a duras penas pudo retirar la colcha, y cuando lo hizo la depositó en el lecho. Se colocó de rodillas entre sus piernas, al momento deslizó la mano por el cuello hasta ahuecar la calidez de sus pechos grandes, pellizcó sus pezones y ella se arqueó incapaz de creerse que le gustara tanto. Se estaba entregando a él como si fuera una flor abierta, dejando a la vista cada uno de sus rincones y ofreciendo al olfato el placer de que oliera su perfume de mujer. Su pasión pertenecía a Javi y ella era dueña de la pasión de él.

Javi siguió y recorrió el vientre con la palma de la mano en una devastadora caricia y no se detuvo hasta la unión de sus muslos. Se encontró con los rizos de su sexo húmedos, y sus pliegues resbaladizos y calientes. Ella estaba preparada y él no podía esperar más, pero sabía que para ella era su primera vez y no quería seguir sin que ella lo aceptara.

—Ahora entraré en ti, ¿estás preparada, mi amor?

Ella quiso decirle que sí, si bien sus labios se movían, estaba demasiado impresionada y excitada, pues nunca llegó a pensar que hacer el amor era tan maravilloso y ninguna palabra salía de su boca. Se limitó a asentir con la cabeza y Javi se encajó mejor entre sus muslos.

—Abre un poco más las piernas, cariño —pidió él con la voz ronca.

A pesar de que el ardor por poseerla se extendía a la velocidad de la luz por su cuerpo, se estaba tomando su tiempo para hacerle a su esposa el momento menos traumático y doloroso. Pronto, Cris notó el glande de Javi en su sexo, por instinto se quedó quieta y se agarró a los hombros de su marido. La emoción la embargó, su cuerpo pronto sabría lo que era el amor de verdad y deseaba no perderse ni un segundo de aquel momento mágico.

Entonces, él empezó a penetrarla, muy lentamente... la sentía apretada y temió ser demasiado grande y lastimarla, por lo que se detuvo de golpe. Pero ella no quería que lo hiciera, pues su cuerpo clamaba por acogerlo todo de él.

—Javi, hazlo...

La exigencia rebotó en la mente del hombre y su necesidad por penetrarla hasta el fondo creció.

La mirada de su esposa estaba clavada en la suya, que brillaba plata bajo la luz de las velas. Su rostro gozoso entró por sus pupilas abiertas e inundó su corazón de dicha. Presionó su dureza y entró con dulzura un poco más, resbalando por una humedad tibia y tentadora. Ella le sonrió, entonces impulsó las caderas otro poco más y rompió la barrera de su inocencia. Ella se tensó bajo él, gemía, pero no era de placer, sino de dolor, y Javi se sintió culpable.

—Lo siento... —susurró él a un escaso centímetro de su boca.

—Yo no. Sigue, sigue...

Aquello era lo que quería Javi: no parar nunca, de modo que empezó a mover la pelvis con fuerza, enterrándose hasta los testículos en cada embestida. Se tomó un segundo para deslizar los brazos bajo ella y la alzó, entonces las penetraciones fueron más intensas y la locura por sentirse el uno al otro puso sus pieles en carne viva. La calidez impregnó el ambiente. El frenesí de sus jadeos rebotó en las paredes de madera. Sus corazones bombeaban lava. El deseo siguió creciendo dentro de ellos en un ir y venir frenético de pelvis contra pelvis que los transportó al limbo celestial...

La ola de la pasión los acababa de arrasar y los había dejado sin habla. No había dejado destrucción a su paso, si acaso el paraíso había aparecido en sus almas. Javi estaba impresionado de la rapidez con la que su cuerpo había respondido a la pasión de su mujer. Ella llevaba fuego en las entrañas y supo que salir de la cama por las mañanas a partir de entonces iba a ser toda una odisea. En aquel instante, vio cómo las lágrimas inundaban los ojos de Cris, ella pestañeó para esconderlas, pero ya era tarde, él las había descubierto. Javi acunó su rostro en sus manos y besó su mejilla, una, dos, tres y hasta cuatro veces.

—¿Que te sucede, cariño?

Ella tragó saliva con apremio. Logró calmarse y contestó:

—Nunca llegué a imaginar que hacer el amor contigo fuera algo tan impresionante. Lloro de felicidad. Te quiero tanto...

—Yo también te quiero.

Ella sonrió e hizo amago de levantarse, él la sujetó por la muñeca.

—¿Adónde crees que vas?

—Tengo frío, voy a poner más troncos.

Javi miró en dirección al hogar, gran parte de la leña se había convertido en ascuas.

—Ya me encargo yo.

Se levantó y puso más troncos, después cogió un cazo de la cocina que llevó al hogar. Con una pala metálica arrastró un puñado de ascuas, tuvo cuidado de que no saltara ninguna chispa encima de él, y puso encima el agua que no tardó en hervir. Acto seguido, la vació en una palangana y mezcló agua fría hasta alcanzar una temperatura adecuada.

En la cama, Cris observaba a su marido, se movía de un lado a otro totalmente desnudo y a ella le encantaba verlo así. Sus carnes apretadas le daban virilidad, intentó no mirar el centro de su anatomía, pero no pudo con la tentación. Solo haría falta un toque de sus dedos a fin de que

alcanzara el tamaño y la dureza adecuada para que entrara de nuevo en su vagina. El calor subió de su pecho a sus mejillas y las sintió arder. Sacudió la cabeza, aún estaba emborrachada de placer y le provocaba pensamientos demasiado atrevidos. Aun así, le gustaba darse cuenta de que había en ella una mujer traviesa, que tenía ganas de estar con su marido de todas las maneras posibles. Apenas habían empezado su vida en común, le quedaba toda la eternidad para estar con él. Una eternidad... esa palabra resonó en su cabeza, pues le sabía a poco.

Javi se acercó a la cama portando consigo en una mano la palangana, en cuyo interior había agua tibia, y en la otra, dos toallas. Ella comprendió lo que quería hacer, miró hacia su sexo y entre sus muslos apreció una viscosidad roja debido a la pérdida de su virginidad. Se medio incorporó y alargó su mano.

—Ya lo hago yo —dijo ella.

—Relájate y deja que cuide de ti —comentó él, instándola a que se tumbara.

Ella se relajó, su marido le limpió los muslos, pero todavía su cuerpo estaba sumergido en una vorágine sensual y esa parte tierna estaba muy sensible, y más después de lo sucedido. Hasta que no sintió la toalla limpiar su sexo no se había percatado de lo dolorida que tenía la zona. No pudo evitar que se le contrajera el rostro y que de su boca saliera un siseo de dolor.

—¿Te duele? Tengo una crema en mi maletín que te aliviará, la fricción de mi pene te ha lastimado, lo siento.

El hombre no podía evitar sentirse culpable, no le gustaba ver sufrir a Cris. Fue en busca del tubo de pomada y extendió una pequeña cantidad por la zona. Era cierto, tan pronto como ella notó que la zona se refrescaba, advirtió un gran alivio. Javi se sintió satisfecho al ver que sus curas hacían efecto, ella tiró de él agarrándolo de los antebrazos, el gesto le había sorprendido, pero se quedó sobre ella, apoyado por los codos.

—Quiero pedirte una cosa... —murmuró su esposa.

—Tus deseos son órdenes para mí, así que pide por esa boquita.

—¿Quieres dejar de decirme que lo sientes cada vez que crees que me has lastimado? —soltó con humor ella—. No me importa estar dolorida, lo que me has dado esta noche y lo que me has hecho sentir valen todas las estrellas del cielo. Además, ya basta de tratarme como si fuera de cristal, necesito un hombre que me haga sentir y no uno que tema tocarme por miedo a lastimarme. Quiero sentirme mujer en tus brazos, ¿lo entiendes?

—Ay, mi pequeña Cris, ¡no sabes lo que me estás pidiendo!

—Lo sé muy bien.

Javi la besó con pasión. Tuvo que controlarse, pero ella no se lo ponía fácil, pues en cuanto notó su erección quiso que le volviera hacer el amor. Se limitó a abrazarla fuerte y, al cabo de pocos segundos, se quedaron profundamente dormidos.

El hombre se despertó de madrugada, la buscó con su deseo ardiente preparado y ella lo recibió de nuevo en su cuerpo. Esa vez Javi ya no temía hacerle daño y dejó que su parte más salvaje poseyera a su esposa. A la mañana, cuando se levantaron, el desorden del lecho fue más

que evidente: la cabeza despeinada de ella era fiel reflejo de lo que había ocurrido esa noche en la cama.

Ese día lo pasaron encerrados en la cabaña y las sábanas aún se arrugaron más.

Era entrado el mes de noviembre. La noche anterior había caído la primera nevada de la temporada y hacía frío. El cielo cubierto de un gris plomo anunciaba más nieve; además, soplaban un viento llegado de la misma Siberia que congelaba incluso las ideas y respirar ese helado aire quemaba en los pulmones. Aun así, el tiempo revuelto no había sido impedimento para que esa mañana todo el pueblo acudiera a la Clínica Valleverde. Así se llamaba el pequeño centro sanitario, de hecho, había sido una decisión tomada por todos.

Los vecinos de Javi iban abrigados hasta las orejas, pero dentro del centro sanitario había una gran estufa de hierro fundido que emanaba el calor de la leña que quemaba en su interior. Los que recién entraban tenían sus narices y mejillas enrojecidas debido al frío y se acercaban a la estufa a calentarse. Cris, Lucía, Eli y Norma habían preparado té, infusiones, café, leche, bocadillos, galletas y bizcochos, sus amigos agradecían la taza caliente e hicieron buena cuenta de los sabrosos dulces.

Todo estaba saliendo de maravilla. Javi no paraba de abrazar a la gente, consideraba que cada habitante del pueblo ya formaba parte de su familia, una familia que lo había ayudado a darle forma a la clínica con sus manos y sus ideas. El doctor vio a Norma poniendo café en la taza. Se acercó a ella y lo recibió con una enorme sonrisa en los labios.

—Javi, muchas gracias por pensar en mí.

—Entonces ¿te gusta tu consulta?

Javi había acondicionado un lugar para ella sola, incluso había puesto su nombre en la puerta.

—¡Me encanta! —Su voz denotaba lo feliz que sentía.

—Somos un equipo, Norma, que no se te olvide nunca.

No tardó en aparecer Cobra, el marido de Norma.

—¡Ha quedado una clínica espectacular! —exclamó Cobra.

—Gracias a ti, tú me ayudaste a colocar las pesadas vigas.

—Eh, no hagáis trampas. —Por detrás apareció Abel—. Que yo también estaba, no olvidaré esas pesadas vigas en mi vida. ¡Aún tengo pesadillas!

Todos se carcajearon, no tardaron en acercarse Lucía, Iván y Eli, y estuvieron charlando un rato sobre la clínica y las anécdotas de su construcción. Los hijos de ellos estaban sentados cerca de la estufa y jugaban a médicos.

—Creo que no debemos preocuparnos por la clínica cuando seas un abuelo, Javi —soltó Iván—. Mirad la próxima generación de médicos, ¡qué bien que se lo están pasando!

Todos miraron en dirección a sus retoños. Otra vez rieron, Javi los contempló con su corazón

henchido de felicidad. Había cumplido un sueño largo tiempo anhelado, casi podía decirse que toda su vida, desde que tenía conciencia, había soñado con aquel momento. Era algo que llevaba escrito en su interior en el momento que nació, aunque él no lo supiera. Y el destino se había encargado de guiarlo hasta ese día. Javi tuvo la necesidad de abrazar su esposa, compartir con ella el agradecimiento que llevaba en su interior. La buscó entre la gente, la agarró de la mano y la arrastró afuera. Se escondieron detrás de la casa, donde no había nadie. Hacía frío, empezaba a nevar, por suerte en esa zona quedaban resguardados del viento. El hombre la miró, siempre le sorprendía la manera en que brillaban las estrellas en su mirada.

—Te quiero —le confesó él, necesitaba hacerlo, creerse que estaba allí con ella—. Gracias por cuidar mi camino, ángel mío.

La atrajo a su cuerpo y la besó con cariño y dulzura. Se sentía como nunca, había comprendido que la grandeza del ser humano crecía con el dolor. Lo sabía seguro, porque dudaba mucho que su presente fuera aquel si su vida hubiera sido la contraria a la que había vivido. Pero todavía le quedaba un largo camino, y esa vez no andaría solo, Cris lo acompañaría en la aventura diaria de vivir.

El amor tendría que ser la única meta a la que tendría que aspirar la humanidad. Con amor empieza todo.

Epílogo

Tres años más tarde la clínica Valleverde funcionaba a la perfección. No había habitante en la comunidad que no hubiera visto con sus propios ojos el buen hacer de Javi y Norma. Poco tiempo después, Javi y Cris fueron padres de un hermoso niño al que llamaron Pau. Además, adoptaron dos niñas de un año y otra de cinco, Marta y Lourdes, ambas hermanas, cuyos padres fallecieron en un trágico accidente cuando el techo del establo les cayó encima durante una fuerte tormenta. Javi y Norma no pudieron hacer nada por salvarles la vida, pues cuando llegaron al lugar del siniestro ya habían fallecido.

Y Valleverde siguió siglos después en el mismo lugar, fiel a sus creencias. Mientras, el mundo que lo rodeaba desaparecía, poco a poco, consumido por su odio.

Si te ha gustado

Amor y desamor

te recomendamos comenzar a leer

Un lord acomodado

de *Christine Cross*



Prólogo

Londres, 1747

El grito agónico y desgarrador rasgó el aire viciado de la habitación, y sus ecos flotaron hasta la silenciosa biblioteca donde el conde aguardaba nervioso.

Su esposa se encontraba en esos momentos dando a luz a su primogénito, y no había dejado de sudar desde que ella había comenzado con los dolores. De tanto en tanto, alcanzaba a oír los espantosos sonidos que llegaban desde la habitación de la condesa; unos gritos que le helaban la sangre y le hacían repetir en su interior, como una letanía, «nunca más, nunca más», mientras apuraba otra copa de coñac.

Sabía que debía aguardar pacientemente hasta que alguien viniera a avisarle del nacimiento de su hijo pero, tras el último grito, se levantó de nuevo y abrió la puerta de la biblioteca. Una criada atravesó presurosa el vestíbulo y subió la gran escalinata de mármol hasta la primera planta, donde se situaban los aposentos de su esposa. El estómago se le encogió de aprensión. Diana había tenido molestias en la última etapa de su embarazo, por eso el médico de la familia, Sir Joseph Garrod, le había recomendado reposo. A pesar de haber seguido la prescripción pautada, eso no impidió que el nacimiento ocurriese un mes antes de lo previsto.

Sin importarle las convenciones sociales, y preocupado tan solo de la suerte de su esposa y de su hijo, el conde abandonó su refugio. Subió de dos en dos las escaleras y prosiguió por el largo pasillo hasta la habitación que ocupaba la condesa. Un quedo murmullo llegó hasta sus oídos, aunque no alcanzó a distinguir lo que las voces decían. Sin embargo, sí pudo a oír el suave gemido femenino que hizo que el corazón se le encogiera. Apoyó la frente y las palmas de sus manos contra la fría madera de la puerta, y se preguntó cuánto más duraría aquel infierno.

Theodore William Cavendish, conde de Rothwell, se había casado por amor. Conocía a Diana casi desde que eran niños, y siempre había sabido que se casaría con ella. La fortuna había querido que, siendo ambos unos adolescentes, ella le revelase que sus sentimientos eran correspondidos. Después de un casto y dulce beso otorgado tras los grandes rosales del jardín de Rothwell House, se comprometieron en secreto. Él, dos años mayor que Diana, le aseguró que se desposarían apenas ella cumpliera los dieciocho, y después de haber disfrutado de su primera temporada social. Este resultó un periodo duro para Theodore, reconcomido por unos celos negros, pues Diana se había convertido en una mujer muy hermosa. Sus ojos verdes hechizaban a jóvenes, y no tan jóvenes, en cada baile al que asistía, y su espesa cabellera negra que enmarcaba en unos delicados tirabuzones su rostro en forma de corazón, le atraía pretendientes como moscas a la miel. Sin embargo, le bastaba cruzar la mirada con ella para saber que su corazón y su amor por él seguían intactos. No en vano, él se había convertido también en un joven apuesto, de cabello rubio cobrizo que se ondulaba rebelde otorgándole un aire de pillo, y unos ojos de un azul tan claro que evocaban una apacible tarde de verano. Al término de la temporada, y cumpliendo su promesa, se casaron en la iglesia de Saint James rodeados de sus familiares. Desde entonces, hacía ya dos años, habían sido muy felices... hasta ese momento.

Un suave clic le hizo retroceder mientras la puerta se abría apenas para permitir el paso de una joven criada, que dio un respingo al encontrarse a su señor tan cerca. Él no le dijo nada y ella titubeó unos momentos sobre la conveniencia de cerrar o no la puerta. Al final, optó por dejarla entreabierta y realizar una reverencia antes de seguir su camino en busca de más agua caliente.

El murmullo de voces que había escuchado en el interior se volvió más nítido y alcanzó a escuchar la voz de Sir Joseph.

—No lo soportaré —susurró con tono grave—. Ha perdido demasiada sangre y se encuentra muy débil.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó una voz femenina colmada de ansiedad.

Theodore reconoció el timbre tan particular de su ama de llaves, la señora MacIntyre, una escocesa de carácter decidido y voluntad férrea que había demostrado una gran lealtad y un excelente manejo de la casa en los dos años que llevaba con ellos.

—Habrá que decírselo al conde.

El tono ominoso con el que el galeno pronunció esas palabras le hizo temer lo peor. Diana no podía morir; él no soportaría una vida sin ella. Empujó con suavidad la puerta y avanzó unos pasos hasta situarse bajo el dintel de la misma. La pareja que cuchicheaba se volvió hacia él, sorprendida, pero no les prestó atención. Su mirada se dirigió hacia la gran cama con dosel en la que yacía inmóvil su esposa. Una gran mancha de color rojizo se extendía sobre la blancura de seda de las sábanas mientras una mujer colocaba más paños intentando contener la hemorragia. La habitación olía a sudor, a sangre y a muerte. La palidez en el rostro de Diana hizo que el corazón se le detuviera en el pecho, y se volvió hacia el médico con una muda interrogación en la mirada.

—Solo está inconsciente —respondió este como si le hubiese hecho la pregunta—; el parto ha sido difícil y ha perdido mucha sangre.

El conde asintió con la cabeza al tiempo que el alivio lo inundaba. Tragó saliva para deshacer el nudo que le apretaba la garganta antes de volver a preguntar.

—¿Y el niño?

Sir Joseph intercambió una mirada con el ama de llaves, a la que esta respondió con un casi imperceptible asentimiento. Entonces el hombre le hizo un gesto para que abandonasen la habitación.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar? —le dijo apenas salieron al corredor—. Necesito explicarle algo.

El conde encabezó la pequeña comitiva hasta una coqueta salita que la condesa solía usar como despacho.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el conde se giró y clavó sus ojos azules en el médico, con tal expresión de ansiedad que este apartó, incómodo, su mirada. Las oscuras ojeras que rodeaban sus párpados daban fe de la difícil situación a la que llevaba enfrentándose desde hacía varias horas; sin embargo, su preocupación no se debía al duro trabajo, sino a la noticia que estaba a punto de dar.

Sir Joseph se frotó el puente de la nariz con gesto cansado. Tenía cincuenta y seis años, y llevaba la mayor parte de ellos ejerciendo como médico de la familia Rothwell. Había asistido en el parto a la condesa anterior, y había ayudado a traer al mundo al actual conde. Lo había atendido cuando, de niño, se rompió un brazo, y cuando padeció aquellas fiebres malignas que casi lo consumieron. Conocía muy bien a Theodore y lo consideraba casi un hijo, más aún desde que sus padres fallecieron, por eso sabía el dolor que sus palabras le iban a provocar. Prefirió no andarse con rodeos.

—El bebé ha muerto. Era una niña.

Un silencio denso se cernió sobre la lujosa estancia que conservaba un delicado aroma a jazmines, las flores favoritas de la condesa.

El conde no varió la expresión de su rostro, pero apretó los puños con fuerza para controlar sus emociones. Sir Joseph notó el gesto y sintió una pena profunda. Lo peor estaba por venir.

—Comprendo. Podremos... —Hizo una inspiración profunda—. Podremos tener otros.

—Theodore —le dijo, imprimiendo en aquel nombre todo el cariño y la compasión que sentía por él—, Diana no podrá tener más hijos. Era lo único que podíamos hacer para salvarla.

—¡Dios mío! —exclamó con dolor al pensar en su mujer, y su semblante palideció—. Ella está bien, ¿verdad? Va a estar bien, ¿no es así?

—No te voy a mentir, hijo, ha perdido mucha sangre. La recuperación será lenta, pero hay una cosa que me preocupa. —Volvió su mirada hacia el ama de llaves y esta hizo un gesto para animarlo a continuar—. Diana hizo un esfuerzo enorme para traer a su hija al mundo, y creo que ha sido el amor por ella lo que la ha mantenido viva. Se desmayó antes de saber que la pequeña había muerto. Me temo que la condesa morirá de pena si se entera; dejará de luchar por su vida.

El conde cerró los ojos y los apretó con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, en el azul intenso de su mirada brillaba una decisión.

—No lo sabrá —sentenció con la voz enronquecida—. Nunca se enterará de que nuestra hija ha muerto.

Sir Joseph parpadeó confuso.

—Pero...

—Usted ocúpese de que mi esposa se recupere. La señora MacIntyre me acompañará a un orfanato.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó el médico, algo sorprendido.

—Voy a traerle a Diana una niña, su hija —aseguró con una rotundidad que no admitía réplica—. Este secreto jamás debe salir de estas cuatro paredes, ¿queda claro?

Tanto el ama de llaves como el galeno asintieron. Este último comprendió que no era el joven Theodore el que hablaba, sino el conde de Rothwell, que en el espacio de unos pocos minutos parecía haber envejecido prematuramente.

El médico suspiró con pesar al verlo abandonar la habitación seguido de cerca por la escocesa. Esperaba fervientemente que el conde no tuviese que arrepentirse más tarde de su decisión. Los

orfanatos de Londres estaban atestados de huérfanos, en su mayoría hijos de campesinos pobres, soldados, mercaderes, prostitutas e, incluso, de nobles que no aceptaban la bastardía. La vida de esos niños en aquellos establecimientos era un infierno. Maltratados, desnutridos y explotados como mano de obra, no tardaban en morir. No le sería fácil a lord Rothwell conseguir un recién nacido. De cada doce niños que fallecían en aquellos lugares abandonados de la mano de Dios y de los hombres, once eran bebés de pocos días. Sin embargo, por el bien de la condesa, y aun a riesgo de los problemas que podrían derivarse de aquella decisión, sir Joseph deseó de todo corazón que lo consiguiera.

Las calles de Londres a aquellas horas de la noche se hallaban prácticamente vacías, salvo por los borrachos y las prostitutas que pululaban como luciérnagas desvaídas por los rincones más oscuros del peor barrio de la ciudad.

El ruido que provocaba el traqueteo del carruaje sobre los sucios adoquines contrastaba de forma ominosa con el silencio que imperaba en el interior del mismo. La señora MacIntyre lanzó una mirada de reojo al conde y sintió una profunda compasión por él al notar la desesperación que lo embargaba. Habían visitado ya más de cinco orfanatos sin resultado. Cuando se detuvieron frente al destartado edificio de Saint Michael, rogó al cielo para que allí pudiesen encontrar lo que buscaban.

El cochero, un hombre de confianza del conde, descendió del pescante y abrió la portezuela para ayudar a bajar al ama de llaves. La mujer había tenido que insistir mucho para convencer al conde de que no se dejase ver en ninguno de los establecimientos hasta que ella no le hubiese confirmado que tenían una niña para él; de otro modo, los rumores podrían extenderse y sería fatídico para sus propósitos.

Se acercó a la puerta e hizo resonar con fuerza la aldaba. Cuando, transcurridos más de cinco minutos de espera, alguien acudió a su llamada, apareció ante sus ojos una mujer de mediana edad, entrada en carnes y con el rostro avinagrado.

—Vengo en busca de un recién nacido. Una niña.

—Estas no son horas —replicó la gobernanta con dureza al tiempo que se arrebujaba un poco más en el chal que cubría su blanco camisón.

La escocesa no se amilanó por la respuesta cortante. Una esperanza se había encendido en su pecho cuando la mujer no negó que hubiese recién nacidos en la institución.

—Tiene que ser ahora —insistió con determinación mientras ponía una mano sobre la puerta para evitar que la mujer la cerrase. Esta entrecerró los ojos y evaluó al ama de llaves y el carruaje que esperaba detrás de ella. Los ojillos le brillaron con codicia.

—Le costará una buena suma de dinero.

—¿Tiene una niña recién nacida?

—Puede ser —repuso la mujer con expresión taimada.

—¿La tiene o no? —la presionó la señora MacIntyre perdiendo la paciencia.

—Sí, nos ha llegado una hoy —le espetó con acidez—, pero no pensará que le voy a dar a la criatura así como así.

—Prepárela para que me la lleve —le ordenó.

—Tendrá que pagarme mil libras por ella.

Sara MacIntyre hizo un esfuerzo por controlar su genio. De otro modo, habría abofeteado a la mujer.

—Le pagaré —respondió entre dientes—, pero la quiero aquí en cinco minutos.

La gobernanta desapareció en el oscuro interior del edificio y no tardó en reaparecer con un pequeño bulto entre los brazos envuelto en burda tela. Abrió los ojos sorprendida al ver al caballero, bien vestido, que acompañaba a la escocesa. Maldijo para sus adentros al percatarse de que podría haber pedido más dinero. Tal vez todavía pudiera hacerlo. Apretó el bulto contra su pecho, como si temiese que se lo fueran a arrebatar.

—Serán dos mil libras.

El conde dio un paso amenazante en dirección a la mujer, que reculó atemorizada.

—Usted ha dicho mil libras, y eso es todo lo que conseguiré, a menos que prefiera que la acuse ante los jueces de vender a los niños por sumas elevadas.

La gobernanta intentó defenderse.

—Yo no vendo... —Cerró la boca al comprender que sería inútil y, quizás, hasta perjudicial. Aquel hombre era un aristócrata. Tenía poder suficiente como para que la mandara ahorcar. Se tragó el amargo sabor de la bilis y cabeceó para manifestar su acuerdo.

—Deme a la niña —le ordenó el conde.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Y el dinero?

—Tendrá su maldito dinero cuando me haya entregado a la niña y haya firmado este documento —le dijo, mostrándole unos papeles.

De mala gana y murmurando por lo bajo, entregó la niña. El ama de llaves se apresuró a tomarla para que la mujer pudiera firmar el documento que el conde había preparado, en el cual se dejaba constancia de la transacción realizada y del deber de cualquier miembro de la institución de guardar el secreto al respecto. La gobernanta lo firmó, y luego aferró con codiciosa avidez el pagaré que el conde le extendió.

—Si alguna vez me entero de que usted revela algo de lo sucedido aquí esta noche, tenga por seguro que se lo haré pagar de una forma lenta y dolorosa. ¿Me ha comprendido?

El tono calmado en el que el hombre había pronunciado su amenaza imprimió más miedo en su cuerpo que sus palabras. Asintió temblorosa y contempló cómo la pareja subía al carruaje y desaparecía en la mal iluminada noche londinense.

Estaban destinados a amarse, pero Javier no cree en el destino y cuando se quiere dar cuenta de su error, quizá ya es tarde.



Cristina se enamora en cuanto conoce Javier, sabe que ese hombre es el que le ha enviado el destino. No esconde sus sentimientos, sin embargo, todo esfuerzo será en vano porque él nunca creyó en el amor; no tiene buenos recuerdos del matrimonio de sus padres y había decidido no casarse nunca. A pesar de sus rechazos, Cris no se da por vencida, de hecho tiene todo un futuro para que él cambie de parecer, o eso cree hasta que se entera de que se marcha muy lejos, tan lejos que nunca más lo volverá a ver.

Javier encuentra su salvación en un largo viaje que lo apartará de ella para siempre. Pero el destino intervendrá y dictará sentencia. A partir de ese instante las vidas de ambos cambiarán para siempre, de una manera que los habitantes de Valleverde no hubieran imaginado nunca.

«Su corazón tenía muchas cosas que decirle, solo esperaba que su boca supiera pronunciarlas».

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Encarna Magín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-14-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Amor y desamor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Encarna Magín

Créditos